



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO**

**PROGRAMA DE POSGRADO EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES**

**FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES**

**ENTRE EL MERCADO LABORAL Y EL ESPACIO DOMÉSTICO: UNA  
APROXIMACIÓN A LA DIVISIÓN SEXUAL DEL TRABAJO EN LA  
CIUDAD DE MÉXICO**

**TESIS**

**QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE  
MAESTRA EN ESTUDIOS POLÍTICOS Y SOCIALES**

**PRESENTA:**

**LIC. LORENA PILLONI MARTÍNEZ**

**TUTORA: DRA. CATHERINE MENKES BANCET**

**CENTRO REGIONAL DE INVESTIGACIONES MULTIDISCIPLINARIAS**

**MÉXICO, D. F. NOVIEMBRE DE 2014.**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**

**Tesis Digitales**

**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**

**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



# Índice

|  |    |
|--|----|
| <b>Agradecimientos</b>   | 5  |
| <b>Introducción</b>  | 6  |
| La Ciudad de México  | 11 |
| La ENOE 2010   | 14 |
| <b>CAPÍTULO 1</b>  |    |
| <b>División sexual del trabajo: algunas interpretaciones teóricas</b>  | 17 |
| 1.1 La división sexual del trabajo   | 20 |
| 1.2 Teorías sobre los mercados laborales desde la perspectiva de género  | 23 |
| 1.3 El debate sobre el trabajo doméstico   | 27 |
| 1.4 Estudios sociodemográficos sobre trabajo y género en México y América Latina                                       | 35 |
| 1.5. El enfoque de la conciliación trabajo extradoméstico-vida familiar  | 36 |
| 1.6 Trabajo doméstico y trabajo para el mercado: dos aristas de la división sexual del trabajo                         | 43 |
| Trabajo doméstico  | 43 |
| Trabajo para el mercado  | 46 |
| <b>CAPÍTULO 2</b>  |    |
| <b>Trabajo doméstico y trabajo para el mercado: antecedentes en la Ciudad de México y marco normativo</b>              | 49 |
| 2.1 Antecedentes: el trabajo femenino y masculino en la Ciudad de México en las últimas décadas del siglo XX           | 51 |
| Características de la población trabajadora en el último tercio del siglo XX   | 53 |
| Una nota sobre la participación femenina y masculina en el trabajo doméstico   | 57 |
| 2.2 Apuntes sobre el marco normativo aplicable a México  | 60 |
| Normatividad internacional: la OIT   | 60 |
| Parámetros normativos nacionales. La legislación laboral mexicana respecto a las licencias parentales y las guarderías | 62 |
| 2.3 Las políticas de conciliación en México y América Latina   | 65 |
| Políticas de conciliación: orígenes, concepto y tipos  | 66 |
| Políticas de conciliación en México y América Latina: implicaciones, ausencias, contradicciones                        | 70 |
| Particularidades adicionales del caso mexicano   | 74 |
| Consideraciones finales  | 77 |
| <b>CAPÍTULO 3</b>  |    |
| <b>Características de las y los trabajadores en el mercado laboral y en el trabajo doméstico</b>                       | 80 |
| 3.1 Mercado laboral  | 80 |

|   |     |
|---|-----|
| Diferencias en la participación femenina y masculina en el mercado laboral  | 84  |
| Características sociodemográficas de la población ocupada de la Ciudad de México  | 92  |
| Condiciones laborales prevalecientes: un vistazo a su precariedad y a las desigualdades de género   | 97  |
| Trabajadores asalariados  | 105 |
| 3.2 Trabajo doméstico: Características de la población ocupada de la Ciudad de México en relación con el trabajo doméstico                  | 114 |
| Consideraciones finales   | 128 |
| <b>CAPÍTULO 4</b>   |     |
| <b>Trabajo para el mercado y trabajo doméstico: una mirada de conjunto</b>  | 130 |
| 4.1 ¿Quién hace qué y qué tanto?: participación en el trabajo doméstico de acuerdo a algunas condiciones laborales                          | 131 |
| Para contextualizar:  | 131 |
| Trabajo doméstico y condiciones laborales   | 134 |
| 1. Participación  | 134 |
| 2. Tiempo de participación  | 141 |
| Carga global de trabajo, una medida que resume la desigualdad entre hombres y mujeres   | 147 |
| 4.2 ¿En qué medida podemos explicar la participación de la población ocupada en el trabajo doméstico a partir de sus condiciones laborales? | 151 |
| ¿Qué variables inciden en la participación en el trabajo doméstico?: Modelo de regresión logística  | 151 |
| Variables sociodemográficas   | 154 |
| Variables laborales   | 155 |
| ¿Qué variables influyen en la duración de la jornada semanal de trabajo doméstico?: Modelo de regresión lineal múltiple                     | 163 |
| Consideraciones finales   | 169 |
| <b>Conclusiones</b>   | 170 |
| <b>Bibliografía</b>   | 175 |

## Agradecimientos

Como muchos proyectos que llegan a buen término, el presente es el resultado de un esfuerzo que rebasa lo individual. Esta investigación no habría sido posible sin el respaldo de diversos actores. Debo mi agradecimiento, en primer lugar, a la Universidad Nacional Autónoma de México, noble institución pública en cuyas aulas he tenido la oportunidad de recibir una formación de calidad y con un alto sentido social. Agradezco también a mi familia por su cariño, apoyo y confianza; a Eduardo por su amorosa comprensión y soporte; a Ana por su presencia, su escucha, su empatía y sus ánimos; a Jessica, cuya solidaridad fue crucial en distintos momentos de este proceso; a Mónica por sus cuestionamientos y entusiasmo; a Fiorella su paciencia y generosa asesoría; a la Dra. Menkes por su siempre amable disposición para apoyar mis avances en el proyecto; a los miembros del sínodo por sus valiosos comentarios a mi trabajo; al equipo de la *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales* por su animoso respaldo en el último tramo de la investigación.

Por último, extendo mi reconocimiento al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) por el apoyo que me fue otorgado a través de una beca durante mis estudios de Maestría.

## Introducción

La relación entre el trabajo doméstico y el mercado laboral -como una de las principales aristas actuales de la división sexual del trabajo- es un tema central cuando se analizan los determinantes y las expresiones de la desigualdad de género. Sin embargo, cuando llega a discutirse dicha relación, suele problematizarse sólo para el caso de las mujeres. Además suele plantearse de manera unidireccional, es decir, a partir de los efectos que la carga de trabajo doméstico tiene en la inserción femenina en el mercado laboral. En ese sentido, es casi un lugar común afirmar que la participación de las mujeres en el trabajo doméstico contribuye a que tengan malos empleos, de medio tiempo, con bajos salarios, etcétera. En el caso de hombres, se señala su falta de participación en el trabajo doméstico y sólo se atribuye a los modelos de género, entendiendo por ellos aspectos sobre todo culturales de los roles de género.

En consecuencia con esa visión, se propone dar facilidades a las mujeres en el terreno de lo doméstico para que pueda insertarse un mayor número de ellas y en mejores condiciones en el mercado laboral. A los hombres sólo se les conmina a incrementar su participación en las labores domésticas, a aceptar cambios culturales, de mentalidad; es decir, básicamente se señalan aspectos ideológicos. Las políticas públicas en este terreno apuntan hoy sobre todo a esos ámbitos subjetivos, en especial en las últimas décadas en que se ha desmantelado la estructura de la seguridad social y otros servicios públicos. Ahora el problema es individual y cultural, aparentemente.

La obra de Pierre Bourdieu (así como la de Teresa Rendón, un poco más recientemente y bajo un enfoque muy distinto al sostenido por el sociólogo francés), hace notar que el problema no es “tan simple”. La división sexual del trabajo tiene que ver no sólo con modelos culturales y discriminación aprendida o con esfuerzos individuales de negociación entre unas y otros para una distribución más equitativa del trabajo en las parejas y en las familias. Hace poco más de diez años Teresa Rendón lo decía de la forma siguiente:

Más que la sola redistribución de las tareas domésticas entre hombres y mujeres, para lograr una mejoría en las condiciones de vida de unos y otras, hace falta una reducción del tiempo de trabajo doméstico que requiere el hogar y también de la jornada de trabajo

extradoméstico remunerado. Una condición necesaria para lo primero es un aumento significativo del ingreso familiar que permita adquirir en el mercado algunos de los bienes y servicios que se tienen que producir por la vía del trabajo doméstico. La reducción de ambas jornadas requiere necesariamente de cambios en el ámbito económico y político a nivel de la sociedad toda, ya que el problema de los bajos ingresos no puede ser revertido a nivel individual, ni tampoco el reducir la jornada puede ser obra de una o varias personas actuando de forma aislada (Rendón, 2003: 229).

Es decir, si vamos a tratar el tema de la división sexual del trabajo, no podemos hacerlo al margen de las condiciones económicas a las que está sujeta la población; condiciones que representan un obstáculo o una oportunidad en la acción de los sujetos y, por tanto, en las posibilidades que éstos tienen para transformar sus relaciones sociales de género. En suma, condiciones que definen un margen de maniobra dentro del cual hay potencialidades y límites para decidir, actuar, optar por caminos alternativos. Son esas condiciones las que hacen posible o dificultan el reparto de tareas más equitativo que en el plano discursivo se promueve desde el feminismo y desde algunas políticas públicas, como las políticas de conciliación.

La explicación de Teresa Rendón, basada en numerosos datos cuantitativos acerca del trabajo de mujeres y hombres en México, nos recuerda el tenor de la postura de Pierre Bourdieu en su ya clásico libro *La dominación masculina* (2007[1998]), aunque él habla en un sentido aún más general y estructural:

...la revolución simbólica que reclama el movimiento feminista no puede limitarse a una simple conversión de las conciencias y de las voluntades. Debido a que el fundamento de la violencia simbólica no reside en las conciencias engañadas que bastaría con iluminar, sino en unas inclinaciones modeladas por las estructuras de dominación que las producen, la ruptura de la relación de complicidad que las víctimas de la dominación simbólica conceden a los dominadores sólo puede esperarse de una transformación radical de las condiciones sociales de producción de las inclinaciones que llevan a los dominados a adoptar sobre los dominadores y sobre ellos mismos un punto de vista idéntico al de los dominadores (...) Una relación de dominación que sólo funcione por medio de la complicidad de las inclinaciones hunde sus raíces, *para su perpetuación o su transformación*, en la perpetuación o la transformación de las estructuras que producen dichas inclinaciones (y en especial de la estructura de un mercado de los bienes simbólicos cuya ley fundamental es que las mujeres son tratadas allí como unos objetos que circulan de abajo hacia arriba) (Bourdieu, 2007[1998]: 58-59, cursivas del autor).

Cuando Bourdieu habla de las condiciones sociales de producción (y reproducción) histórica de las desigualdades entre los sexos, se refiere al complejo de estructuras objetivas y subjetivas, institucionalizadas, pero también encarnadas en los cuerpos y en las disposiciones de los sujetos luego de un sistemático trabajo de asimilación de la relación de



dominación. En ese esquema, la división sexual del trabajo es uno de los principios de división entre los sexos; es, así, una de las condiciones de posibilidad de la perpetuación de la dominación masculina, pero una de los más importantes. Mientras esas condiciones persistan, también lo hará la dominación masculina y, en consecuencia, la división sexual del trabajo que deja a las mujeres en las actividades más rutinarias, menos valoradas, menos reconocidas, privadas, que suelen implicar una sobrecarga de trabajo por la considerable cantidad de tiempo diario que su realización demanda.

En ese sentido, esta investigación se plantea como una aproximación a la división sexual del trabajo a partir de una mirada de conjunto del trabajo doméstico y el trabajo para el mercado de mujeres y hombres de la Ciudad de México. La idea es indagar qué relación hay entre ambos tipos de trabajo, sobre todo explorar si existe alguna relación entre las condiciones laborales y la participación en el trabajo doméstico no remunerado. La hipótesis que ha guiado el estudio es que el conjunto de condiciones laborales de las y los trabajadores de la Ciudad de México incide en la participación de mujeres y hombres en el trabajo doméstico dentro de sus hogares y, por tanto, sería lícito tomar en cuenta tales condiciones en la posibilidad de generar cambios sociales hacia una división sexual del trabajo –entendiendo trabajo en su acepción más amplia–<sup>1</sup> más igualitaria o equitativa. Esta incidencia se refleja en una propensión general mayor a la reproducción de roles género de género tradicionales en la participación en el trabajo doméstico entre trabajadoras y trabajadores con condiciones laborales precarias como bajos salarios, jornadas muy extensas o falta de acceso a prestaciones sociales. Esas condiciones, no obstante, se encuentran mediadas por diversas características sociodemográficas de la población de estudio, las cuales inciden en la relación mercado laboral-trabajo doméstico de manera diferenciada entre mujeres y hombres.

Se escogió a la Ciudad de México por su bien conocida relevancia económica, política y cultural en el país, los antecedentes de estudios sobre mercado de trabajo y género, su situación eminentemente urbana y por ser la concentración de población más

---

<sup>1</sup> Como lo explica Jacqueline Richter (2011), en los últimos años asistimos a la ampliación de dicho concepto en los Estudios del Trabajo. Luego de décadas de investigaciones y debates teóricos, el trabajo ha dejado de ser entendido como sinónimo de “trabajo asalariado” o “trabajo para el mercado”, en sentido más general, para incorporar otros tipos de actividades como el trabajo doméstico no remunerado en el propio hogar. Es esta noción más amplia, que incluye a ambas clases de tareas la que adoptamos aquí.

grande del país. En un principio se pensó en la posibilidad de realizar el análisis en un nivel nacional, pero se juzgó que las profundas diferencias y desigualdades regionales en el país podrían oscurecer o complicar la que pretende ser una primera aproximación a esta relación a partir de datos previamente existentes.

Se utilizó una fuente de información disponible que, aunque no se plantea en su diseño y objetivos dilucidar la relación que queremos desvelar aquí, cuenta con información útil tanto del trabajo doméstico de la población ocupada como, desde luego, de sus condiciones laborales. Nos referimos desde luego a la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) que el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI) levanta cada trimestre. Así pues, este estudio se basa en un enfoque eminentemente cuantitativo.

No por ello descartamos el valor y la riqueza explicativa que pueden aportar los estudios cualitativos. De hecho nos apoyamos en algunos estudios cualitativos previos para contrastar algunos de sus hallazgos con los nuestros y enriquecer la explicación de los datos que hemos recabado y analizado. En nuestro caso, por razones de tiempo y recursos, se decidió hacer este primer acercamiento desde la información cuantitativa disponible, incluso como una manera de explorar sus alcances y sus límites para ofrecer respuestas a las preguntas que nos hemos planteado aquí.

En las últimas dos partes de esta introducción, describiremos la delimitación de la Ciudad de México, así como las características de nuestra principal fuente de información, la ENOE, lo cual nos ayudará a definir de antemano varios de los alcances y limitaciones más importantes de esta investigación. El resto del trabajo se divide en cuatro capítulos y unas conclusiones. En el primer capítulo se presenta una discusión teórica en torno a la división sexual del trabajo, particularmente en lo que se refiere al trabajo doméstico y su relación con el trabajo para el mercado o también llamado trabajo extradoméstico. Se presentarán en diálogo crítico las principales vertientes teóricas que hemos identificado: la economía feminista, el feminismo socialista, los estudios sociodemográficos sobre el trabajo y el enfoque de la conciliación. Al final de ese capítulo detallamos los elementos conceptuales centrales de este estudio, fruto de ese diálogo crítico entre perspectivas.

En el segundo capítulo se esbozan los antecedentes históricos más relevantes de la Ciudad de México en cuanto a su economía y su mercado de trabajo, siempre vistos desde

una perspectiva de género que procura indagar de manera relacional la situación de mujeres y hombres en la división sexual del trabajo. Asimismo, dedicamos un apartado al análisis de las leyes y políticas internacionales y nacionales aplicables al ámbito de la Ciudad de México, relacionadas con la división sexual del trabajo, es decir, con la asignación y reparto de tareas en el interior y en el exterior del hogar entre mujeres y hombres. Valoraremos si tales leyes y políticas tienen elementos que apunten a promover una división del trabajo más equitativa, que rompa con la presunción de arreglos familiares y de pareja reforzadores de los roles tradicionales de hombres y mujeres, o no lo hacen.

En el tercer capítulo analizamos de manera descriptiva tanto el contexto económico actual de la ciudad, como la situación de mujeres y hombres en el mercado laboral, en especial en lo que tiene que ver con sus condiciones laborales a partir de sus características sociodemográficas. En el segundo apartado de ese capítulo, abordamos de manera general el grado de participación en el trabajo doméstico de mujeres y hombres ocupados y los relacionamos con sus características sociodemográficas principales. Nos preguntamos si aun estando en una condición similar, es decir, que se encuentren ocupados en el mercado laboral, hombres y mujeres tienen una participación también similar en el trabajo doméstico o bien, repiten de alguna manera los roles de género tradicionales. Hallamos una persistencia de desigualdad de género tanto en el mercado de trabajo como en el trabajo doméstico que apunta a una mayor carga de trabajo de las mujeres, pero también a la reproducción de roles tradicionales aun cuando ellas también trabajan para el mercado y no se dedican de manera exclusiva a las tareas domésticas sin pago en su hogar.

En el cuarto capítulo ahondamos en esta relación entre el trabajo doméstico y el trabajo para el mercado en la población ocupada femenina y masculina. Incorporamos al análisis las condiciones laborales. Por un lado ampliamos el análisis descriptivo del tercer capítulo relacionando trabajo doméstico ya no sólo con características sociodemográficas sino con las condiciones laborales; asimismo presentamos los datos de la carga global de trabajo. Por otro lado, acotamos y profundizamos el análisis mediante modelos de regresión para determinar las variables asociadas a la probabilidad de realización del trabajo doméstico y al tiempo promedio dedicado a este trabajo.

Encontramos que, en efecto, las variables laborales tienen alguna incidencia en ambas dimensiones de la participación en los quehaceres domésticos, aunque en distinta magnitud. En el caso de la realización del trabajo doméstico, parecen tener mayor peso las condiciones laborales; mientras que en el tiempo promedio dedicado tienen mayor incidencia las características sociodemográficas de la población ocupada.

En las conclusiones sintetizamos los hallazgos y valoramos sus alcances. También sugerimos nuevas interrogantes que hacen necesaria la elaboración de otros estudios que profundicen la relación entre trabajo doméstico y trabajo para el mercado desde una perspectiva que privilegie el análisis conjunto de las condiciones sociales de mujeres y hombres, no sólo de las primeras, así como desde un enfoque metodológicamente más complejo que incorpore técnicas cuantitativas y cualitativas. Éstas últimas podrían ofrecer una idea más clara del sentido subjetivo de mucho de lo observado en esta investigación, así como de las relaciones de poder en juego en el día a día de la negociación, imposición o asunción más o menos reflexiva del reparto del trabajo en las parejas y las familias.

## **La Ciudad de México**

Actualmente, la Ciudad de México no es propiamente una unidad autónoma, clara y permanentemente delimitada. Está conformada por el conglomerado de diversas entidades político-administrativas (decenas de municipios) nucleadas en torno al Distrito Federal, que es la entidad que le dio origen históricamente. De hecho, como unidad política y administrativa la Ciudad de México dejó de existir en 1980 para convertirse simplemente en Distrito Federal (Jiménez, 2008: 32). Sin embargo, como dinámica unidad social, cultural y económica, la Ciudad de México ha continuado existiendo y expandiéndose.

A fines de la década de los setenta y principios de los ochenta del siglo pasado, algunos estudios sobre la fuerza de trabajo en la Ciudad de México la delimitaban a partir de las 16 delegaciones del Distrito Federal (o cuando menos sus partes más urbanizadas) y unos cuantos municipios del Estado de México: Huixquilucan, Naucalpan, Atizapán, Cuautitlán, Tultitlán, Coacalco, Ecatepec, Talnepan, Nezahualcóyotl, Chimalhuacán y Chalco (Benería y Roldán, 1992 [1987]; García, Muñoz y Oliveira, 1988). Jiménez (2008: 32), por su parte, sostiene que hacia fines de los años setenta, la Ciudad de México o Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM) estaba conformada por el Distrito Federal y

17 municipios contiguos del Estado de México. Para fines de los años noventa y principios del siglo XXI, Pacheco (2004: 82) también habla de que la ZMCM se formaba por el Distrito Federal y municipios circunvecinos del Estado de México.

El grado de imbricación entre las distintas unidades político-administrativas que en los hechos definen a la Ciudad de México es tal que ha obligado a los gobiernos locales y federal a delimitarla para así diseñar políticas específicamente metropolitanas, más allá de las fronteras formales y de jurisdicciones (por ejemplo: Gaceta Oficial del Distrito Federal, 2005).

Por otro lado, hacia 2004, el INEGI publicó la *Delimitación de las zonas metropolitanas de México*, en la cual la Ciudad de México ya no sólo aparece circunscrita al Distrito Federal y 58 municipios del Estado de México, sino que además incluye a Tizayuca, municipio del estado de Hidalgo (INEGI, 2004: 45).

Más recientemente, se publicó la actualización del *Programa de Reordenamiento de la Zona Metropolitana del Valle de México* (2012: 10). En esa actualización se incluye al Distrito Federal, 59 municipios del Estado de México y 21 municipios de Hidalgo. El grado de interconexión metropolitana entre estas entidades justifica esta delimitación.

Ahora bien, lo que nosotros entendemos por Ciudad de México en nuestro estudio es un punto intermedio entre estas recientes delimitaciones y las de hace unos años. No podría ser de otra manera pues el propio diseño de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE) de 2010 nos establece de antemano las ciudades autorrepresentadas, a partir de los datos censales de 2000. Es entonces que cuando hablamos de la Ciudad de México, nos referimos en estricto sentido a la ciudad autorrepresentada de ese nombre según la ENOE, la cual incluye las delegaciones y municipios que se enlistan en el Cuadro 1.

**Cuadro 1**

**Entidades y municipios que forman parte de la Ciudad de México como ciudad autorrepresentada en la ENOE**

| <b>Entidad</b>          | <b>Delegación o Municipio</b> |
|-------------------------|-------------------------------|
| <b>Distrito Federal</b> | Álvaro Obregón                |
|                         | Azcapotzalco                  |
|                         | Benito Juárez                 |
|                         | Coyoacán                      |
|                         | Cuajimalpa de Morelos         |
|                         | Cuauhtémoc                    |
|                         | Gustavo A. Madero             |
|                         | Iztacalco                     |
|                         | Iztapalapa                    |
|                         | Magdalena Contreras, La       |
|                         | Miguel Hidalgo                |
|                         | Milpa Alta                    |
|                         | Tláhuac                       |
|                         | Tlalpan                       |
|                         | Venustiano Carranza           |
|                         | Xochimilco                    |
| <b>Estado de México</b> | Acolman                       |
|                         | Atenco                        |
|                         | Atizapán de Zaragoza          |
|                         | Coacalco                      |
|                         | Cuautitlán                    |
|                         | Chalco                        |
|                         | Chiautla                      |
|                         | Chicoloapan de Juárez         |
|                         | Chiconcuac de Juárez          |
|                         | Chimalhuacán                  |
|                         | Ecatepec de morelos           |
|                         | Huixquilucan de Degollado     |
|                         | Ixtapaluca                    |
|                         | Jaltenco                      |
|                         | Melchor Ocampo                |
|                         | Naucalpan de Juárez           |
|                         | Ciudad Nezahualcóyotl         |
|                         | Nextlalpan                    |
|                         | Villa Nicolás Romero          |
|                         | Papalotla                     |
|                         | La Paz                        |
|                         | Tecámac de Felipe Villanueva  |
|                         | Teoloyucan                    |
|                         | Teotihuacán de Arista         |
|                         | Tepetlaoxtoc de Hidalgo       |
|                         | Tepotzotlán                   |
|                         | Texcoco de Mora               |

| Entidad                | Delegación o Municipio       |
|------------------------|------------------------------|
|                        | Tezoyuca                     |
|                        | Tlalnepantla                 |
|                        | Tultepec                     |
|                        | Tultitán de Mariano Escobedo |
|                        | Zumpango de Ocampo           |
|                        | Cuautitlán Izcalli           |
|                        | Valle de Chalco Solidaridad  |
|                        | Coyotepec                    |
| Fuente: INEGI (2007a). |                              |

De acuerdo con los datos ofrecidos por la ENOE, para el segundo trimestre de 2010 la Ciudad de México concentraba a 18 685 091 personas, lo cual representaba el 17.3 por ciento de la población del país, con lo cual sigue siendo la mayor concentración urbana de México. En el tercer capítulo detallamos un poco más la composición de la población de la ciudad con respecto a la del país, para centrarnos en la población ocupada, pues es ésta la que más nos interesa en esta investigación.

## La ENOE 2010

La Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo tiene como objetivo “garantizar que se cuente con una base de información estadística sobre las características ocupacionales de la población a nivel nacional, así como con una infraestructura sociodemográfica que permita profundizar en el análisis de los aspectos laborales” (INEGI, 2005: 6). Tiene representatividad de la población en distintos niveles: nacional, por entidad federativa, y por localidades de distintos tamaños (de 100 000 y más habitantes; de 2 500 a 99 999 habitantes, y de menos de 2 500 habitantes), así como algunas ciudades autorrepresentadas importantes, como es el caso de la Ciudad de México. Su unidad de selección es la vivienda, la de observación es el hogar y la de análisis es la población residente en las viviendas seleccionadas (INEGI, 2007b).

Su diseño muestral es probabilístico (las unidades de selección tienen una probabilidad conocida y distinta de cero de ser seleccionadas y, por tanto, los resultados obtenidos de la encuesta se generalizan a toda la población), estratificado (las unidades primarias de muestreo con características similares se agrupan para formar estratos) y por conglomerados (las unidades de muestreo son conjuntos de unidades muestrales) bietápico

(la unidad última de muestreo (vivienda) es seleccionada en dos etapas, en el interior de las viviendas seleccionadas se capta información para todas las personas que habitan en ellas), (INEGI, 2011: 4-6). Además, en el caso específico de la ENOE 2010, su marco de muestreo es el Marco Nacional de Viviendas 2002 (INEGI, 2007a), construido a partir de la información cartográfica y demográfica obtenida del XII Censo General de Población y Vivienda 2000 (INEGI, 2011: 5).<sup>2</sup>

Debido a que su principal propósito es captar información de la ocupación en actividades tradicionalmente llamadas “económicas”, la ENOE no capta con mucho detalle la información referida al trabajo doméstico. Por ello, en un inicio del proyecto pensamos que quizá sería más conveniente utilizar la Encuesta Nacional de Uso de Tiempo (ENUT) más reciente (la de 2009), pues ésta busca medir “todas las formas de trabajo de las personas, incluido el remunerado y el no remunerado en los hogares” (INEGI, 2012: 13). Sin embargo, dado que nos propusimos expresamente indagar el efecto que pudieran tener las condiciones laborales en la realización del trabajo doméstico, juzgamos que la ENUT no servía totalmente a nuestros propósitos, pues no capta muchos detalles de dichas condiciones como el sector económico, el tipo de ocupación, el tamaño del establecimiento, entre otros. Además, la ENUT no tiene representatividad para la Ciudad de México, pues su representatividad es nacional, por regiones y con una desagregación por tamaño de localidad, menores de 2 500 habitantes y de 2 500 y más habitantes (ENUT, 2009: VII, 1).

Con esta decisión, ganamos en detalle para poder problematizar los aspectos del mercado laboral que nos interesan, pero tenemos la limitación de que no podemos conocer algunas de las condiciones de realización del trabajo doméstico, tales como el equipamiento del hogar, la disponibilidad de servicios, etcétera.

Otra limitación de nuestro trabajo es que nuestra unidad de análisis son los individuos, no los hogares (aunque la información de la ENOE sí puede ser desagregada por hogares). En aproximaciones futuras del tipo de estudio que proponemos convendría complejizar el análisis tomando como unidad de análisis a los hogares para poder

---

<sup>2</sup> Asimismo, como empezamos a trabajar con la base de datos de la ENOE antes de que el Consejo Nacional de Población (CONAPO) entregara las nuevas proyecciones demográficas oficiales con base en los datos del Censo de Población y Vivienda 2010, los resultados que reportamos están generados con factores de expansión ajustados a las proyecciones demográficas oficiales elaboradas por el CONAPO, que tienen como base los resultados definitivos del II Conteo de Población y Vivienda 2005.



aprehender la dinámica interna del reparto de tareas (división sexual del trabajo) en la diversidad de familias y tomando en cuenta tanto los datos estadísticos referentes a las características sociodemográficas de los hogares y de sus condiciones de trabajo y de vida, además de considerar los aspectos subjetivos del problema: las creencias, los valores, las visiones de género (y generacionales), al igual que las relaciones de poder desde la subjetividad de los actores mismos para lo cual se requerirá un abordaje cualitativo.

# CAPÍTULO 1

## **División sexual del trabajo: algunas interpretaciones teóricas**

Hablar de la división sexual del trabajo hoy en el mundo y en México y América Latina en particular no puede hacerse sin remitirse a por lo menos tres importantes transformaciones sociales ocurridas durante las últimas décadas a nivel mundial: 1) el proceso de transición demográfica que implica la reducción de la mortalidad, pero sobre todo de la fecundidad,<sup>3</sup> lo cual sin duda representó cambios enormes en la vida de las mujeres, en la carga de trabajo y en las posibilidades y modalidades de su desarrollo laboral; 2) el aumento significativo de la presencia femenina en el mercado laboral, la educación, la política, etc.,<sup>4</sup> y 3) la expansión de la precariedad laboral bajo la idea de “flexibilidad”.

Estos procesos, han repercutido en hombres y mujeres, así como en las relaciones entre ambos, tanto dentro del mercado laboral, como en el interior de los hogares. Hasta dónde los reajustes implicados representan cambios profundos en la histórica desigualdad en la división sexual del trabajo está por verse, pues ha habido resultados contradictorios. Por ejemplo, el ingreso de las mujeres al mercado laboral las ha puesto en el callejón de la “doble jornada”, por tener que seguir asumiendo de manera casi exclusiva el trabajo doméstico. En ese sentido, podría decirse que la participación económica de las mujeres no es por sí misma un avance hacia la equidad de género. Sin embargo, esa misma participación económica, con todo y la sobrecarga de trabajo, ha contribuido a generar condiciones materiales y subjetivas que contribuyen a la autonomía de las mujeres trabajadoras. Por otro lado, la flexibilidad laboral ha sido presentada como una forma de privilegiar al individuo, sus decisiones y su libertad, pero en muchos casos en la práctica implica una precarización de las condiciones laborales, la intensificación del trabajo de

---

<sup>3</sup> En México, esa reducción fue muy marcada: de una tasa global de fecundidad máxima de 7.5 hijos por mujer en 1968 (González, 1997: 26), se llegó a una de 2.24 hijos por mujer en 2005 (Welti, 2012: 8). Rendón (2003) sostiene que “la caída en la fecundidad está considerada como uno de los resultados de la reducción de la desigualdad por género, pero también puede ser el resultado de la distribución inequitativa de responsabilidades entre hombres y mujeres y de la lenta respuesta de la sociedad para cambiar las funciones asignadas” (Rendón, 2003: 72). Así, la relación entre fecundidad y división sexual del trabajo no es lineal, requiere ser analizada en su contexto en cada caso.

<sup>4</sup> Algunos estudios relacionan en cierta medida y de diversas maneras esa mayor presencia femenina en los campos citados con el descenso en la fecundidad (Rendón, 2003; González, 1997).

unos y otras (con la mencionada mayor sobrecarga de estas últimas) y más incertidumbre, lo cual en realidad limita la libertad de elección, las posibilidades de planear a largo plazo y de asegurar el ejercicio de los derechos.<sup>5</sup>

En ese contexto de cambios contradictorios, los roles especializados de género conforme a una división sexual del trabajo “tradicional” continúan operando en distinta medida según los contextos. Los mandatos culturales siguen situando preferente o exclusivamente a las mujeres en el hogar y a los hombres en el espacio público, en el trabajo para el mercado. Las fuerzas sociales materiales y culturales a la fecha siguen tomando parte en la reproducción de la división sexual del trabajo que ubica a mujeres y hombres en espacios y actividades exclusivas y excluyentes, con diferente jerarquía y desigual carga de trabajo.

Desenredar los hilos que entretejen una división sexual del trabajo con hondas raíces históricas en medio del complejo contexto actual, es complejo. En este capítulo nos proponemos realizar una aproximación teórica a este problema mediante un examen crítico de la forma en que distintas perspectivas teóricas y de investigación intentan explicar la desigualdad en la división sexual del trabajo, así como las dificultades objetivas y subjetivas –algunas actuales, pero otras de larga data-, para trascender esa desigualdad.

En ese sentido, con base en esos aportes teóricos, nuestra reflexión se guiará por las siguientes preguntas: ¿Por qué o cómo se reproduce la división sexual del trabajo, la cual asigna espacios y tipos de actividades marcadamente diferenciados a hombres y mujeres? ¿Cómo se relaciona la división sexual del trabajo con las condiciones en el mercado laboral? Finalmente, ¿de qué manera podrían trascenderse las desigualdades entre hombres y mujeres en la división sexual del trabajo en el contexto actual, marcado por importantes cambios en el mercado de trabajo (incluidos la mayor presencia femenina y la flexibilidad en términos de precariedad laboral)?

Guiados por estas interrogantes, habremos de dejar fuera de nuestra revisión todos aquellos aspectos de las teorías y debates que no nos remitan de manera más o menos

---

<sup>5</sup> Hay estudios que demuestran que la flexibilidad laboral se ha introducido y desarrollado con la finalidad de reducir los costos en las empresas. Por tanto, con la flexibilidad laboral sólo se beneficia al capital, sin importar las necesidades de los trabajadores, los cuales son perjudicados en sus remuneraciones, en su seguridad laboral y, en general, en su calidad de vida (Gallardo, Ángeles y Neme, 2011; Bouzas, 2010).

directa a estas cuestiones. Es decir, el nuestro no es un análisis exhaustivo de los postulados de cada perspectiva teórica, sino un examen crítico de aquellos elementos teóricos que nos permitan responder a las preguntas planteadas, y así establecer una base teórica pertinente, lo suficientemente rica y compleja para hacer nuestro acercamiento a la división sexual del trabajo en la Ciudad de México, en específico en la relación entre las condiciones laborales y el trabajo doméstico.

Iniciamos con una breve presentación general acerca del concepto de división sexual del trabajo. Después, emprendemos el recorrido de las distintas perspectivas teóricas con las principales teorías del mercado laboral, no en lo general, sino aquellas vertientes que han sido discutidas a la luz de la perspectiva de género y el feminismo. Es pertinente la inclusión de este enfoque en tanto aborda de forma más o menos directa aspectos de la división sexual del trabajo. Sus vertientes son la escuela neoclásica (en particular la Nueva Economía de la Familia), el institucionalismo y el marxismo. Las tres responden a la pregunta sobre los mecanismos de reproducción de la división sexual del trabajo y en alguna medida contemplan el papel de las condiciones laborales.

En segundo lugar, abordaremos el llamado “debate sobre el trabajo doméstico” que, derivado de las discusiones entre el marxismo y el feminismo, contiene aportes para la explicación de las causas y mecanismos de reproducción de la división sexual del trabajo en las sociedades capitalistas de las últimas décadas. Tiene la gran virtud de conceptualizar la división sexual del trabajo en sus relaciones con otros aspectos de la organización social como son las estructuras del capitalismo. Se infiere su respuesta a la pregunta sobre la dificultad para trascender la desigualdad entre hombres y mujeres respecto al trabajo.

El tercer enfoque es el de los estudios sociodemográficos sobre trabajo y género, desarrollados en México y América Latina. Dichos estudios responden de forma descriptiva a la interrogante sobre la reproducción de la división sexual del trabajo y sugieren formas de trascenderla. Aportan elementos particulares del contexto mexicano y latinoamericano, con lo cual contribuyen a complejizar el análisis. Uno de esos elementos es el de la precariedad de las condiciones laborales.

La cuarta perspectiva analizada es la conciliación. Esta perspectiva no ahonda acerca de las causas y mecanismos de la reproducción de la desigual división sexual del

trabajo, pero aborda aspectos de las condiciones laborales y busca formas de trascender las consecuencias de esa desigualdad (la tensión entre el ámbito doméstico y el trabajo para el mercado, así como la sobrecarga de trabajo de las mujeres trabajadoras). Así pues, las respuestas que puede ofrecernos la perspectiva de la conciliación son limitadas en ciertos aspectos, pero amplias en cuanto a la abundante información producida en acuciosas investigaciones incentivadas desde esta línea de investigación. Además, se trata del enfoque predominante hoy en día en los debates dentro del mundo académico y en las organizaciones internacionales, como la Organización Internacional del Trabajo (OIT) o la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE).

A partir de esas cuatro grandes líneas teóricas o de investigación, en el quinto apartado de este capítulo precisamos los elementos conceptuales que retomamos para nuestro análisis y explicitamos la forma en que, con ciertos límites, los vinculamos al propio diseño conceptual de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo, nuestra principal fuente de datos empíricos.

## **1.1 La división sexual del trabajo**

En términos generales, la división sexual del trabajo “hace referencia al reparto social de tareas o actividades según el sexo-género”, reparto que varía según las distintas sociedades y épocas históricas (Brunet y Alarcón, 2005: 117). Se trata de una de las formas más comunes de dividir el trabajo y quizá la más antigua. Algunas de sus funciones desde su origen son la creación de un sentimiento de complementariedad entre los sexos y posibilitar la reproducción física y social de la humanidad (Bustos: 61).

En la división sexual del trabajo, las tareas adquieren significados y funciones económicas y políticas, a la vez que se ordenan con elementos ideológicos conferidos históricamente. Es decir,

la división sexual del trabajo, además de responder a intereses económicos (del capital), incluye un fuerte asiento en la ideología patriarcal que en cada sociedad adquiere diversas connotaciones y que sitúa a los hombres y a las mujeres en diferentes posiciones dentro y fuera de la familia (Bustos, 2011: 28).

No existe ningún determinismo biológico en ella que haga de antemano que el trabajo de cada sexo sea más o menos reconocido. Pero los mecanismos económicos en conexión con las relaciones de dominación patriarcales han ocasionado una infravaloración

sistemática de las tareas socialmente asignadas a las mujeres en sociedades como la nuestra. Así pues, la división sexual del trabajo se ha instituido como parte de las relaciones de dominación entre los sexos mediante lo que Bourdieu llama “un proceso histórico de deshistoricización”<sup>6</sup> de las estructuras de la división sexual en la sociedad y de los principios de división correspondientes (Bourdieu, 2007[1998]: 7-8).

Por tanto, la forma histórica de la división sexual del trabajo persistente en nuestra sociedad desde hace siglos no es neutra; implica la subordinación de las mujeres. De hecho: “La subordinación de la mujer encuentra su explicación en su situación laboral, como en la mayoría de las sociedades preindustriales, o, inversamente, en su exclusión del trabajo, como ocurrió después de la revolución industrial, con la separación del trabajo y de la casa” (Bourdieu, 2007[1998]: 106).

Así pues, la división sexual del trabajo se encuentra entre los aspectos estructurales de la organización social; apunta lo mismo hacia la estructuración de las relaciones económicas, que hacia la estructuración de las relaciones entre los sexos, más allá de la conciencia y la voluntad individuales. Para Bourdieu –y coincidimos con él- la división sexual del trabajo se incrusta hondamente en las estructuras objetivas de lo social, pero también en la dimensión subjetiva de hombres y mujeres en tanto seres sexuados conforme a principios de división producidos y reproducidos históricamente; todo ello mediante instituciones como la Familia, la Iglesia, el Estado.

Como mencionamos arriba, históricamente, con la industrialización y el desarrollo del capitalismo, se llevó a cabo una escisión entre producción y reproducción: el hogar y la familia dejaron de ser la unidad económica por excelencia, donde producción y reproducción<sup>7</sup> se confundían. A partir de entonces la producción pasó a la fábrica y la reproducción se quedó en el hogar a través del trabajo doméstico a cargo de las mujeres, quienes mayoritariamente han tenido esa responsabilidad, aun cuando a la vez un creciente número de ellas también salga al mercado laboral para obtener un ingreso. Caso muy distinto al de los hombres, los cuales en su mayor parte desempeñan sólo trabajo en la producción y no asumen las tareas domésticas como otra de sus responsabilidades:

---

<sup>6</sup> En el original en francés: *déshistoricisation*.

<sup>7</sup> “Reproducción” se usa en sentido amplio: generacional y la reposición de la fuerza de trabajo día a día.

La revolución industrial dio lugar a un cambio fundamental: la separación tajante entre el lugar del trabajo mercantil y el del ligado al cuidado del hogar y la familia. La tensión –que se concreta especialmente en el uso de tiempo- entre el trabajo productivo, orientado al mercado, y el trabajo doméstico reproductivo, se resuelve en la sociedad industrial con la división sexual del trabajo que ubica a la mujer en el hogar y al hombre en el espacio laboral, separado del espacio doméstico. La relación laboral característica de la organización de la producción y el trabajo taylorista/fordista, con su sistema de protección asociado al patrón de reproducción, operó como instrumento de regulación de las relaciones de género (Todaro, 2004: 22).

Con esta separación se consagró en una nueva modalidad, la modalidad industrial capitalista, la desigualdad de mujeres y hombres frente al trabajo. Los hombres, encargados de laborar en el espacio público más valorado y visible, fueron considerados “trabajadores plenos”, e incluso sus actividades para el mercado fueron las únicas definidas como legítimo “trabajo”. Las mujeres, en cambio, fueron relegadas al espacio privado familiar, dedicadas al cuidado y a los quehaceres domésticos no reconocidos propiamente como “trabajo”. Aunque no por ello permanecieron totalmente al margen del mercado laboral. De hecho, accedieron al empleo remunerado desde el origen de este sistema económico, pero no en la misma forma ni en la misma medida que los varones. La razón es que se identificó a los hombres como los principales o únicos proveedores del hogar, por lo que a las mujeres se les concibió como trabajadoras condicionadas: proveedoras secundarias, trabajadoras por temporada o a tiempo parcial, en función de sus fases de reproducción y crianza (Bustos, 2011: 61-63).

Esta división sexual del trabajo ha tendido a relativizarse en las últimas décadas con la incursión femenina masiva, creciente, en el mercado laboral; la aparición en décadas pasadas de políticas y leyes orientadas hacia la construcción de estructuras estatales de provisión de bienestar (guarderías, servicios de salud, instituciones públicas de salud); la insistencia de diversos grupos feministas en la necesidad de la correlativa incursión de los hombres en el trabajo doméstico, etcétera. Sin embargo: 1) la participación de las mujeres en el mercado laboral sigue siendo menor y muchas veces en peores condiciones laborales; 2) las estructuras de provisión pública de bienestar, si bien han permitido a las mujeres alcanzar mayores niveles educativos y mejores oportunidades de empleo, han sido progresivamente desmanteladas luego de décadas de políticas neoliberales que privilegian el juego del mercado, y 3) los cambios culturales necesarios para la incursión de los hombres en el espacio doméstico aún no parecen tan extendidos. En suma, como dijera

Bourdieu: “Los cambios visibles de las *condiciones* ocultan unas permanencias en las *posiciones relativas*” (Bourdieu, 2007[1998]: 113).

Así pues, el tema de la división sexual del trabajo atraviesa de principio a fin la configuración de las relaciones entre hombres y mujeres, incluida su posición social desigual. El tema desde luego es aún más complejo, pero queden estas líneas como introducción de algunas de las aristas que veremos resurgir en las discusiones teóricas al respecto, de las cuales hacemos referencia a continuación.

## **1.2 Teorías sobre los mercados laborales desde la perspectiva de género**

De una manera u otra, las diversas teorías acerca de los mercados laborales hacen alguna referencia implícita o explícita a una determinada forma de concebir la división sexual del trabajo. Las principales teorías al respecto son: 1) la nueva economía de la familia con la teoría del capital humano; 2) la tradición marxista; 3) la teoría institucionalista del mercado dual y de la segmentación del mercado de trabajo, y 4) el modelo de producción/reproducción.

La primera de estas teorías, la nueva economía de la familia, fue propuesta por el economista norteamericano Gary Becker a fines de los años cincuenta. Uno de los aspectos más relevantes de su propuesta fue la inclusión del trabajo y el consumo domésticos en la interpretación de los fenómenos económicos, al menos los relativos a la organización del trabajo.

Esta perspectiva considera que existe una diferencia biológica que incide en la división del trabajo, debido al hecho de que son las mujeres las que controlan el proceso reproductivo, lo que conlleva una inversión biológica que hace que posteriormente ellas asuman de forma voluntaria el cuidado de los hijos. Es decir, para este enfoque, “las mujeres tienen una ventaja comparativa respecto a los hombres en las actividades domésticas, por lo que, en un hogar eficiente, las mujeres asignarán mayoritariamente su tiempo al trabajo doméstico, en el que su productividad relativa es mayor” (Brunet y Amador, 2005: 118). En consecuencia, para esta perspectiva lo más conveniente es la especialización: la mujer trabaja en las tareas domésticas y el hombre en el mercado de trabajo. Es decir, atribuye la división sexual del trabajo a una búsqueda racional de la máxima utilidad (Savage, 2010: 74; Bustos, 2011: 53).



Además, sostienen que la segregación ocupacional es consecuencia lógica de esta especialización: la mujer no ha invertido lo necesario en su capital humano, por lo que no ha adquirido una cualificación y no tiene experiencia profesional. Eso la llevará a que, en caso de que acceda al mercado laboral, lo haga en ocupaciones “femeninas”, es decir, aquellas que no son más que una extensión de la función que desempeñan dentro del hogar.

Brunet y Amador (2005) coinciden con Pedrero (2005) en reconocer que la novedad de este enfoque radica en otorgar el mismo estatus al trabajo asalariado y al trabajo doméstico. No obstante, son cuestionables las suposiciones de esta teoría en cuanto a las preferencias y recursos dentro y fuera de la familia.

Para la nueva economía de la familia, el papel tradicional de las mujeres en la procreación y la crianza de los hijos es mera consecuencia de la especialización e implica que su participación en el mercado de trabajo es discontinua y puede verse truncada. En nada de esto la nueva economía de la familia encuentra signos de desigualdad o discriminación hacia las mujeres; pero, para explicar las decisiones de la unidad familiar y la división sexual del trabajo entre los sexos, desde este enfoque analítico se toman como dados los factores mismos que hay que poner en cuestión, como la libertad de elección y la capacidad de ganancia del individuo (Brunet y Amador, 2005: 119).

Una crítica que comúnmente se hace desde la economía feminista a esta perspectiva es que

...la distribución del tiempo que está realizando una determinada población no puede ser interpretada como resultado de decisiones libres, de deseos, sino como consecuencia de condicionamientos sociales previos. Las elecciones de las mujeres están condicionadas por la tradición patriarcal, el entorno familiar, la oferta de servicios públicos de cuidados y las regulaciones y características del mercado laboral (Brunet y Amador, 2005: 119).

Además, este enfoque omite las relaciones de poder que se reproducen en el interior de las familias. Tampoco toma en cuenta que hombres y mujeres no son agentes socialmente iguales o indiferenciados, no cuentan con las mismas posibilidades de obtener resultados satisfactorios o maximizadores en términos neoclásicos (Savage, 2010: 81). Por todo lo cual se trata de una visión parcial.

Por su parte, la tradición marxista tuvo sus antecedentes en las reflexiones del socialismo utópico acerca de la situación de las mujeres. Autores como Fourier, Flora

Tristán o Charlotte Perkins Gilman denunciaron la subordinación femenina, pero casi todos ellos la trataron bajo una visión moral o biológica. Fueron Marx y Engels quienes dieron un giro en el enfoque. Ambos explicaron dicha subordinación en conexión con el sistema económico y la familia patriarcal (Goldsmith, 2005: 123-126). El estudio concienzudo de Marx y Engels acerca de los fundamentos históricos estructurales del desarrollo de las sociedades capitalistas no podía omitir el tema de la situación social de las mujeres y su vinculación con el conjunto de las relaciones sociales y económicas. La postura marxista iría definiéndose sobre todo con las contribuciones de Engels, primero en *La situación de la clase obrera en Inglaterra* y luego en *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, aunque Marx también tocó el tema en *El Capital*.

Engels ofreció explicaciones sobre el surgimiento de la subordinación femenina a partir de su estudio del origen de la familia y la propiedad privada, ambos aspectos ligados a la división sexual del trabajo. También realizó una caracterización de las mujeres trabajadoras de la Inglaterra en proceso de expansión industrial, a mediados del siglo XIX. Marx abordó el tema de la familia obrera y el empleo femenino.

Engels contemplaba como un elemento importante de la opresión femenina la exclusión de las mujeres del trabajo remunerado. Pero en su crítica al capitalismo, Marx y Engels admitían que el capital también hace un uso de la fuerza de trabajo femenina al ocuparla directamente en la fábrica, con lo cual se contribuye a disminuir el valor de la fuerza de trabajo (abaratando la mano de obra) y se tiende a minar las bases de la familia nuclear, sustentadas en unos papeles muy rígidos asignados a mujeres y hombres en la división sexual del trabajo (Goldsmith, 2005: 127; Brunet y Alarcón, 2005: 121).

Parte de los desarrollos posteriores de la perspectiva marxista acerca del problema de la división sexual del trabajo en las sociedades capitalistas lo desarrollaremos más adelante cuando revisemos las posturas diversas que dentro de este enfoque surgieron en las últimas décadas del siglo XX. Por ahora baste con señalar que la línea marxista, como la neoclásica, ve en conjunto el trabajo realizado en el ámbito doméstico mayoritariamente por las mujeres y las relaciones económicas que se llevan a cabo en la esfera de la producción capitalista. Pero, a diferencia de la postura neoclásica, el marxismo problematiza el asunto de la división sexual del trabajo sin hacer abstracción de la

desigualdad entre los sexos. Además, asume que esta cuestión se trata de un aspecto estructural e histórico que puede transformarse y, por tanto, no naturaliza ni la forma concreta de división sexual del trabajo de las sociedades capitalistas, ni la subordinación femenina.

Por su parte, la teoría institucionalista sí

...plantea que la relación laboral es una relación de poder estructuralmente desigual en el modo de producción capitalista. Una relación de poder inexplicable sin el contexto institucional, el cual regula el desarrollo de las relaciones sociales de carácter económico y de las relaciones de empleo, y esto se explica en tanto que el mercado se basa en normas e instituciones (formales e informales) y no sólo en la ley de la oferta y la demanda (Brunet y Amador, 2005: 120).

La economía institucionalista no está de acuerdo con el enfoque neoclásico, ni con el marxista. Por un lado, no acepta que la economía sea sólo el estudio de la elección individual, racional, en condiciones de escasez; por otro lado, no acepta lo que denomina “determinismo económico del marxismo” (Savage, 2010: 87). Es en ese sentido que el institucionalismo otorga gran importancia al entorno cultural de las relaciones económicas; entorno que desde luego incluye a las instituciones.

Para esta teoría, hay una estructura dual del mercado de trabajo: un mercado llamado *primario* y otro *secundario*, diferentes entre sí por sus condiciones laborales,<sup>8</sup> su existencia explica que las mujeres queden relegadas como trabajadoras del segmento secundario, lo cual explicaría en parte sus características laborales y salariales. Así, la segregación ocupacional y las diferencias salariales entre hombres y mujeres se determinan por aspectos no competitivos del mercado. En ese sentido, las mujeres tienden a concentrarse en el sector secundario debido a su posición en la familia que les obliga a interrumpir su carrera laboral y a contar con menos cualificación y menos capital humano que los hombres.

Así, es el modelo familiar dominante, patriarcal, basado en la asignación prioritaria de las mujeres en el trabajo doméstico, lo que explica en esencia la segmentación laboral y social en la esfera pública, si bien esta segmentación actúa también sobre el ámbito

---

<sup>8</sup> Esta división en mercado primario y mercado secundario la desarrolló Michael Piore para resaltar las diferencias en las condiciones de trabajo en el mercado segmentado en dos grandes sectores (Fernández-Huerga, 2010: 120). No confundir con los términos “sector primario” (agropecuario) y “sector secundario” (industrial), términos usados –junto con “sector terciario” (servicios)– para referirse a los distintos ámbitos de la economía en los cuales se ocupa la fuerza de trabajo.

familiar. El problema con este enfoque es que termina legitimando la división sexual del trabajo al asignarle una naturalidad económica (Brunet y Amador, 2005: 121).

En cuarto y último lugar encontramos el modelo de producción/reproducción, propio de los análisis feministas. Para estos análisis, la segregación sexual del mercado de trabajo se explica desde la lógica patriarcal. Básicamente el capitalismo y el patriarcado constituyen sistemas autónomos de opresión y explotación que se refuerzan mutuamente, con lo cual, la división sexual del trabajo doméstico es perpetuada por la división sexual del trabajo en el mercado de trabajo y viceversa.

En ese sentido, para economistas feministas destacadas como Cristina Carrasco, el trabajo doméstico es un factor de reproducción del sistema económico. En las sociedades occidentales, el sistema económico se puede entender formado por el proceso de producción y reproducción material –esfera industrial- y el proceso de producción y reproducción de las personas –esfera doméstica-. Así, este enfoque busca analizar al mismo tiempo los asuntos de clase con los de género, lo cual es uno de sus grandes aportes.

Todas estas corrientes tienen el mérito de poner sobre la mesa el problema de la subordinación femenina y de la división sexual del trabajo de manera amplia, en el sentido de que en todas ellas se busca explicar de una manera u otra, y desde hace ya varias décadas, las relaciones entre el ámbito doméstico y el ámbito de la producción. Consideramos, sin embargo, que todas ellas tienen algo de parcial. Quizá la que más podría interesarnos, por su interés en llegar a fondo de los aspectos estructurales del problema y procurar verlo en su devenir histórico y en sus contradicciones, es la postura marxista. Pero dicha postura no es homogénea o monolítica en su interior. El surgimiento del llamado “debate sobre el trabajo doméstico” es prueba de ello.

### **1.3 El debate sobre el trabajo doméstico**

En 1966 tuvo lugar la publicación de *Women: the longest revolution*, un artículo de la feminista socialista británica Juliet Mitchell. En ese texto la autora cuestionaba la manera en que el marxismo había tratado el problema de la subordinación de la mujer, tanto en el nivel teórico, como en el práctico; asimismo, proponía incluir entre otras cosas las dimensiones de reproducción, socialización y sexualidad al análisis de la condición femenina (Carrasco, 1999: 21). Unos años después, comenzaron a aparecer otros artículos y

libros de autores y autoras como Benston, Larguia y Bumoulin, Firestone, Seccombe, Dalla Costa, Delphy, Harrison, entre otros. No se trata aquí de hacer una reseña o una reconstrucción puntual del debate, tarea que excede los propósitos de este texto y que además otros ya han hecho de manera elocuente (véanse por ejemplo: Carrasco, 1999; Goldsmith, 2005; Molyneux, 2005; Mortera, 2003). Se trata más bien de ubicar algunos temas y líneas conceptuales que puede ser relevante traer de nuevo a la discusión.

El interés principal que animaba el debate era mostrar cómo la subordinación femenina tenía una base material y se encontraba vinculada al sistema capitalista en su conjunto. Para explorar este problema se puso atención en un ámbito generalmente ignorado en los análisis marxistas: el trabajo doméstico, dado que se trataba de la clase de trabajo que típicamente han realizado las mujeres, en tanto amas de casa, dentro del hogar y sin remuneración.

El debate de estos puntos discurrió en términos marxistas, de modo que en la mayoría de los casos se buscó aplicar las categorías de esta línea teórica al análisis del trabajo doméstico. En ese sentido, los temas que se tocaron fueron: la relación entre el asalariado y el ama de casa; la relación del asalariado con la asalariada y ama de casa; la condición de clase del ama de casa; la naturaleza del trabajo doméstico (si producía sólo valores de uso o mercancías, es decir, si cabía en la ley del valor); el carácter de productivo o improductivo de esa clase de trabajo; la definición de si se trataba de un derivado de modos de producción precapitalistas; si era externo al capitalismo o si se encontraba integrado a éste; su relación con los procesos de industrialización, y la determinación acerca de quién o quiénes se beneficiaban de él (Goldsmith, 2005: 142-163).

Varios de estos temas, después de intrincadas argumentaciones, quedaron abiertos, sin una solución satisfactoria, pues en muchos casos se llegó a conclusiones contradictorias. Sin embargo, el desarrollo del “debate sobre el trabajo doméstico” tuvo su importancia, aunque haya quienes como Cristina Carrasco afirmen que a la larga resultó estéril (Carrasco, 1999: 24). Autores como Mortera (2003), Chávez (2010) y Molyneux (2005) reconocen que dicho debate en el cruce del marxismo y el feminismo representó una contribución sobresaliente para el estudio de la división, sexual del trabajo, de la

reproducción social de la fuerza de trabajo y de la forma en que el trabajo doméstico se relaciona con la posición subalterna de las mujeres.

No obstante, también se reconocen limitaciones. Molyneux enumera las siguientes:

Primera, una tendencia hacia un reduccionismo economicista, segunda, una recurrencia a los modos funcionalistas de argumentación, al construir la relación entre el capitalismo y el trabajo doméstico; y tercera, un enfoque estrecho sobre el trabajo desempeñado en la esfera doméstica, ello a expensas de la teorización del contexto familiar/hogar más amplio (Molyneux, 2005: 14).

Coincidimos con el punto de vista de Molyneux, y precisamente tanto por sus contribuciones como por sus limitaciones es que llama mucho la atención el relativo olvido en que se ha tenido a este debate en los últimos años. Tenerlo más presente ayudaría a aprovechar los avances conceptuales, así como a identificar los errores ya cometidos para no volver a incurrir en ellos.

Por un lado, parece que con el progresivo abandono de las teorizaciones de tipo marxista en las ciencias sociales hacia los años ochenta -muchas veces precisamente con el argumento de que esa perspectiva teórica pecaba de un reduccionismo economicista- se ha tendido en algunas investigaciones hacia el lado opuesto de los reduccionismos: el simbólico. Por ejemplo, tiende a explicarse la desigual división sexual del trabajo, que aún hoy en día segrega a hombres y mujeres tanto en el hogar como en el mercado laboral, sólo o en su mayoría a partir de los aspectos simbólicos de la construcción social del género, como los imaginarios o las representaciones sociales. Pareciera que la única dimensión del género es la subjetiva, o que es la única determinante, o que se encuentra aislada del resto de las relaciones y estructuras sociales.

Por otro lado, la crítica que Molyneux hace al debate sobre el trabajo doméstico en el sentido de la prevalencia de argumentos funcionalistas (aun dentro del esquema marxista que enmarcaba la discusión) podría ser aplicable a investigaciones más actuales que pueden o no apoyarse en enfoques derivados del marxismo. Hoy es casi un lugar común con el que muchas investigaciones inician el afirmar que el trabajo doméstico es *necesario* o *esencial* para el capitalismo, que le es enteramente funcional en la forma en que se encuentra tradicionalmente organizado en el hogar con el ama de casa dependiente económicamente del marido como sujeto principal. Por ejemplo, Julia Chávez (2005: 10) empieza uno de los

párrafos de su libro: “En el devenir histórico, el trabajo doméstico ha sido funcional para el sistema...” En afirmaciones como ésta

no existe reconocimiento acerca de que por muy benéfica que pudiera ser la esfera doméstica en una coyuntura dada, ésta también podría experimentar profundos cambios como resultado de la expansión del capitalismo o de la lucha de clases, y también podría generar efectos contradictorios para el capital (Molyneux, 2005: 40).

En todo caso conviene estudiar a fondo los procesos concretos en su devenir histórico específico y en la manifestación de sus contradicciones, antes de sostener la completa funcionalidad de una institución, una práctica o una forma de organización social en un nivel muy abstracto (sin matices ni mediaciones), pues luego no es difícil que ocurra el traslado mecánico de esas afirmaciones a otros niveles de análisis de menor abstracción en los cuales quizá no apliquen del todo.

La tercera limitación que señala Molyneux es tal vez una de las que ha sido mejor superada por estudios posteriores que se han ocupado más detenidamente por estudiar las unidades domésticas, hogares o familias en su dinámica interna y en sentido un tanto más amplio (Goldsmith, 2005: 167).

Hay, sin embargo, una preocupación que tenía el “debate sobre el trabajo doméstico” y que pocas veces exponen de manera explícita y clara los estudios actuales. Se trata de la búsqueda de precisión en el uso del término “productivo”. En dicho debate, sin importar si se consideraba como productivo o improductivo el trabajo doméstico, eran claros los parámetros teórico-conceptuales e históricos a partir de los cuales se interpretaba la naturaleza de ese tipo de trabajo. Actualmente es común afirmar que el trabajo doméstico es productivo, pero casi nunca queda claro qué se está entendiendo por tal. Es de notar que detrás de la calificación de “productivo” suele encontrarse el interés político muy válido, muy necesario, de reivindicar ese conjunto de tareas como un trabajo importante, tan trascendente como el trabajo remunerado. Básicamente se presupone que si partimos de la idea de que el trabajo doméstico es esencial en la sociedad entonces *debe* considerársele como parte de la producción, de lo productivo; de no hacerlo así, significaría que entonces en automático se le estaría desvalorando (v. gr. López, 2009: 101-102).<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> Al respecto, Braverman (1983) define como “productivo” sólo a aquel trabajo que produce plusvalía. Volveremos a este punto más adelante.

Es cierto que esta inquietud tiene su razón de ser, pues si hay algo que las economistas feministas han señalado una y otra vez desde cuando menos la obra de Margaret Reid –autora que retomaremos más adelante–, sin duda ha sido el hecho de que las estadísticas económicas no toman en cuenta el trabajo femenino no remunerado, en particular el trabajo doméstico; de tal manera que en las encuestas el grueso de las mujeres pasan a ser consideradas como “inactivas” (López, 2009: 102; Chávez, 2010: 43). El problema, en primer lugar, es que cuando se habla de producción y productivo en relación con el trabajo doméstico no siempre se hace referencia a lo mismo y, peor aún, pocas veces se explicita el sentido del término o su enmarcación teórica y conceptual. Así, lo que queda claro es el vivo propósito del investigador o investigadora de subrayar el papel fundamental de esta clase de trabajo en la economía y la sociedad, pero el rigor conceptual se desdibuja.

Corina Rodríguez expresa muy bien las acepciones de producción comúnmente utilizadas:

En sentido general, producción significa la creación de valores de uso (bienes y servicios), ya sea vendidos en el mercado o consumidos directamente, sin importar el contexto social e institucional en el cual su producción tiene lugar. En esta definición, el trabajo doméstico se considera producción porque crea bienes y servicios para el consumo directo de los miembros del hogar (Rodríguez, 2001: 9).

Éste es el significado que parece prevalecer en buena parte de los estudios recientes sobre el trabajo doméstico. Se trata, pues, de la producción como lo que relaciona al ser humano con la naturaleza para proveer los elementos materiales indispensables en la reproducción social (Savran, 1999: 122). Cabría preguntarse qué tan válido o útil es quedarse en este nivel de abstracción, de modo que sólo se conciba la producción y lo productivo en un nivel tan general, independientemente del contexto social y del momento histórico en que se desenvuelven las acciones y relaciones sociales a las que se quiere hacer referencia cuando investigamos un fenómeno como el trabajo doméstico no remunerado y su vinculación con la esfera del mercado de trabajo.

Pero hay otras formas de abordar el concepto, como señala esta autora:

Un segundo abordaje define a la producción como específicamente capitalista, es decir, la creación de mercancías o valores de cambio (bienes y servicios producidos dentro de relaciones capitalistas de producción y vendidos en el mercado). Como el trabajo doméstico no ocurre dentro del modo capitalista de producción, no se considera producción en este sentido y por lo tanto se utiliza alternativamente el término reproducción. (Rodríguez, 2001: 9).



Este enfoque correspondería a un uso marxista del concepto de producción. Básicamente es el tipo de argumentación que encontramos en los escritos de Marx sobre trabajo productivo e improductivo (Marx, 1976) y cuando menos tiene la virtud de ubicar lo productivo no como un concepto absoluto o ahistórico, sino en relación con una estructura social correspondiente a un modo de producción determinado. Es decir, en esta concepción el que una actividad sea productiva en el sentido general es necesario, pero no suficiente para que dicha actividad sea productiva para el capital (la condición suficiente sería la de producir plusvalía) (Marx, 1976: 9-10; Savran, 1999: 124). En consecuencia, lo que define como productivo a un trabajo no es el tipo de tareas que se hacen en él, ni si es remunerado o si conlleva mayor o menor implicación emocional su realización, sino las relaciones sociales en las que se lleva a cabo.

Si analizamos cualquier tipo de trabajo en función de las relaciones sociales capitalistas, éste tendría que ser el criterio para definir un trabajo como productivo.

Dalla Costa adoptó un tercer uso, argumentando que el trabajo doméstico es parte de la producción capitalista y productor de plusvalía. El trabajo doméstico es considerado de manera similar al trabajo remunerado en todos los aspectos excepto por la ausencia del salario (Rodríguez, 2001: 9-10).

La concepción de Dalla Costa representa una de las posturas dentro del “debate sobre el trabajo doméstico”. Actualmente ha quedado en entredicho el carácter de productor de plusvalía del trabajo doméstico. En el mejor de los casos se reconoce que el trabajo doméstico podría contribuir de manera indirecta a la producción de plusvalía al ser parte sustancial de la reproducción de la fuerza de trabajo asalariada que necesita el capital (Mortera, 2003: 39). Sin embargo, también se ha optado por ubicar al trabajo doméstico no remunerado como parte de la reproducción social (trabajo reproductivo, por tanto, no simplemente improductivo si es que la ley del valor no puede ser aplicable a él). De ese modo tanto producción como reproducción adquieren un mismo estatus conceptual (Carrasco, 1999: 36) en la dinámica histórica capitalista; aunque es claro que ambos poseen características diferenciadas y en la práctica social se les estructura jerárquicamente.

La cuarta definición de producción dentro de la literatura de trabajo doméstico utiliza las relaciones de mercado para definir los límites del sistema productivo. La producción se refiere a la creación de mercancías (bienes y servicios vendidos en el mercado) sin tener en cuenta si las relaciones de producción son capitalistas o no. Algunos argumentan que el trabajo doméstico produce la mercancía fuerza de trabajo y por lo tanto debe ser incluido dentro del sistema productivo. (Rodríguez, 2001: 10).

Ésta es otra de las concepciones que subyacen en las investigaciones actuales (v. gr. Colinas, 2010: 46-47) y sirve para distinguir entre trabajo doméstico y trabajo extradoméstico. El problema es, una vez más, el no tener en cuenta el resto de relaciones sociales en que la producción se halla inmersa, lo cual complica la posibilidad de dar respuesta a la pregunta sobre la manera en que el trabajo doméstico se relaciona con las características del mercado de trabajo y de la participación de hombres y mujeres en él.

Cualquiera que sea el significado que se asuma tiene lo productivo o la producción, sería bueno aclararlo en los estudios para por lo menos estar ciertos que en los debates teóricos hablamos de la misma cosa. Específicamente en esta investigación nos inclinamos por entender lo productivo en el sentido marxista –es decir, como aquel trabajo que genera plusvalía para el capital– y no nos preocupa mayormente que tal calificativo sea aplicado o no al trabajo doméstico, dado que partimos del supuesto de que se trata de un *trabajo socialmente necesario* (de ahí su importancia, no sólo en términos económicos), independientemente de los arreglos económicos, familiares y estatales que de manera concreta intervienen en cómo se organiza socialmente; arreglos que es conveniente determinar en vez de asumir como dados.

Existe un último aspecto relacionado con el “debate sobre el trabajo doméstico” que quisiéramos precisar y rescatar del olvido. Aunque tal vez la palabra “olvido” no sea la más exacta, pues de hecho se trata de un elemento del debate que en ocasiones todavía sigue invocándose para reivindicar la importancia del trabajo doméstico y la total funcionalidad de su organización tradicional (fundada en la familia nuclear constituida por el trabajador asalariado-jefe de familia, el ama de casa y sus hijos) con respecto al capitalismo. Muchas veces se menciona como un aspecto autoevidente y por tanto no se hace referencia a que hay un antecedente nutrido de su discusión en aquel debate. Nos referimos a la afirmación de que el trabajo doméstico no remunerado de las mujeres en el hogar es del todo funcional para el sistema capitalista, pues abarata la reproducción de la fuerza de trabajo y por tanto su costo, haciendo que el salario se encuentre por debajo de su valor. Ya hemos mencionado la acertada crítica de Molyneux hacia las posturas que se basan en argumentos funcionalistas. Pues bien, este es un claro ejemplo, frente al cual la autora advierte en primer lugar que el valor de la fuerza de trabajo varía históricamente a partir de múltiples factores cambiantes.

Dentro de esta multiplicidad de determinaciones, la contribución realizada por el *trabajo del hogar* en cuanto a definir el valor de la fuerza de trabajo desempeña un papel relativamente menor. No se debe asumir *a priori* el hecho de que el trabajo del hogar desempeñe siquiera algún papel significativo en tal determinación (Molyneux, 2003: 24).

En ese sentido, lo que conviene es determinar en el terreno concreto las maneras variables y contradictorias en que el trabajo doméstico y el capitalismo se relacionan. Sin duda el trabajo del hogar tiene un importante papel en la reproducción de la fuerza de trabajo, pero semejante relación no es lineal ni estática.

En segundo lugar, señala que:

El confinamiento de las mujeres a la esfera doméstica puede ser ventajoso en algunas circunstancias pero no serlo en otras: durante periodos de rápida acumulación, o de aguda escasez de fuerza de trabajo, como en tiempos de guerra, por ejemplo, cuando el Estado puede ser requerido para intervenir y socializar el trabajo doméstico con el fin de liberar en el mercado suficiente trabajo asalariado femenino. Otro punto a tener en cuenta es que lo que es cierto para los *intereses generales* del capital puede no serlo para los capitales específicos. Mientras que en una formación dada puede ser que la política del Estado desincentive el que las mujeres ingresen en la fuerza de trabajo, la sobrevivencia de determinados capitales puede *dependen* del trabajo más barato ofrecido por las mujeres (Molyneux, 2003: 47).

Es por eso que Molyneux enfatiza que los análisis de la relación entre el trabajo doméstico con el capitalismo no deben quedarse en el nivel del modo de producción en abstracto, sino en el de las formaciones sociales particulares. Este enfoque abre la posibilidad de escapar de una forma rígida y estática de abordar el problema, en la cual llegó a caerse en el “debate sobre el trabajo doméstico”. Semejante posibilidad es aún más relevante en un contexto de profundos cambios como el actual en que el análisis del trabajo doméstico y su relación con el conjunto de las relaciones sociales no puede ceñirse a hablar del ama de casa y su relación con el capital a través sólo de su esposo que desempeña un trabajo asalariado en el mercado laboral. Tanto la heterogeneidad del mercado de trabajo, en su composición y condiciones, como las transformaciones en la estructura de los hogares y familias impiden esa restricción.

Consideramos que el debate sobre el trabajo doméstico en su momento representó un avance teórico importante que se quedó suspendido por varios años. Dado que en él se discutieron a detalle varios de los problemas teóricos que hoy se examinan bajo otras perspectivas en boga, conviene tomar nota de las advertencias de las teóricas del feminismo

socialista de aquella época y de quienes, como Molyneux, han hecho más recientemente una valoración del debate.

## **1.4 Estudios sociodemográficos sobre trabajo y género en México y América Latina**

Desde los años sesenta ha habido gran cantidad de estudios sobre el trabajo femenino en México y otros países de América Latina. Las disciplinas y los enfoques teóricos también han sido variados y en general en los últimos años han ido incorporando la perspectiva de género en sus análisis, así como las encuestas de uso de tiempo como un poderoso instrumento metodológico para medir y valorar el trabajo doméstico.

Las investigaciones con enfoque sociodemográfico han sido una fructífera línea de estudio en la región desde hace algunas décadas. Se trata de investigaciones que desde la sociología, la demografía y/o la economía han buscado abordar de manera conjunta dos esferas que antes se estudiaban de manera separada: la doméstica-familiar y la del mercado laboral. Mercedes Blanco y Edith Pacheco (1998; 2006) han dado cuenta de la forma en que ha ido evolucionando esta perspectiva, la cual, en el camino, incorporó la perspectiva de género.

Empezó centrándose primordialmente en el análisis de la incorporación femenina en el mercado de trabajo (años setenta y principios de los ochenta), pues en esos años es cuando ésta incursión tuvo un inusitado repunte. Poco a poco se fueron perfeccionando las estrategias metodológicas y ampliando las fuentes de información. Los resultados que ha dado esta perspectiva son por demás abundantes y valiosos, de tipo cuantitativo y cualitativo.

No nos detendremos demasiado en la revisión de esta perspectiva debido a que varios de los estudios realizados a partir de ella los citaremos a lo largo de este trabajo (por ejemplo: García, Muñoz y Oliveira, 1988; García y Oliveira, 1994; Rendón, 2003; García y Oliveira, 2006; Pacheco, 2004). Pero queremos destacar su importancia a partir de varias consideraciones:

- 1) Se trata de estudios que, a diferencia de las corrientes mencionadas anteriormente, han surgido en la región y se han abocado a investigar las problemáticas de América Latina y México.
- 2) Gracias a ellos se han perfeccionado los encuadres teóricos y metodológicos de las encuestas que a nivel nacional recogen información invaluable sobre el mercado de trabajo, el uso del tiempo, el trabajo doméstico.
- 3) Estos estudios desde siempre han puesto énfasis en el estudio de las desigualdades socioeconómicas propias de la región latinoamericana y en analizar cómo toman parte en los fenómenos en investigación.
- 4) Son prueba innegable de la fructífera relación que puede haber cuando en una investigación se ponen en juego estrategias metodológicas cuantitativas y cualitativas de manera conjunta.
- 5) Han puesto sobre la mesa la necesidad de la valoración del trabajo doméstico y han formulado indicadores y metodologías para estudiar científicamente el tema.

Se trata, en suma, de una línea de investigación bastante nutrida y de importantes repercusiones en la generación de conocimiento específico sobre la división sexual del trabajo, vista desde la relación entre el trabajo doméstico y el llamado trabajo extradoméstico. La limitante que llegamos a detectar es una deficiente problematización teórica respecto a los aspectos más estructurales con los que se vinculan los fenómenos que estudian. Sin embargo, hemos de reconocer que mucho del planteamiento metodológico del presente trabajo, está en deuda con los estudios de esta línea de investigación.

### **1.5. El enfoque de la conciliación trabajo extradoméstico-vida familiar**

Como hemos visto, el tema de la interacción o vinculación de los ámbitos doméstico y laboral ha sido abordado en las ciencias sociales de maneras más o menos directas desde hace varias décadas. Disciplinas como la economía y la sociología son las que mayormente han hecho de este asunto un objeto de sus indagaciones. No por casualidad han sido sobre todo mujeres dentro de esas disciplinas quienes más lo han abordado. Su interés ha estribado en problematizar dicho vínculo, no dar por sentada la asignación social

tradicional y excluyente de las mujeres a lo doméstico y los hombres a lo laboral extradoméstico, cuestionar la supuesta naturalidad de la división sexual del trabajo y determinar la forma en que ésta interviene en la posición subalterna de las mujeres en relación con los hombres dentro de la sociedad.

Una de las formas de abordar el problema está enfocada a hacer visible la importancia de la contribución del trabajo de las mujeres, tanto del desempeñado en el interior de los hogares, como el desarrollado cada vez más ampliamente en el mercado laboral. Un antecedente importante en cuanto al estudio del trabajo doméstico se encuentra plenamente esbozado en la obra *Economics of Household Production*, publicada en la primera mitad del siglo XX por la economista Margaret Reid, autora a la cual ya hemos hecho referencia. Desde entonces se han desarrollado diversas líneas teóricas y de investigación como las que hemos expuesto arriba. Sólo nos resta explicar una de las más recientes.

En este apartado nos detenemos en las aportaciones hechas desde los estudios sobre la llamada conciliación entre familia y empleo. Se trata, en efecto, no de una teoría propiamente dicha -si bien presenta importantes esfuerzos de elaboración teórica- sino de una línea de investigación surgida en principio a partir del propósito práctico de la búsqueda de formulación de políticas públicas enfocadas a enfrentar los efectos de ciertas tendencias demográficas en los países europeos y otras naciones desarrolladas.

María José Moreno (2008) explica que las investigaciones y la discusión sobre las políticas de conciliación se extendieron a partir de que salió a la luz *Babies and Bosses. Reconciling Work and Family Life* (OCDE, 2002), estudio enfocado en la situación de Australia, Dinamarca y Holanda.<sup>10</sup> Esta obra tuvo su origen en la preocupación de la OCDE frente a la abrupta caída de las tasas de natalidad en Europa y en general en los países desarrollados pertenecientes a dicho organismo. La razón principal por la que ese fenómeno resultaba alarmante era que tal caída de la natalidad podría representar problemas para la sostenibilidad de los sistemas de pensiones en un futuro no muy lejano.

---

<sup>10</sup> Aunque había antecedentes de diseño e implementación de ese tipo de políticas en la Unión Europea desde cuando menos la década de los noventa. Al mismo tiempo surgieron ya desde entonces algunas voces críticas (Torns, 2010: 26).

Así, la propuesta central de la OCDE era que los países implementaran políticas que permitieran a las familias conciliar el trabajo con la vida familiar: más y mejor acceso a la educación y cuidados infantiles, condiciones laborales y salariales adecuadas para que la maternidad no fuera incompatible con participación de las mujeres en el mercado laboral. Es decir, las políticas de conciliación se presentaban como políticas *family-friendly*,<sup>11</sup> las cuales apuntaban también en alguna medida hacia la promoción de la equidad de género.

Sin embargo, como acota Moreno (2008: 91), la perspectiva de la OCDE en el fondo estaba más centrada a privilegiar la conveniencia económica de promover la inserción y permanencia de las mujeres en el mercado laboral, no como una forma de impulsar el desarrollo de éstas, sino con la finalidad de mejorar los indicadores macroeconómicos o de factores que contribuyen a ellos: aliviar la pobreza, la sostenibilidad del sistema de pensiones.

Además, si bien se menciona la equidad de género como uno de los aspectos orientadores de estas políticas, este propósito no adquiere un carácter central en la propuesta de la OCDE “ni en el diagnóstico realizado sobre las tensiones entre la esfera laboral, ni en el marco de los objetivos de la conciliación entre ambos” (Moreno, 2008: 91).

No obstante, los esfuerzos encabezados por la OCDE no son despreciables en términos de generación de importantes investigaciones acerca de la situación de diversos países respecto a sus políticas y buenas prácticas hacia la conciliación, así como respecto la situación de las mujeres en el mercado de trabajo (OCDE, 2003; 2004; 2005).

Mientras esto ocurría a instancias de la OCDE, la OIT también publicaba algunos estudios sobre conciliación y trabajo en el mundo (Sorj, 2004; Hein, 2005). En el trabajo de Sorj se analiza la situación de Brasil, mientras que en el de Hein se recupera la experiencia de diversos países respecto a las políticas de conciliación y se hace un análisis de los factores que están asociados a las dificultades para conciliar trabajo y familia. En ambos casos se busca ofrecer un diagnóstico que ayude a formular e implementar políticas

---

<sup>11</sup> Definidas como “aquellas políticas que facilitan la conciliación de la vida laboral y familiar mediante el fomento de la adecuación de los recursos de la familia y el desarrollo del niño, que facilitan la elección de los padres sobre el trabajo y la atención, y promuevan la igualdad de género en las oportunidades de empleo” (traducción nuestra) (OCDE, 2002: 10).

conciliatorias para las y los trabajadores con responsabilidades familiares, aunque frecuentemente hay un mayor énfasis en las mujeres en particular.

Así, por ejemplo, se recomiendan políticas y buenas prácticas no sólo del gobierno, sino también de empresas y sindicatos. Las más importantes son: apoyo a las trabajadoras con bebés lactantes, servicios de cuidado (privados u ofrecidos por las políticas públicas), regulación de los permisos para ausentarse de la oficina para atender emergencias familiares, regulación de las jornadas laborales y la localización del empleo, entre otros (Hein, 2005).

Tanto la normatividad promovida por la OIT,<sup>12</sup> como esas investigaciones realizadas y publicadas a instancias suyas, insisten en que las políticas de conciliación han de estar dirigidas a las y los trabajadores con responsabilidades domésticas. Esto quiere decir que no sólo deben enfocarse en las mujeres, sino en todas aquellas personas que tienen dependientes (niños, ancianos, enfermos, discapacitados). En ese sentido, la OIT ha sido consistente en llamar la atención sobre la necesidad de incluir a los hombres al momento de diseñar e implementar este tipo de políticas, siempre en el tenor de la corresponsabilidad entre hombres y mujeres dentro y fuera de sus hogares (OIT, 2013; Lupica, 2010). Así por ejemplo, este organismo sostiene que:

Es importante notar cómo muchas políticas bien intencionadas pueden, en la práctica, reforzar una distribución tradicional de las responsabilidades familiares y/o una discriminación contra la mujer en el mercado de trabajo. Cuando no se permite a los hombres hacer uso de los beneficios asociados a las responsabilidades familiares, se está reforzando el papel doméstico femenino y la expectativa de que ellos no asuman el cuidado de la familia (OIT, 2009: 28).

Una línea paralela se ha desarrollado en el Fondo de Población de Naciones Unidas (UNFPA, por sus siglas en inglés). Desde 2004 se desarrolló una línea de trabajo regional en América Latina sobre conciliación entre los ámbitos productivo y reproductivo, el presupuesto público, la justicia de género y la cohesión social. Dicho proyecto se llevó a cabo en colaboración con la Cooperación Técnica Alemana (GTZ, por sus siglas en alemán). Un esfuerzo de esta naturaleza no hizo más que incentivar y multiplicar el debate regional e internacional sobre el tema (Moreno, 2008: 108-109).

---

<sup>12</sup> Como el Convenio 156, del cual hablaremos en el segundo capítulo.



En ese contexto, en octubre de 2005 se llevó a cabo en México el evento “Cohesión social, políticas conciliatorias y presupuesto público. Una mirada desde el género”, fruto del cual fue publicado un libro que reunió las colaboraciones de decenas de especialistas de América Latina y España (UNFPA-GTZ, 2005). Conocidas investigadoras, muchas de ellas feministas, atendieron la convocatoria y aportaron sus conocimientos y experiencia en la discusión de todos aquellos aspectos que rodean el asunto de la conciliación entre vida familiar y trabajo: estructuras familiares, género, reproducción, ciclos familiares, el trabajo de cuidado, los sistemas de protección social, pobreza, etcétera.

En ese marco también se publicaron algunos estudios específicos por país (Monge, 2005; Largaespada, 2006), en los cuales se siguió una estructura similar: presentar primero un diagnóstico sumamente amplio y detallado del contexto socioeconómico y del mercado de trabajo; después, una delimitación conceptual de las políticas de conciliación; luego se explica el marco normativo de cada país, así como las políticas hasta ese momento implementadas, para finalizar con recomendaciones no sólo del tipo de políticas que en cada caso se requerían, sino incluso de cómo financiarlas.

Con este panorama podemos darnos una idea de la importancia del enfoque de la conciliación dentro de la agenda de los organismos internacionales, los gobiernos y el mundo académico. Desde el primer volumen de *Babies and Bosses* hasta la actualidad, se ha producido un nutrido cuerpo de investigaciones y de propuestas de política pública. No hay que olvidar que desde un principio ha sido un objetivo principal de esta perspectiva generar políticas públicas, por lo que no es extraño que muchos de los trabajos publicados detallen políticas y buenas prácticas a seguir por parte de gobiernos, empresas y sindicatos.

Ahora bien, en torno a esta línea de investigación ha habido por lo menos tres posturas:

a) La de buscar la conciliación vía la mejora en las condiciones laborales, pero sólo o mayormente se menciona la cuestión de prestaciones sociales relacionadas con maternidad y paternidad, casi no se mencionan otras condiciones como salario, jornada, estabilidad en empleo, etc. (Colinas, 2010);

b) Otras investigadoras señalan que esas medidas no son suficientes. Para que exista igualdad es preciso transformar la división del trabajo dentro de los hogares, lo cual supone

que los hombres se involucren más en las tareas domésticas (Papí y Frau, 2005), y eso, a su vez, requiere implementar medidas conciliatorias enfocados a ellos, como las licencias de paternidad (Benería, 2006);

c) Por último hay quienes sostienen la imposibilidad de que exista la conciliación en el contexto del neoliberalismo y la mayor flexibilización laboral (traducida en precarización). Critican que al hablar de conciliación se plantee hacer cambios en el interior de los hogares, cuando lo que debería hacerse es mejorar las condiciones de trabajo en el mercado, lo cual implica referirse a la estructura de la economía capitalista (Rivas, 2006).

En esta línea crítica, también hay autoras que afirman que incluso aquellas medidas planteadas para modificar las condiciones laborales como flexibilizar la jornada laboral, con la finalidad de hacer compatible la vida laboral y familiar, son estrategias para aumentar la disponibilidad laboral de la población ocupada (Torns, 2011). Estas políticas, por tanto, no surgen desde la idea de procurar el bienestar de la población, sino de beneficiar a las empresas que tienen que moverse con otras condiciones con la finalidad de seguir siendo competitivas (y así mantener sus ganancias) en un contexto cambiante y mucho más flexible. Por ello, para Torns, la conciliación de la vida laboral y familiar “no acaba de ser una buena solución” (Torns, 2010) y es necesario levantar la voz desde el mundo académico para cuestionar incluso el concepto de “conciliación”.

Por nuestra parte, consideramos, en primer lugar, que en el problema de la relación entre la esfera doméstica-familiar y el empleo requiere contemplar en conjunto las condiciones laborales de hombres y mujeres, y no sólo de estas últimas. Si solamente se enfoca la atención en las circunstancias de las mujeres se oculta la participación de los hombres en el problema, lo cual tiene dos consecuencias negativas: perdemos la posibilidad de comprender a cabalidad el fenómeno y, como corolario, no es posible proponer medidas que reviertan las desigualdades socioeconómicas y de género.

En segundo término, si se sostiene que es necesario el mayor involucramiento de los hombres en la esfera doméstica, lo más lógico, en el diagnóstico de la situación, es ver el cuadro completo de los factores tanto materiales como subjetivos o ideológicos que se encuentran detrás de su poco involucramiento en el trabajo doméstico o las responsabilidades familiares, para así poder idear e instrumentar medidas que apunten hacia

mayor equidad entre mujeres y hombres. Como afirma Eleonor Faur: “Mientras las políticas tendientes a la conciliación de responsabilidades familiares y laborales se enfoquen de forma prioritaria en las mujeres, difícilmente permitirán un avance sustantivo en la transformación de las desigualdades de género” (Faur, 2006).

Ahora bien, es de tomarse en cuenta las advertencias de Ana María Rivas (2006) en el sentido de que la conciliación se ha planteado como un tema de género, hasta cierto punto haciendo abstracción del contexto económico y los procesos de precarización de los mercados laborales. Este aspecto es criticable, pues en una parte importante de las condiciones materiales de posibilidad para que se produzcan los cambios en la división sexual del trabajo la dan los vaivenes económicos. Mientras éstos tiendan hacia la precarización, tanto hombres como mujeres tienen pocos márgenes de maniobra para caminar hacia una verdadera conciliación entre sus responsabilidades familiares y laborales en un sentido de corresponsabilidad.

En ese sentido, mientras la estructura económica y el mercado de trabajo no tengan cambios profundos en función de las necesidades de las y los trabajadores, propuestas como la reducción de la jornada laboral o la creación de licencias parentales amplias sólo quedarán en buenos deseos, imposibles de realizar para la mayoría de la población de países como los de América Latina.

No podemos desdeñar el abultado *corpus* empírico y las discusiones teóricas suscitadas en la línea de investigación sobre la conciliación entre trabajo y vida familiar, pues de hecho aportan análisis importantísimos para entender la relación entre trabajo y esfera doméstica y la importancia de la legislación nacional e internacional, así como de las políticas públicas en este tema. Actualmente es de las pocas perspectivas que se plantea seriamente la elaboración de una visión de conjunto del trabajo y la esfera familiar o doméstica. Sin embargo, las respuestas que ofrece a las preguntas que nos hemos trazado sobre las condiciones de reproducción de la división sexual del trabajo son limitadas. Hay, por ejemplo, una recurrente confusión conceptual cuando se quiere utilizar y definir los términos “productivo” y “reproductivo”, como lo referimos en el apartado sobre el debate del trabajo doméstico.

Mientras por un lado sus extensos diagnósticos parecen admitir las raíces estructurales de la tensión permanente entre la esfera laboral y la esfera familiar, tensión mucho más pronunciada en las mujeres, al momento de plantear alternativas el nivel de análisis se queda en la superficie: la implementación de algunas medidas o políticas y buenas prácticas sujetas a la buena voluntad de los gobiernos y de las empresas, principalmente, sin referencias a las transformaciones de fondo que se requerirían en la organización social y sexual del trabajo; es decir, a las estructuras económicas y de dominación masculina.

## **1.6 Trabajo doméstico y trabajo para el mercado: dos aristas de la división sexual del trabajo**

Como se ha visto, la división sexual del trabajo no es un tema nuevo en las ciencias sociales y ha suscitado múltiples polémicas en economía, sociología e incluso más allá de las fronteras del ámbito académico hasta llegar al terreno de las organizaciones militantes y las políticas públicas. En nuestro caso es claro que nos distanciamos de la postura neoclásica, nos mantenemos sensibles a las críticas institucionalistas en contra del enfoque neoclásico y marxista, pero concordamos más con este último, en particular por el gran salto que dio a partir del debate sobre el trabajo doméstico. Retomamos aportes metodológicos de los estudios sociodemográficos, así como información útil producto de los esfuerzos desde la perspectiva de la conciliación. Sin embargo, procuramos adoptar una perspectiva que atienda mayormente los elementos económicos y sociales estructurales de la división del trabajo.

Ahora bien, ya que nuestra aproximación busca mirar de manera conjunta el trabajo para el mercado con el trabajo doméstico, es necesario que antes de cerrar este capítulo especifiquemos qué entendemos por cada uno.

### ***Trabajo doméstico***

¿Qué es el trabajo doméstico? Las múltiples conceptualizaciones del trabajo doméstico coinciden en muchos aspectos. Veamos algunos ejemplos. En 1934 Margaret Reid conceptuaba el trabajo doméstico como

las actividades no remuneradas ejercidas por y para los miembros de la familia, actividades que pueden ser reemplazadas por productos mercantiles o servicios remunerados cuando

circunstancias como los ingresos, la situación del mercado y las preferencias permiten delegar servicios a una persona de la familia (Citado por Rodríguez, 2009: 39).

Más recientemente se ha entendido como el trabajo “involucrado en la producción de bienes y servicios para el consumo directo de las familias” (Rendón, 2003: 15) o bien, como el que “comprende las actividades requeridas para el mantenimiento cotidiano de las familias y la crianza de los niños. Éste no es remunerado y, generalmente, es llevado a cabo por mujeres” (García, 1994: 25).

En estas definiciones están algunos elementos básicos sobre los que hay consenso: se refiere a actividades que se desempeñan en el hogar, para las familias, sin remuneración, no participa de la producción de mercancías y tradicionalmente es un trabajo desempeñado por las mujeres, como parte de la división del trabajo entre los sexos. Además, ya desde la propuesta de Reid aparece insinuado el criterio de la tercera persona, que varias décadas después habría de ser adoptado. Este criterio se refiere a que, ante la diversidad de actividades incluidas dentro del trabajo doméstico, se “se considera trabajo doméstico aquella actividad que pueda ser realizada por una persona distinta de la que se beneficiará de su servicio” (Carrasco, 1999: 30).

Mercedes Pedrero (2004), Julia Chávez (2005) y otros autores han propuesto algunas maneras de clasificar las tareas que constituyen actualmente en México este tipo de trabajo. Pedrero propone una clasificación a partir de las funciones que el trabajo doméstico tiene en el hogar:

- \* Mantenimiento de la vivienda: limpiar, hacer reparaciones, realizar labores de mantenimiento.
- \* Proporcionar nutrición: planificar la comida, prepararla, servirla, lavar los trastes, etc.
- \* Proporcionar vestido: lavar ropa, planchar, remendar, reparar o confeccionarla.
- \* Proporcionar cuidados: a los niños, a los enfermos, a los ancianos dependientes y a otros miembros de la familia que requieran apoyo constante.

A estas actividades, que denominaremos “trabajo familiar doméstico” o actividades domésticas generales, se suman las auxiliares, llamadas así porque dependen de las principales y también se ejecutan en beneficio del hogar, tales como transportar a miembros del hogar, hacer compras, realizar gestiones y pagos de servicios, realizar trámites para disponer de una vivienda, amueblarla y/o equiparla, planificar y controlar las finanzas, entre otras (Pedrero, 2004: 14).

Por su parte, la clasificación de Chávez se basa en el tiempo de organización y ejecución de las tareas del trabajo doméstico. En ese sentido, las divide en tareas cotidianas

de consumo diario (alimentación, limpieza y arreglo de la vivienda, atención y cuidado de los hijos y compra de perecederos), tareas de consumo medio (limpieza y mantenimiento de la ropa, limpieza de la vivienda, adquisición de mercancías) y tareas de largo plazo (mantenimiento de la vivienda, cuidado y mantenimiento de muebles y enseres domésticos, adquisición de ropa y artículos para el hogar, reparación o confección de ropa, trámites, pagos) (Chávez, 2005: 35-36). Sin embargo, consideramos que la clasificación de Pedrero es más apropiada pues es más clara y exhaustiva.

Por otro lado, en diversos estudios también se han identificado los factores que intervienen en la carga de trabajo doméstico: tamaño y composición del hogar, estructura de parentesco, etapa del ciclo vital de la familia, estructura por edad y sexo del hogar, tamaño y características de la vivienda, presencia y calidad de servicios públicos, nivel de ingreso y clase social, nivel educativo de los miembros, jefatura del hogar, situación ocupacional del jefe de hogar, utilización o no de implementos tecnológicos como electrodomésticos, la situación económica y social, así como el momento histórico de la sociedad en la que viven las familias (Mortera, 2003: 59; Chávez, 2005: 32-33). Será preciso tomar en cuenta estos factores en el análisis de la información estadística que sirve de materia prima para nuestro estudio.

Otro aspecto central del trabajo doméstico es su papel en la sociedad capitalista: la reposición y reproducción de la fuerza de trabajo. Wally Seccombe y otros autores sostienen que esa reproducción ocurre en dos niveles: diaria y generacionalmente. El primer nivel se refiere a que el trabajo doméstico posibilita que los asalariados se presenten a la fábrica cada día; el segundo, a que, además, reproduce a la siguiente generación de la fuerza de trabajo asalariada y doméstica. Asimismo, el trabajo doméstico desempeña un papel fundamental en la reproducción de las relaciones capitalistas. Así, su función es de reproducción tanto económica como ideológica (Seccombe, 2003: 1919-192).

Su relación con el modo de producción capitalista no acaba ahí, además de que es compleja, como veremos en el siguiente apartado. En términos simples, de momento podemos decir que el trabajo doméstico es a la vez condición de posibilidad para que se lleve a cabo el trabajo en el mercado laboral, como resultado de las condiciones económicas que se presentan en dicho mercado. Ya se ha mencionado que el trabajo

doméstico es indispensable para reproducir la fuerza de trabajo; al mismo tiempo, el salario se requiere para comprar las mercancías que mediante el trabajo doméstico habrán de ser transformadas y servir para reproducir la fuerza de trabajo. Marx lo expresa de la siguiente manera:

La clase obrera no puede guisar la carne que ha de comer, sino después de haber producido el salario que le permita pagarla; no puede asear sus muebles y sus habitaciones, no puede limpiarse los zapatos, más que después de producir el valor de los muebles, del alquiler de la vivienda y del calzado (Marx, 1976: 26).

No obstante, en cuanto a la división del trabajo por sexos no es suficiente subrayar el fuerte vínculo entre el trabajo doméstico y las condiciones económicas. Es preciso poner atención en el hecho tantas veces subrayado por las feministas: son las mujeres las principales, casi exclusivas, encargadas de la realización del trabajo doméstico, y ese hecho se ha presentado naturalizado, incuestionable, resultado unívoco de un destino marcado por las características biológicas, cuando en realidad es producto de una construcción social que pasa no sólo por los aspectos económicos:

no es que las necesidades de la reproducción biológica determinen la organización simbólica de la división sexual del trabajo y, progresivamente, de todo el orden natural y social, más bien es una construcción social arbitraria de lo biológico, y en especial del cuerpo, masculino y femenino, de sus costumbres y de sus funciones, en particular de la reproducción biológica, que proporciona un fundamento aparentemente natural a la visión androcéntrica de la división de la actividad sexual y de la división sexual del trabajo y, a partir de ahí, de todo el cosmos (Bourdieu, 2007[1998]: 37).

### ***Trabajo para el mercado***

Lo que aquí entendemos como trabajo para el mercado es básicamente lo que en otras investigaciones se ha denominado trabajo extradoméstico o trabajo remunerado; de hecho en varias ocasiones los usamos como sinónimos. Teresa Rendón definió al trabajo extradoméstico como el que “incluye todo aquel trabajo destinado a la producción de mercancías (asalariado y no asalariado), más el trabajo involucrado en la producción de bienes agropecuarios de consumo, así como el trabajo doméstico remunerado” (Rendón, 2003: 18). Esta definición es bastante amplia y sirve bien a nuestros propósitos. Sólo queremos agregar dos aclaraciones:

- 1) Como quedó planteado más arriba, no establecemos una identificación entre trabajo productivo y trabajo extradoméstico o trabajo para el mercado, por el hecho de que este último incluye tareas que no pueden ser calificadas de productivas estrictamente hablando, en tanto no generan plusvalías. Es decir, en el mercado también hay trabajo improductivo que, sin embargo, ocupa grandes masas de trabajadoras y trabajadores.

Recuérdese que, como sostiene Harry Braverman,

El trabajo puede ser improductivo simplemente porque tiene lugar fuera del modo capitalista de producción, o porque teniendo lugar dentro de él es utilizado por el capitalista, en su impulso por acumular, para funciones improductivas más que productivas (Braverman, 1983: 475).

Por tanto, es un error asumir que todo trabajo extradoméstico es productivo. Más bien, el trabajo para el mercado puede ser tanto productivo como improductivo, dependiendo del papel que cumple en el sistema económico capitalista.

- 2) Preferimos usar el término “trabajo para el mercado” en tanto el término “trabajo extradoméstico” podría sugerir que sólo es tal si ocurre fuera del hogar. La persistencia del trabajo a domicilio nos indica que no es así: bajo un mismo espacio, el doméstico, puede realizarse los dos tipos de trabajo. Por eso, aunque ciertamente “extradoméstico” desde sus orígenes no se refiere a una distinción del lugar donde el trabajo ocurre, sino más bien al tipo de actividad, optamos por “trabajo para el mercado” y sólo utilizamos como sinónimo “trabajo extradoméstico” con las especificaciones que aquí apuntamos.

Así pues, bajo estas consideraciones respecto a los términos y el enfoque teórico que orienta este trabajo es que utilizamos la ENOE como una herramienta que, si bien no detalla muchos aspectos del trabajo doméstico, pues no es su objetivo,<sup>13</sup> sí ofrece importantes elementos para explorar la relación entre las condiciones laborales de la población ocupada masculina y femenina con su participación en el trabajo doméstico no remunerado dentro de sus hogares. Todo esto como una aproximación a la división sexual del trabajo en la Ciudad de México.

---

<sup>13</sup> Véase al respecto la segunda parte del tercer capítulo de este trabajo, donde detallamos la explicación de las consideraciones mediaron en nuestro trabajo con la base de datos.





## CAPÍTULO 2

### **Trabajo doméstico y trabajo para el mercado: antecedentes en la Ciudad de México y marco normativo**

Históricamente, la Ciudad de México ha tenido un enorme peso económico, político, demográfico y cultural en el país. Al ser el centro neurálgico de la vida política y económica de México, ha recibido atención especial de los sucesivos gobiernos; por ello, se ha beneficiado de múltiples inversiones en infraestructura y servicios (Pacheco, 2004: 78). Además, la urbe fue fundamental en el proceso de industrialización que vivió el país a partir de los años treinta del siglo XX. De hecho, por esos años se aceleró la concentración territorial de la industria en la ciudad y, con ella, la supremacía económica de la capital. Tan es así, que en 1930 la producción industrial de la ciudad ya representaba casi la tercera parte de la nacional. Entre 1930 y 1960 fue consolidándose ese papel y hacia 1980 la ciudad ya producía casi la mitad de las manufacturas del país. Lógicamente, esa expansión industrial conllevó un aumento de la importancia de la Ciudad de México en la absorción de la mano de obra, en particular hacia la década de los cincuenta (Pacheco, 2004: 82).

En esas décadas de crecimiento, la Ciudad de México se convirtió en foco de atracción de migrantes provenientes de otros estados de la república que buscaban mejores oportunidades de empleo. Por ello, entre 1950 y 1970 la población del Distrito Federal y municipios aledaños creció considerablemente. Jiménez (2008: 24) especifica que en esas décadas “la población del Distrito Federal creció a una tasa promedio anual menor al 5 por ciento, pero los 12 municipios circunvecinos del Estado de México registraron un crecimiento anual promedio de 12.8 por ciento”. Este fenómeno es parte del proceso de reestructuración urbana y metropolización de la Ciudad de México; proceso similar y simultáneo (aunque de diferente magnitud) al ocurrido en otras ciudades del país, como Guadalajara y Monterrey.

Entre 1970 y 2000, el crecimiento de la Ciudad de México fue a menor ritmo que el de Guadalajara y Monterrey, en parte debido a la migración negativa neta presentada desde 1990 hacia ciudades medias (Jiménez, 2008: 24). Probablemente esto está relacionado con

el hecho de que entre 1980 y 2000, la Ciudad también fue perdiendo su posición dominante en la vida económica de México, sin dejar de ser importante su contribución al Producto Interno Bruto (PIB). La razón es el proceso de desindustrialización vivido en esas décadas. No obstante, hacia 2002, la Ciudad de México seguía produciendo alrededor del 30 por ciento PIB y generando la porción más grande de empleos formales (Jiménez, 2008: 27).

Este contexto general enmarca la revisión que presentamos en el presente capítulo. Su propósito es servir de marco histórico y contextual del análisis empírico de la relación entre trabajo doméstico y trabajo para el mercado, desarrollado en los siguientes capítulos, como aproximación a la división sexual del trabajo en la Ciudad de México.

Las preguntas que orientan este capítulo son: ¿cuáles han sido las características de la población ocupada y sus principales condiciones laborales en las décadas pasadas en la Ciudad de México? ¿Qué indicios podemos tener de las formas de participación masculina y femenina en el trabajo doméstico? Por otro lado: ¿qué plantea el marco legislativo y de políticas públicas respecto a la (frecuentemente conflictiva) relación entre trabajo doméstico y trabajo para el mercado?

En función de esas interrogantes, el capítulo está organizado en tres grandes apartados. En el primero se describen las características generales del mercado laboral de la Ciudad de México en las décadas pasadas, así como algunos elementos que dan una idea de la participación masculina y femenina en el trabajo doméstico. En el segundo apartado se expone la normativa -evolución general y situación actual- que es aplicable a México y aquella que nuestro país aún no ha reconocido, pero que atañe directamente al problema que nos ocupa. En el tercero, analizamos críticamente las políticas de conciliación, sus orígenes y tipos, su aplicación, implicaciones, ausencias y contradicciones en América Latina, así como la revisión de las principales políticas de conciliación que han sido aplicadas en nuestro país. Se observa el carácter limitado, tanto en extensión, como en enfoque, de estas políticas. En extensión pues en la práctica no se trata de políticas generalizadas para el conjunto de la población trabajadora, masculina y femenina. Limitadas en enfoque, pues parecen partir de la idea de una perspectiva que excluye la necesidad de incorporar a los varones en el diseño e implementación de estas políticas, así

como en la generación de legislación igualitaria en esta materia. Además, en el mejor de los casos, sólo reconocen derechos a las y los trabajadores asalariados formales.

## **2.1 Antecedentes: el trabajo femenino y masculino en la Ciudad de México en las últimas décadas del siglo XX**

La centralidad de la Ciudad de México en cuanto a la absorción de fuerza de trabajo es histórica. En el Cuadro 2.1 se aprecia claramente en qué magnitud esto ha ocurrido entre la población trabajadora de ambos sexos. La Población Económicamente Activa (PEA) de la Ciudad pasó de representar el 4.9 por ciento de la PEA nacional en 1895, a ser el 20.7 por ciento en 2000, luego de décadas de un incremento progresivo.

Puede observarse, además, un crecimiento notable de la PEA de la Ciudad de México en periodos cruciales como el que va de la década de los cuarenta a la década de los sesenta, cuando se encontraba en pleno auge el avance de la industrialización bajo el modelo ISI (Industrialización por Sustitución de Importaciones). Esto es aún más llamativo en la PEA femenina de la Ciudad de México, pues creció casi tres veces en sólo una década, de 1930 a 1940, y más del doble entre 1970 y 1980. También es notable que en todos los casos la proporción de la PEA femenina de la Ciudad (con respecto a la PEA femenina nacional) fue siempre mayor que la proporción masculina respectiva. Esto refleja la gran capacidad de la Ciudad de México para absorber a la fuerza de trabajo femenina en mayor medida que otras regiones del país. No por nada las tasas femeninas de participación en el mercado laboral son mayores en la Ciudad de México que en el promedio nacional aún hoy en día (véase el tercer capítulo de este trabajo).

**Cuadro 2.1**

**Participación de la población económicamente activa de la Ciudad de México y su proporción en el ámbito nacional por sexo (1895-2000)**

| Año         | PEA de la Ciudad de México |           |           | Proporción respecto a la PEA nacional dentro de cada sexo |         |         |
|-------------|----------------------------|-----------|-----------|---|---------|---------|
|             | Total                      | Hombres   | Mujeres   | Total   | Hombres | Mujeres |
| <b>1895</b> | 243 282                    | 154 078   | 89 204    | 4.9   | 3.8     | 10.5    |
| <b>1900</b> | 355 604                    | 186 753   | 168 851   | 6.6   | 4.2     | 19.3    |
| <b>1910</b> | 361 224                    | 235 089   | 126 135   | 6.5   | 4.8     | 18.1    |
| <b>1920</b> | 305 885                    | 243 902   | 61 983    | 6.3   | 5.4     | 18.8    |
| <b>1930</b> | 394 097                    | 325 135   | 68 962    | 7.6   | 6.6     | 28.8    |
| <b>1940</b> | 610 115                    | 442 687   | 167 428   | 10.4  | 8.2     | 38.7    |
| <b>1950</b> | 1 117 312                  | 784 736   | 332 576   | 13.5  | 11.0    | 29.5    |
| <b>1960</b> | 1 842 866                  | 1 298 883 | 543 983   | 16.4  | 14.1    | 27.1    |
| <b>1970</b> | 2 620 582                  | 1 838 639 | 781 943   | 20.2  | 17.5    | 31.7    |
| <b>1980</b> | 4 860 311                  | 3 235 040 | 1 625 271 | 22.0  | 20.3    | 26.5    |
| <b>1990</b> | 5 098 588                  | 3 525 236 | 1 573 352 | 21.2  | 19.1    | 27.9    |
| <b>2000</b> | 7 075 046                  | 4 557 238 | 2 517 808 | 20.7  | 19.5    | 23.4    |

Fuente: Cuadro tomado de Pacheco (2004: 92).

Por otro lado, hemos comentado que durante buena parte del siglo XX, la Ciudad de México tuvo un sector industrial importante. Sin embargo, en décadas recientes hemos sido testigos de su proceso de desindustrialización y de la expansión del sector terciario. Este fenómeno se refleja en la evolución de la distribución de la población ocupada por sector económico (Cuadro 2.2).

Observamos la disminución de la importancia del sector primario en la Ciudad, hasta ser prácticamente ínfimo (de representar 11.3 por ciento de la población ocupada en 1930, a no llegar siquiera a 1 por ciento en 1998). Paralelamente, aumentó la proporción de la población ocupada en el sector secundario hasta 1980, año en que llegó a su punto máximo (41.4 por ciento), para luego descender hasta ubicarse en casi 25 por ciento en 1998.

Aun cuando el sector secundario adquirió gran relevancia, es notable que durante todo el periodo descrito en el Cuadro 2.2, fue el sector terciario el que mayor proporción de población ocupada absorbió: nunca bajó de 53 por ciento. Luego, cuando comenzó el retroceso del sector secundario, el terciario se expandió aún más, al punto que para 1998 empleaba a 74.5 por ciento de la población ocupada de la ciudad. Esta proporción se ha mantenido muy similar en los últimos años, como veremos en el tercer capítulo de este trabajo.

**Cuadro 2.2**

**Distribución de la población ocupada en la Ciudad de México por sectores económicos (1930-1998)**

| <b>Año</b>                      | <b>Primario</b> | <b>Secundario</b> | <b>Terciario</b> |
|---------------------------------|-----------------|-------------------|------------------|
| <i>Información censal</i>       |                 |                   |                  |
| <b>1930</b>                     | 11.3            | 29.0              | 59.7             |
| <b>1950</b>                     | 5.1             | 36.5              | 58.2             |
| <b>1970</b>                     | 2.8             | 40.4              | 56.8             |
| <b>1980</b>                     | 1.1             | 41.4              | 53.7             |
| <b>1990</b>                     | 1.9             | 32.0              | 66.9             |
| <i>Información de encuestas</i> |                 |                   |                  |
| <b>1979</b>                     | 0.9             | 36.1              | 61.6             |
| <b>1989</b>                     | 2.0             | 28.4              | 69.5             |
| <b>1998</b>                     | 0.6             | 24.9              | 74.5             |

Nota: los datos de 1930 y 1950 corresponden al Distrito Federal.

Fuente: Cuadro tomado de Pacheco (2004: 96).

### ***Características de la población trabajadora en el último tercio del siglo XX***

Uno de los estudios clásicos sobre las y los trabajadores de la Ciudad de México en el último tercio del siglo XX es el que Brígida García, Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira publicaron en 1988: *Hogares y trabajadores en la Ciudad de México*. El objetivo de esa investigación era “conocer los mecanismos que, en el nivel de los hogares, subyacen a la participación en la actividad económica de los miembros que no son jefes” (García, Muñoz y Oliveira, 1988: 11). Resulta interesante que, ante los pocos datos disponibles en aquellos años respecto a la participación de las mujeres en las actividades del hogar, los autores utilizaron algunos indicadores respecto a las características sociodemográficas de los hogares: tamaño, composición de parentesco y ciclo vital, en el entendido de que tales

indicadores nos hablan de las necesidades de trabajo doméstico que tienen los diferentes tipos de hogares. En ese sentido, “la unidad nuclear en las primeras etapas de su ciclo vital se caracteriza, en la mayoría de los casos, por tener una fuerte carga de actividades domésticas que requieren muchas horas de trabajo del ama de casa” (García, Muñoz y Oliveira, 1988: 19), lo cual, se esperaba, podría redundar en una gran dificultad de las amas de casa para insertarse en el trabajo remunerado o extradoméstico.

Por supuesto, la circunscripción geográfica del estudio es un tanto diferente a lo que actualmente incluimos en la Ciudad de México, dado que ésta se ha expandido considerablemente en las últimas décadas. En la investigación de García, Muñoz y Oliveira (1988: 181), se excluyeron de la Ciudad de México aquellas delegaciones con baja densidad demográfica y con economía básicamente agropecuaria: Cuajimalpa, Tláhuac y Milpa Alta, así como las zonas rurales de las delegaciones Álvaro Obregón, Magdalena Contreras, Tlalpan y Xochimilco. Sin embargo, se incluyeron los municipios del Estado de México que para entonces formaban plenamente una continuidad urbana con el Distrito Federal en términos de servicios, comunicaciones y tipo de actividad económica. Esos municipios eran: Naucalpan, Tlalnepantla, Ecatepec, Nezahualcóyotl y Chimalhuacán.

Definido así el alcance geográfico de la investigación, los autores caracterizaron el contexto y el desarrollo económico de la Ciudad en aquel entonces. En su análisis resalta el proceso de industrialización, muy significativa no sólo para la zona, sino para el conjunto del país, pues hacia el final de los años cincuenta la Ciudad de México concentraba el 42.7 por ciento del PIB industrial del país (García, Muñoz, Oliveira, 1988: 31). Sin embargo, durante esa década y la posterior, el PIB en servicios y transportes en la Ciudad fue aún mayor que el industrial: 58.1 y 30.9 por ciento se generaban en la capital en estas ramas hacia 1970, respectivamente.

Así pues, es claro que hubo un aumento en la concentración de las actividades económicas en la Ciudad de México, lo cual, como mencionamos más arriba, trajo aparejado un incremento en la concentración de la población. Para el momento de ese estudio, los autores ubicaron en la Ciudad: alta fecundidad, migración interna que elevaba el volumen de la población, al tiempo que cambiaba su composición por edad (mayor proporción de la población joven, en edad de trabajar), familias grandes y en etapas

tempranas del ciclo vital familiar, relativa baja mortalidad (García, Muñoz y Oliveira, 1988: 32-33).

A partir de este contexto, analizaron la participación de la PEA por sexo. Encontraron que la fuerza de trabajo masculina representaba 68.1 por ciento de la PEA. La tasa de participación de los varones era de 71.5 por ciento, muy superior al 29.7 por ciento de las mujeres. Sin embargo, destacaba la gran distancia entre la tasa de participación femenina de la Ciudad de México y del país, pues en este último caso, apenas se alcanzaba 16.4 por ciento (García, Muñoz y Oliveira, 1988: 34-35).

Los autores registraron además cambios ocupacionales importantes entre las décadas de los cincuenta y setenta:

En términos generales, las estimaciones que pueden hacerse de los cambios ocupacionales en la Ciudad de México después de 1950 llevan a la conclusión de que hubo un aumento en los puestos no manuales. (...) [Eran] trabajadores que ocupaban puestos con diversos tipos y niveles de calificación. No obstante, la mayoría tenía en común el hecho de ser asalariado y de poseer algún grado de entrenamiento formal que por lo general iba más allá del ciclo primario. En 1970 estos trabajadores asalariados no manuales representaban 33.6 por ciento de la población activa de 12 años y más en la capital; 30.6 por ciento de la población masculina y 39.2 por ciento en el caso de la población femenina (García, Muñoz y Oliveira, 1988: 40-41).

Esto, para los autores, era expresión de la ampliación y del mayor peso de las llamadas clases medias entre 1950 y 1970. Aun así, todavía en 1970 la mayoría de los trabajadores se dedicaba a actividades asalariadas manuales, tanto en la industria como en los servicios. Además, una buena parte de los trabajadores industriales laboraba para grandes empresas.

En cuanto a sus condiciones de trabajo, se registra que el 35.5 por ciento de los obreros no calificados obtenían ingresos inferiores al salario mínimo en 1970, mientras que el 77.9 por ciento de los trabajadores no calificados de los servicios se encontraba en esa situación (García, Muñoz y Oliveira, 1988: 41). Es decir, el sector servicios representaba un tipo de empleo con mayor grado de precariedad en las remuneraciones.

En este panorama, los autores llamaban la atención sobre un fenómeno relativamente atípico en una economía dominada por un sistema capitalista de producción en una gran ciudad como la capital de México y su área conurbada: se esperaba que disminuyera de manera notoria la proporción de trabajadores por cuenta propia en el



conjunto de la PEA. Sin embargo, desde aquellos años, aunque había disminuido su magnitud tendencialmente, también había aumentado en periodos específicos en que se vieron deterioradas las oportunidades de empleo, o en épocas de amplio crecimiento de la fuerza de trabajo sin el correspondiente crecimiento de la demanda en el sector capitalista (formal) de la economía. Hacia 1970, los trabajadores por cuenta propia representaban 9.9 por ciento de la PEA de 12 años y más, y 10.5 y 8.8 por ciento de la población masculina y femenina respectivamente en la Ciudad de México (García, Muñoz y Oliveira, 1988: 42).

En cuanto a la composición sociodemográfica de la fuerza de trabajo, los autores subrayan algunos rasgos de la PEA femenina. Las mujeres destacaban sobre todo en el sector servicios, en ocupaciones no manuales que requieren enseñanza media o carreras cortas (maestras, enfermeras, secretarias, oficinistas de todo tipo). En tanto, en las manufacturas las mujeres además de ocupar algunos puestos no manuales, representaban una buena cantidad entre los trabajadores manuales incorporados en las ramas de preparación de alimentos (que incluye a las tortillerías) y de prendas de vestir (García, Muñoz y Oliveira, 1988: 46).

Teresa Rendón abundó en esta información, aunque respecto a la situación del país en general:

Entre 1950 y 1980 el ingreso de las mujeres al trabajo fuera del hogar estuvo marcado por el ascenso de la actividad económica, que se tradujo en un crecimiento de las oportunidades de trabajo y de los salarios (...) En la enseñanza y en el comercio fue donde ocurrieron los mayores incrementos. Las actividades que perdieron importancia relativa como fuentes de trabajo femenino fueron: la producción de alimentos, bebidas y trabajo, el trabajo doméstico y la industria textil (Rendón, 2003: 111).

Sin embargo, aunque perdieron importancia relativa estas ocupaciones para la fuerza de trabajo femenina, no dejaron de tener su importancia.

Es de subrayar la relación que Rendón encuentra entre los cambios económicos, los cambios demográficos y la evolución del trabajo femenino en México a lo largo del tiempo. Nos indica que el inicio de la “primera etapa de la transición demográfica” (aumento de la tasa natural de crecimiento poblacional a causa del efecto de un descenso de la tasa de mortalidad y una fecundidad constante) ocurrió justo cuando la economía mexicana se encontraba entre una y otra onda larga de acumulación de capital, es decir en los años treinta del siglo XX (Rendón, 2003: 112).

Por su parte, la “segunda etapa de la transición demográfica” (descenso en el ritmo de crecimiento de la población atribuible a una baja significativa de la tasa de fecundidad), manifiesta a mediados de los años setenta, coincidió con el agotamiento de dicho patrón de acumulación y con un incremento del ritmo en que la mujer era incorporada al trabajo remunerado asalariado y no asalariado. A partir de entonces, en décadas más recientes se dio un abandono de la conducta tradicional de retiro de las actividades económicas extradomésticas después del matrimonio (Rendón, 2003: 111-114). Dicha conducta la habían observado García, Muñoz y Oliveira como un patrón muy marcado en la fuerza de trabajo femenina de la Ciudad de México hacia 1970 (García, Muñoz y Oliveira, 1988: 35).

En suma, desde la década de los setenta, se presentaron importantes transformaciones en el mercado laboral de la Ciudad de México. La población ocupada comenzó a concentrarse mayormente en el sector terciario; aumentó de manera importante la presencia femenina en el trabajo extradoméstico, la cual era mayor entre las solteras; las condiciones laborales no eran muy favorables para los asalariados, en especial entre los del sector que comenzó a ser más numeroso, es decir, el sector servicios. Algunas de estas tendencias se conservarían o acentuarían en los años posteriores, como veremos con más detalle en el próximo capítulo.

### ***Una nota sobre la participación femenina y masculina en el trabajo doméstico***

Debido a que la aparición del trabajo doméstico como objeto de estudio es relativamente reciente en las ciencias sociales (Sánchez, 1989: 59), buena parte de las investigaciones más importantes en México y en la Ciudad de México en particular son de los años setenta en adelante. Además, muchas de ellas eran estudios de caso o estaban basadas en pequeñas encuestas, pues no existía información censal o de encuestas nacionales que pudiera arrojar luz al respecto. No obstante, además de tratarse de investigaciones pioneras que sentaron las bases teóricas y metodológicas para estudios posteriores, proporcionaron información relevante que nos da una idea bastante clara de cuál pudo haber sido el panorama de esta dimensión del trabajo en las últimas décadas del siglo pasado.

Al ser el trabajo doméstico una actividad realizada predominantemente por mujeres, las feministas fueron algunas de las principales interesadas en abordar el tema en los años setenta. Sin embargo, los estudios sobre pobreza y población marginada también lo

abordaron al cuestionarse acerca de las estrategias de sobrevivencia de este tipo de población. Concluían que, ante las carencias materiales, el trabajo doméstico era un elemento fundamental en la reproducción de estos sectores sociales (Sánchez, 1989: 60). Paralelamente, aparecieron algunos estudios pioneros que, a partir de encuestas en algunas comunidades, buscaban rescatar con mayor detalle la participación económica de las amas de casa, a partir del desglose de sus actividades y el tiempo dedicado a ellas (Pedrero, 1977).

En los años ochenta, se llevaron a cabo en México varios estudios de caso que recogían y analizaban información fundamentalmente de carácter cualitativo en poblaciones urbanas de escasos recursos, “marginales”, “informales”, obreros y capas medias (Sánchez, 1989: 66-68). En estos estudios, los sujetos eran las mujeres que realizaban el trabajo doméstico no remunerado en sus hogares, en tanto la participación masculina se observaba como ínfima. Por ello, no hay información de dicha participación para esos años.

Pero sí podemos tener un aproximado del tiempo dedicado al trabajo doméstico por parte de las mujeres de distintos estratos sociales. Sánchez (1989: 79) sintetizó dicha información, obtenida a partir de diversos estudios publicados entre 1983 y 1987, en un cuadro que reproducimos abajo (Cuadro 2.3).

En dicho cuadro es patente la importancia de las condiciones socioeconómicas de los hogares para determinar el tiempo invertido diaria y semanalmente por las mujeres al trabajo doméstico. La relación entre ambos elementos se mostraba en el sentido de que las condiciones socioeconómicas más precarias implicaban mayor carga de trabajo doméstico para las mujeres: en promedio 69 horas a la semana, frente a 56 horas por parte de las mujeres de las capas medias. Aunque abordados metodológicamente de otra manera, estos datos coinciden con la tendencia observada en nuestro estudio (véase el cuarto capítulo de este trabajo).

**Cuadro 2.3**

**Tiempos de trabajo doméstico de las mujeres-amas de casa en los estudios realizados en México**

| Estudios                               | Número de horas |           |
|--|-----------------|-----------|
|  | Diarias         | Semanales |
| <i>a) Sectores de escasos recursos</i> |                 |           |
| Teresita de Barbieri                   | 10.00           | 70.00     |
| G.M. Bolton y G. Marín                 | 12.30           | 86.10     |
| Beatriz Selva                          | 6.80            | 48.00     |
| Sylvia Chant                           | 10.00           | 70.00     |
| M. Sánchez y F. Martini                | 10.10           | 70.50     |
| Promedio:                              | 10.00           | 69.00     |
| <i>b) Capas medias</i>                 |                 |           |
| Teresita de Barbieri                   | 6.20            | 44.00     |
| G. M. Bolton y G. Marín                | 10.30           | 73.30     |
| Mercedes Blanco                        | 6.80            | 44.30     |
| Teresa Hidalgo                         | 9.10            | 64.00     |
| Promedio                               | 8.00            | 56.00     |

Fuente: Cuadro tomado de Sánchez (1989: 79). Este cuadro fue elaborado a partir de: Chant (1984); De Barbieri (1984); Bolton y Marín (1983); Selva (1985); Blanco (1986); Hidalgo (1986); Sánchez y Martini (1987).

Teresa Rendón encontró algo similar a partir de los datos de la Encuesta Nacional de Trabajo, Aportaciones y Uso del Tiempo (ENTRAU) levantada por el INEGI en 1996. La cantidad de horas que en promedio llegaban a invertir las mujeres al trabajo doméstico, en general, se aproxima a lo expuesto por Sánchez. De acuerdo con los datos de la ENTRAU, las mujeres de 15 años y más que residían en localidades urbanas (de más de 2500 habitantes) invertían unas horas menos al trabajo doméstico que las mujeres rurales (55 horas semanales), pues dedicaban un promedio de 49.2 horas a la semana al trabajo doméstico; en contraste, los varones urbanos de 15 años y más destinaron apenas 11.3 horas semanales al trabajo doméstico y los hombres de localidades de menos de 2500 habitantes, 11.9 horas semanales (Rendón, 2003: 169). Llama la atención que en el ámbito urbano y para ambos sexos, pero sobre todo para las mujeres, el número de horas era mayor en los casos de estar unidos o unidas: las casadas de las localidades urbanas hacían 64.9 horas de trabajo doméstico a la semana, frente a las 12.1 horas de dedicación semanal por parte de los hombres casados.

Tanto en la investigación de Rendón como en los estudios previos, se advierte que las jornadas diarias de trabajo doméstico de las mujeres eran iguales o superiores a la

jornada máxima de trabajo para el mercado sancionada en la ley. Al tiempo que esto evidencia que la carga de trabajo de las mujeres era significativa (aunque hace décadas no fuera contabilizada en las encuestas nacionales por no ser parte de las actividades formalmente reconocidas como económicas), nos da una idea de la importancia social de dicho trabajo, independientemente del estrato social o tipo de localidad que se trate.

Por lo pronto, con estas notas cerramos el apunte histórico acerca del trabajo (en sus dos vertientes) en la Ciudad de México. A continuación desarrollamos algunos aspectos del marco normativo y de política pública relevantes para nuestro estudio.

## **2.2 Apuntes sobre el marco normativo aplicable a México<sup>14</sup>**

### ***Normatividad internacional: la OIT***

En sus casi doscientos convenios desde 1919, hay dos etapas en lo relacionado con la atención a las desigualdades de género entre hombres y mujeres en el ámbito laboral (Pautassi *et al.*, 2004): la etapa *protectiva* (desde sus orígenes hasta la década de los años cincuenta del siglo pasado) y la *igualitaria* (desde 1979 hasta la actualidad).

En la primera etapa se buscó proteger a la mujer trabajadora en tanto madre, por lo cual destacaron las prohibiciones de trabajo nocturno y bajo ciertas condiciones consideradas peligrosas e insalubres para las mujeres. En ese sentido, los varones estaban ausentes de esta clase de lineamientos; no sólo porque físicamente no ocurre en ellos la procreación, sino porque se presuponía que no necesitaban una licencia por paternidad, dado que encargarse del embarazo, parto, postparto y la crianza de hijos e hijas le concernía de forma exclusiva a su esposa en el hogar. La legislación mexicana producto del periodo revolucionario estaba en consonancia con todos esos principios.

Se dice que la segunda etapa en la legislación laboral a nivel internacional se desarrolló en especial a partir de 1979 porque fue en ese año que se firmó la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer (CEDAW). A partir de entonces se firmaron varios convenios de la OIT, los cuales consagraron esa perspectiva:

---

<sup>14</sup> Muchas de las ideas expuestas en este y el siguiente apartado fueron retomadas, corregidas, ampliadas y actualizadas a partir de un par de ponencias presentadas hace algunos años (Pilloni, 2011; 2012).

- Convenio 100 (1951). Establece el principio de igual remuneración por trabajo igual.
- Convenio 111 (1958). Establece la no discriminación en materia de empleo y ocupación, y obliga a los estados firmantes a promover políticas tendientes a garantizar la igualdad de oportunidades.
- Convenio 122 (1964). Prohíbe específicamente la discriminación por sexo.
- Convenio 156 (1981). Se refiere a la igualdad de trato y de oportunidades entre los trabajadores y trabajadoras con responsabilidades familiares, con el objetivo de que unos y otras por igual puedan ejercer su empleo sin que haya conflicto con dichas responsabilidades.
- Convenio 171 (1990). Establece la equiparación entre hombres y mujeres en la realización de trabajo nocturno, con una particularidad para las madres trabajadoras, por lo que se plantea una protección en función estrictamente de la maternidad y no del sexo (Pautassi et al., 2004; 24-28 y OIT-PNUD, 2009: 22-28).

El convenio 156 es especialmente relevante para el tema que nos ocupa, ya que habla de los “trabajadores con responsabilidades familiares”. Esta noción había sido introducida en los documentos de la OIT desde los años sesenta, pero para referirse sólo al problema de la conciliación entre vida familiar y laboral de las mujeres. Lo novedoso del convenio 156 fue que se introdujo la referencia a hombres y mujeres por igual para beneficiarse de una serie de medidas que evitaran el conflicto entre las responsabilidades familiares y laborales. Es decir, comenzó a dejar de verse la conciliación como un problema exclusivo de las mujeres.

Bajo esa idea y en el contexto de un progresivo incremento de la presencia femenina en los mercados de trabajo, se identificó la necesidad de que los hombres también asumieran tareas domésticas en sus hogares con la finalidad de eliminar la inequidad originada en la sobrecarga de trabajo de las mujeres y lograr así la corresponsabilidad entre unas y otros. Para la OIT se hizo claro que “cuando no se permite a los hombres hacer uso de los beneficios asociados a las responsabilidades familiares, se está reforzando el papel

doméstico femenino y la expectativa de que ellos no asuman el cuidado de la familia” (OIT-PNUD, 2009: 28). También fue evidente que una manera de asegurar la corresponsabilidad masculina en el ámbito doméstico era mediante el establecimiento de normas en la esfera laboral.

Por todo ello, se trata de un convenio que implicó un gran avance hacia la equidad y la corresponsabilidad entre mujeres y hombres. No obstante, hasta ahora muy pocos países latinoamericanos lo han ratificado. México no es uno de ellos. Más aún, de los convenios de la etapa igualitaria sólo ha ratificado el 100 y el 111. La legislación laboral mexicana, durante décadas ha estado lejos de la vanguardia en cuanto a los avances hacia la equidad de género, como explicamos a continuación.

***Parámetros normativos nacionales. La legislación laboral mexicana respecto a las licencias parentales y las guarderías***

Lo dispuesto originalmente en el artículo 123 constitucional, en la Ley Federal del Trabajo de 1931, en las reformas legislativas de 1962 y la Ley Federal del Trabajo de 1970 tiene todas las características de los principios que guiaron la fase *protectiva* de la legislación laboral a nivel internacional. La manera en que fueron redactadas nuestras normas laborales ilustra muy bien este hecho. El Título Quinto de la Ley Federal del Trabajo de 1970 hasta la fecha se titula “Trabajo de las mujeres” y explícitamente, luego de puntualizar que hombres y mujeres tienen los mismos derechos y obligaciones, presenta una normatividad con el explícito propósito de proteger la maternidad, por lo cual se establecen los lineamientos para las licencias por maternidad. En contraste, no se establecieron referencias a la posibilidad de contar con licencias por paternidad.

El que se consigne el derecho a la prestación de guarderías en el apartado sobre el trabajo femenino no es casualidad: se presume que son las mujeres quienes, si trabajan fuera de casa, necesitarán resolver el cuidado de los hijos; los varones, no.

En cuanto a la segunda fase de normas laborales internacionales, la *igualitaria*, en México está marcada por reformas como la que estableció la igualdad entre mujeres y hombres como derecho constitucional en 1974 y las reformas que en materia laboral de ahí derivaron. En tales reformas (al artículo 123 de la Constitución y a la LFT) se suprimieron las prohibiciones encaminadas a la protección de las mujeres-madres trabajadoras.

A la fase *igualitaria* también corresponde una de las reformas de 1997 a la Ley del Seguro Social en lo referente a las guarderías, pues se consiguió que fuera una prestación que no sólo beneficiara a las mujeres, sino también a algunos hombres. Con esa reforma y otra posterior en 2001 en el mismo sentido, el artículo 201 de dicha ley establece que:

El ramo de guarderías cubre el riesgo de no poder proporcionar cuidados durante la jornada de trabajo a sus hijos en la primera infancia, de la mujer trabajadora, del trabajador viudo o divorciado o de aquel al que judicialmente se le hubiera confiado la custodia de sus hijos, mediante el otorgamiento de las prestaciones establecidas en este capítulo.

Este beneficio se podrá extender a los asegurados que por resolución judicial ejerzan la patria potestad y la custodia de un menor, siempre y cuando estén vigentes en sus derechos ante el instituto y no puedan proporcionar la atención y cuidados al menor (*Ley del Seguro Social*, 2014).

Estas disposiciones no difieren sustancialmente de las establecidas en el *Reglamento del Servicio de Estancias para el Bienestar y Desarrollo Infantil del ISSSTE*, de 2006 (ISSSTE, 2006). El artículo quinto dice: “Serán beneficiarios del servicio las madres trabajadoras, los padres trabajadores viudos o divorciados, que tengan la custodia legal del menor, en términos de la legislación vigente, y los tutores que así lo acrediten”.

A pesar de este avance en la inclusión de algunos hombres en el beneficio de proporcionar mejores condiciones para que vida familiar y laboral no entren en conflicto, en el fondo las concepciones subyacentes no cuestionan la división sexual del trabajo tradicional. La ley está planteada bajo el supuesto de que lo “normal” son el hombre-proveedor que no está presente en la crianza ni en el trabajo doméstico y la mujer-reproductora que tiene la responsabilidad del cuidado de los hijos, se encuentre o no desempeñándose en el trabajo para el mercado. Si la mujer no labora en el ámbito extradoméstico, lo “natural” es que ella sea quien cuide a los hijos en casa mientras su esposo sale a conseguir el sustento para la familia. El ingreso de las mujeres al mercado laboral no les quita su obligación social de atender a los hijos ni tampoco supone que entonces sus esposos vayan a compartir con ellas la responsabilidad de las tareas de cuidado y en general del conjunto de las tareas domésticas. Para eso están las guarderías que antes eran una prestación exclusiva de las trabajadoras y que ahora sólo en casos excepcionales (es decir, cuando no hay una mujer haciéndose cargo de lo que “naturalmente” le corresponde) también de algunos trabajadores.



De la misma manera, ni en la Ley del Seguro Social, ni en la del ISSSTE están consideradas las licencias por paternidad. Sólo unas cuantas instituciones públicas han establecido esta prestación para sus trabajadores. Una de las primeras fue la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal (CDHDF) en 2008. Otras instituciones que la ofrecen son el Instituto Nacional de las Mujeres y el Instituto Politécnico Nacional (13 días) (Díaz, 2011: 37; Notimex, 2010).<sup>15</sup>

Además de que se trata todavía de una prestación que beneficia a un reducido número de trabajadores, licencias como las que ofrecen la CDHDF y el Instituto Nacional de las Mujeres (de 10 días) no se comparan con las que se otorgan en otros países como Noruega donde alcanzan los 14 días y adicionalmente se incluye la posibilidad de una licencia compartida que puede utilizar la madre o el padre y puede llegar hasta 1095 días si es necesario (Colinas, 2010: 61).

Como puede verse, las leyes mexicanas todavía dejan fuera a los varones de las responsabilidades domésticas y de crianza. Al hacerlo, refuerzan las ideas y prácticas del modelo de hombre-proveedor que no asume las tareas de cuidado dentro de su familia, mucho menos si se encuentra trabajando para el mercado, y mujer-ama de casa, depositaria única o preferente de la responsabilidad del trabajo doméstico en su hogar. Pero además, cabe recalcar que todas estas prestaciones se refieren sólo a las trabajadoras asalariadas que laboran en el sector formal (y en las licencias por paternidad y los casos de las guarderías del IMSS y el ISSSTE, sólo a los trabajadores formales). Las asalariadas de pequeños negocios, trabajadoras domésticas remuneradas y trabajadoras por cuenta propia son sistemáticamente excluidas.

---

<sup>15</sup> Buscamos en el ordenamiento jurídico interno del IPN dónde se consignaba este nuevo derecho y sólo encontramos una mención en los acuerdos entre las representaciones de la institución y la sección 11 del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación para la revisión salarial 2011-2013 (IPN-STIPN, s/f: 10). Llama la atención que la mayor parte de la información emitida por la institución y la que circula en los medios de comunicación sólo alude a los beneficios y la novedad de la medida, pero no se especifica cómo se consigna y sustenta legalmente en la normativa interna de la relación del IPN con sus trabajadores.

## **2.3 Las políticas de conciliación en México y América Latina**

Hace más de diez años, la OCDE planteó la necesidad de implementar las llamadas “políticas de conciliación”, a raíz de ciertas transformaciones demográficas y en el mercado laboral en Europa. Desde entonces, han surgido numerosos estudios y propuestas de política pública alrededor del mundo, cuyo eje es la búsqueda de las mejores formas de lograr la conciliación entre la esfera laboral y el hogar. México y América Latina no han sido la excepción. Al igual que en el caso europeo, muchas de esas iniciativas están enfocadas a analizar e intervenir sobre la manera en que las mujeres se insertan en el mercado laboral para entonces facilitar su participación en el trabajo remunerado, sin que eso implique un conflicto con sus responsabilidades domésticas. Como se ha señalado en algunos estudios, estas políticas no tienden a incorporar a los hombres (Faur, 2006). En algunos casos se conmina a éstos a involucrarse en el trabajo doméstico, pero no se indaga sobre sus condiciones laborales en tanto elemento relevante a considerar respecto a sus posibilidades de participación en las tareas del hogar. Es decir, se da por sentada la situación laboral masculina y pocas veces se plantea siquiera la posibilidad de su modificación como parte de las medidas para aminorar las tensiones que las personas viven entre las esferas de lo doméstico y el trabajo para el mercado.<sup>16</sup>

En cambio, en el caso de las mujeres, el foco del análisis está puesto en su carga de trabajo doméstico como condición para un mayor acceso al mercado de trabajo y en mejores condiciones. En ese sentido, cuando se analizan las tasas de participación y las condiciones de trabajo de la población ocupada femenina, se hace primero para ilustrar las consecuencias de seguir atadas al rol de ama de casa (relativamente bajas tasas de participación económica en comparación con los hombres, empleos más precarios e inseguros) y luego para mostrar de qué manera empresas e instituciones responden y podrían responder a las necesidades de conciliación de las trabajadoras.

En este apartado buscamos realizar un análisis acerca de la forma en que las (escasas) políticas de conciliación en México y América Latina atienden el problema de las desigualdades entre mujeres y hombres surgidas a partir de la tensión permanente entre el

---

<sup>16</sup> La notable excepción, como vimos en el capítulo anterior, la representan los estudios promovidos por la OIT en los últimos años (OIT, 2009; OIT, 2013).

ámbito del trabajo para el mercado y el trabajo doméstico. Para poder cumplir este objetivo, primero presentamos una breve revisión del origen, concepto y tipos de políticas de conciliación. Luego, examinamos de manera muy general las características de estas políticas en América Latina y en especial en México, enfatizando sus implicaciones de género. Por último, problematizamos acerca del alcance que respecto a la reducción de la persistente desigualdad de género pueden tener las políticas de conciliación implementadas en la región, al no incluir a los hombres ni aspectos estructurales de las sociedades latinoamericanas y de México en particular.

### ***Políticas de conciliación: orígenes, concepto y tipos***

Las políticas de conciliación entre trabajo y vida familiar tienen sus antecedentes en las discusiones feministas respecto al trabajo doméstico. Así, por ejemplo, en los años sesenta y setenta, el llamado “debate sobre el trabajo doméstico” en el feminismo marxista o socialista aportó elementos para vincular teóricamente el sistema de relaciones capitalistas con el trabajo doméstico realizado mayoritariamente por mujeres, sin remuneración, en el interior de los hogares. A partir de ello se buscaba una mejor comprensión del papel del trabajo femenino (en todas sus dimensiones) dentro del sistema capitalista y se proponían visiones alternativas de organización social de todos los tipos de trabajo, a fin de terminar con las desigualdades entre clases y entre hombres y mujeres en este rubro.

Este debate se desarrolló sobre todo en Europa y Estados Unidos, donde aumentaba con rapidez la proporción de mujeres en el mercado laboral por esos años. Con este fenómeno surgió el de la “doble jornada”, pues las mujeres que trabajaban para el mercado debían seguir cumpliendo las tareas domésticas en el hogar al mismo tiempo, como parte de su mandato de género. Esto significaba una sobrecarga de trabajo para las mujeres y, por tanto, una nueva forma de reproducción de las desigualdades entre mujeres y hombres (Astelarra, 2005: 30-31).

En ese contexto, empezó a demandarse la necesidad de implementar medidas que facilitaran el ingreso de las mujeres al mercado laboral (pues su incursión en la esfera pública representaba un avance en el logro de su autonomía), pero sin tener que llevar sobre

sus hombros la doble o hasta triple jornada de trabajo. La discusión generada en torno a estas demandas llegó a los gobiernos de algunos países y a los organismos internacionales. En 1965 la OIT aprobó la Recomendación 163 sobre el empleo y las mujeres con responsabilidades familiares, con la finalidad de brindar apoyos a las trabajadoras (OIT-PNUD, 2009: 25). Más tarde en Suecia se implementó, por primera vez en el mundo, la licencia de paternidad, en 1974, con el objetivo explícito de que las mujeres consiguieran la “doble emancipación”, es decir, su incorporación al mercado laboral junto con la participación activa de los hombres en el ámbito doméstico, en particular en la crianza de los hijos e hijas (Brachet, 2007; 175); mientras que “la necesidad de compartir las responsabilidades familiares entre los hombres y las mujeres fue incorporada en el programa de Acción Social de la Comunidad Económica Europea en 1974 y en la Declaración de las Naciones Unidas de la Conferencia Mundial de México en 1975 (en su preámbulo)” (Astelarra, 2004: 30).

En 1981, la OIT aprobó el Convenio 156 y la Recomendación 165 sobre trabajadores con responsabilidades familiares. En ambos documentos –a diferencia de la recomendación aprobada en 1965– se hacía énfasis en la necesidad de incorporar a los hombres en el cuidado y en las demás tareas del trabajo doméstico. En consecuencia, se establecía que era indispensable poner a disposición de ambos sexos las medidas de conciliación (OIT-PNUD, 2009: 26-27).

Más recientemente, las políticas de conciliación han vuelto a ser objeto de atención desde que en 2002 la OCDE publicó un estudio sobre la conciliación entre el trabajo y la vida familiar en Australia, Dinamarca y Holanda, titulado *Babies and Bosses. Reconciling Work and Family Life* –del cual hemos hecho referencia en el capítulo anterior– como parte de los estudios sobre la conciliación familia-trabajo para el mercado. Este estudio se originó en la preocupación por la abrupta caída de las tasas de natalidad en Europa y los países desarrollados pertenecientes a la OCDE. Según la organización, este fenómeno representaba (aún hoy) un problema para la sostenibilidad de los sistemas de pensiones. En ese sentido, en el estudio se proponían una serie de medidas que facilitaran a las mujeres el ingreso al mercado laboral sin descuidar su vida familiar. Entre estas medidas se planteaba: garantizar un mejor acceso a la educación y cuidados infantiles de calidad, condiciones laborales y

salariales favorables para las mujeres, así como mensajes educativos que promovieran una mayor participación de los hombres en la vida doméstica (Moreno, 2008: 89-90).<sup>17</sup>

Desde entonces la misma OCDE ha desarrollado estudios equivalentes para otros países. Sin embargo, como señala Moreno, la perspectiva de esos estudios “no otorga a la problemática de la desigualdad entre mujeres y hombres un carácter central ni en el diagnóstico realizado sobre las tensiones entre la esfera laboral y la familiar, ni en el marco de los objetivos de la conciliación entre ambas” (Moreno, 2008: 91).

De forma paralela, a lo largo de la primera década del siglo XXI surgieron iniciativas similares por parte de otras organizaciones internacionales, tanto en Europa, como en América Latina. Varias de estas iniciativas se han traducido en políticas públicas; tal ha sido el caso de México, como veremos más adelante.

Ahora bien, ¿qué se entiende por políticas de conciliación? Graciela González propone una definición:

Son las acciones instrumentadas tanto en el ámbito público como en el privado para facilitar la compaginación del trabajo doméstico y familiar con la participación en el mercado laboral. Esto es, la conciliación de la esfera productiva y la reproductiva<sup>18</sup>, en tanto el mayor obstáculo para la participación de las mujeres en igualdad con los hombres, el cual se deriva de la asignación de las tareas domésticas, de crianza y de cuidado a las mujeres como responsables casi exclusivas (González, 2008: 4).

Así pues, las políticas conciliatorias parten de un reconocimiento el derecho que hombres y mujeres tienen a desenvolverse tanto en el espacio doméstico, como en el mercado laboral; derecho particularmente difícil de disfrutar para estas últimas, pues suele existir un conflicto o tensión permanente entre ambas esferas. En ese sentido, las políticas de conciliación buscan desde la procuración de igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, hasta incidir en las condiciones estructurales para la “reorganización de la división sexual del trabajo en todos los ámbitos” (Astelarra, 2005: 32).

---

<sup>17</sup> Ante el progresivo desmantelamiento de los sistemas de pensiones en los países europeos en los últimos años, se podría suponer que, en el fondo, una preocupación implícita de la OCDE haya sido frenar la posibilidad del aumento del volumen relativo de los inmigrantes de diversa procedencia étnica y racial, los cuales tienen mayores tasas de fecundidad que la población nativa europea. De ser así, estaríamos frente a un proceder inconfesadamente racista muy grave.

<sup>18</sup> No compartimos la equiparación de la distinción entre “productivo y reproductivo” con la distinción entre “trabajo para el mercado/mercado laboral y trabajo doméstico/ vida familiar”, como apunté en el capítulo 1 de este texto. Graciela González y otros autores incurrir en el error de suponer que el trabajo para el mercado es siempre y de por sí trabajo productivo. No obstante esa falencia, la definición de políticas de conciliación que propone la autora es clara y adecuada.

Cabe aclarar que existen tanto políticas conciliatorias, como políticas que, aunque no se plantean entre sus objetivos la conciliación, tienen efectos conciliatorios o, de manera más general, repercuten (de forma favorable o no para las y los trabajadores) en la interacción entre la esfera laboral y la esfera doméstica. Además, es claro que no toda política conciliatoria está diseñada con perspectiva de género (Moreno, 2008: 13). Tal es el caso, por ejemplo, de las políticas derivadas de los estudios y recomendaciones de la OCDE que, como vimos más arriba, no se plantean como elemento central incidir profundamente en la desigualdad entre mujeres y hombres, hacia su disminución o erradicación.

De acuerdo con María Ángeles Durán (2004) existen cinco tipos de ajustes para buscar la conciliación: la reducción de objetivos, la delegación, la secuencialización, la derivación hacia el mercado y las instituciones, y el reparto de tareas. Se trata de ajustes que llevan a cabo las personas, las unidades domésticas y/o los Estados como política pública. A continuación se detalla en qué consiste cada uno, de acuerdo a esta autora.

- 1) La *reducción de objetivos* se refiere a una reducción de expectativas respecto a la calidad de los bienes y servicios producidos en el ámbito doméstico debido a una reducción en los ingresos y/o a falta de tiempo por parte de los integrantes del hogar para realizar el trabajo doméstico. Esto significa, por ejemplo, la renuncia a ciertos niveles de calidad culinaria y a los ascensos en el empleo.
- 2) La *delegación* consiste en trasladar el trabajo doméstico a una tercera persona o grupo social.
- 3) La *secuencialización* “consiste en alternar la producción para la familia y para el mercado, de modo que no coincidan en el tiempo” (Durán, 2004), es decir, que no se superpongan el trabajo doméstico y el trabajo para el mercado.
- 4) La *derivación hacia el mercado* se refiere a contratar servicios como guarderías, transporte, trabajadores(as) domésticos(as), etc., pero sólo es accesible para personas con suficiente poder adquisitivo para costearlos. La *derivación hacia las instituciones* implica la posibilidad de contar con servicios públicos de cuidado, de salud, entre otros.

- 5) El *reparto de tareas* consiste en que mujeres y hombres se distribuyan las tareas (en especial las domésticas) de forma más equitativa, para así evitar la sobrecarga de trabajo de las mujeres.

Las políticas de conciliación generalmente son secuenciales o derivativas. Las primeras suelen aplicarse en el terreno laboral y se refieren a regulaciones sobre jornada de trabajo, espacio laboral, permisos y licencias. Las segundas, en tanto sean derivación hacia las instituciones, implican que el Estado promueva que las actividades de cuidado se trasladen a guarderías, estancias infantiles o asilos, que haya servicios de alimentación, transporte escolar, etc.

***Políticas de conciliación en México y América Latina: implicaciones, ausencias, contradicciones***

Se ha encontrado que en América Latina sólo hay medidas secuenciales y derivativas como parte de las políticas públicas de conciliación, las cuales únicamente están encaminadas a reducir las tensiones entre el trabajo para el mercado y el trabajo doméstico de las mujeres. Es decir, prácticamente no existen políticas enfocadas hacia la transformación del mercado laboral para generar alternativas a la tradicional división sexual del trabajo que designa a los hombres como proveedores y a las mujeres como cuidadoras. Tampoco hay políticas dirigidas a incentivar cambios culturales en el sentido de buscar transformaciones en los roles masculino y femenino respecto al trabajo. Mucho menos se plantean políticas de conciliación específicamente dirigidas a los hombres.

Algunos ejemplos de *políticas conciliatorias secuenciales* en países latinoamericanos son las siguientes:

- 1) En Chile, a diferencia de países como México, es el Estado quien absorbe totalmente el costo de las licencias por maternidad (González, 2008: 18). Asimismo, las licencias por maternidad más largas en la región se otorgan en ese país latinoamericano pues, desde 2011, da 24 semanas (Rossel, 2013: 34); de ahí le siguen Cuba y Venezuela (18 semanas), así como Brasil (180 días) (OIT-PNUD, 2009: 89. En México, al igual que en República Dominicana, Bolivia, El Salvador, Guatemala, Haití, Nicaragua y Uruguay, la licencia por maternidad es de 12 semanas, inferior a las 14 semanas señaladas como

parámetro mínimo en el Convenio 183 de la OIT para la protección de la maternidad (Rossel, 2013: 32; OIT, 2000), convenio que entró en vigor en 2002 y que México no ha ratificado. Cabe mencionar, que en el caso de México, producto de la Reforma a la Ley Federal del Trabajo (LFT), en 2012, se añadió una fracción al artículo 170, el cual establece una licencia de seis semanas con goce de sueldo a las madres que adoptan un hijo (STPS, 2013). Por otro lado, en otros países se establecen restricciones que incluso resultan lesivas de los derechos reproductivos de las mujeres, pues se limita la posibilidad de acceder a la licencia de maternidad una vez cada tres años (Bahamas) o una vez cada dos (Trinidad y Tobago), lo cual coarta el derecho a decidir cuándo tener hijos.

- 2) Las licencias de paternidad casi no están presentes en la región. En general, en los países donde se otorgan estas licencias, el período contemplado va sólo de 2 a 10 días (Rossel, 2013: 34). Argentina cuenta con una licencia de dos días; Chile, de 5 días; Uruguay otorga una licencia de tres días para los empleados públicos sólo a solicitud expresa del trabajador (Faur, 2006: 133). En Ecuador se da un permiso de diez días y en Venezuela, de 14 (OIT-PNUD, 2009: 91; Rossel, 2013: 34). En México sólo algunas instituciones públicas otorgan licencias de paternidad; así, por ejemplo, en el Instituto Nacional de las Mujeres se cuenta con una licencia de paternidad de 10 días. Por otro lado, la iniciativa de Reforma Laboral presentada por el hoy expresidente Felipe Calderón (2012) incluía la propuesta de una licencia de paternidad también de 10 días. La reforma finalmente aprobada, añadió una fracción al artículo 132 para señalar, como parte de las obligaciones de los patrones, otorgar una licencia de paternidad, con goce de sueldo, por tan sólo 5 días. Así, hay una diferencia entre la licencia de maternidad y la de paternidad no debe pasarnos desapercibida: la primera es planteada como un derecho de las madres y sus hijos; la segunda, sólo como una obligación de los patrones, no como un derecho de los padres y sus hijos.
- 3) En América Latina casi no existen permisos por enfermedad de un hijo(a) u otro familiar directo. Los países que llegan a contemplar algo así son Chile



(una licencia remunerada por enfermedad del hijo o hija menor de un año, así como una licencia de diez días al año para la madre o el padre por accidente grave o enfermedad terminal de un menor de 18 años) y Uruguay (una licencia especial que puede o no ser usada en el caso de responsabilidades familiares) (OIT-PNUD, 2009: 92).

- 4) Sólo Cuba y Chile otorgan una licencia parental (OIT-PNUD, 2009: 92; Rossel, 2013, 34). En el caso de Cuba, el permiso es a decidir si será el padre o la madre quien la tomará para cuidar al hijo o hija luego de la licencia de maternidad y hasta que el infante cumpla un año de edad. Se trata de una licencia que da una retribución equivalente al 60 por ciento del beneficio de la licencia por maternidad (OIT-PNUD, 2009: 92). En el caso de Chile, el sistema “permite a la madre transferir al padre el beneficio de la licencia a partir de la séptima semana de vida del niño y por un período máximo de tres meses” (Rossel, 2013: 34). En Cuba y en Venezuela se otorga mensualmente una licencia o permiso remunerado de un día para llevar a los(as) hijos(as) a controles de salud. En México no hay nada parecido.

Un ejemplo típico de políticas de conciliación derivativas son las guarderías. Éstas se ofrecen generalmente a las madres trabajadoras. La regulación en los países latinoamericanos suele obligar a los patrones a disponer de una guardería en función del número de empleadas, excepto en Bolivia, Ecuador y Paraguay (OIT-PNUD, 2009: 93). Además de que este condicionamiento tiene como consecuencia la discriminación laboral en el sentido de que un empleador preferirá contratar menos mujeres para evitar tener que otorgar la prestación, las guarderías siguen planteándose como una prerrogativa que beneficia a las madres y a sus hijos o hijas, mas no a los padres, de quienes se presupone no tienen obligación de velar por el cuidado y la crianza de su prole (Faur, 2006: 134-135). México no es la excepción, pues en las leyes de sus dos principales instituciones de seguridad social (el IMSS y el ISSSTE) se establece de manera expresa que las mujeres con hijos(as) son las destinatarias de esta prestación. Los hombres sólo son beneficiarios del servicio en caso de ser viudos o divorciados y con la custodia legal de los(as) hijos(as).

Hay, además, otra ausencia notable en las políticas de derivación: en general no incluyen el cuidado hacia otras personas dependientes, como ancianos(as) o discapacitados. Es decir, estas políticas, al igual que las secuenciales, se encuentran centradas en la maternidad (prácticamente no intervienen en la paternidad). Más aún, se ciñen a los primeros momentos de la maternidad (embarazo, parto y lactancia); parten, pues, de una concepción biologicista de ella. Se asume que el trabajo de cuidado posterior es asunto meramente privado y las familias lo deben resolver con sus propios recursos.

Asimismo, dejan de lado el hecho de que el trabajo doméstico no sólo incluye las tareas de cuidado; también abarca los quehaceres del hogar, los cuales igualmente se requieren de manera constante para la reproducción de la fuerza de trabajo y consumen una parte importante del tiempo de quienes los realizan. Este tipo de tareas no está contemplado de ninguna manera en las políticas de conciliación de América Latina.

Además, los rubros de políticas de conciliación implementados no tienen una cobertura universal. Al estar ancladas esas políticas, la mayoría de las veces, al trabajo formal, una gran parte de la población que labora en el sector informal se ve desprotegida. El problema adquiere considerables dimensiones en el subcontinente debido a sus altos niveles de informalidad en el mercado laboral.

Así, en un contexto de profunda desigualdad y creciente precariedad del trabajo como el latinoamericano, las personas y los hogares tienen que recurrir a la reducción de objetivos como estrategia de conciliación<sup>19</sup> en éste y otros rubros del ámbito familiar, pues no siempre pueden contar con los recursos suficientes para satisfacer de la mejor manera sus necesidades; o bien, lo que ocurre es una sobrecarga de trabajo que recae sobre todo en las mujeres. Esto debido además a que tanto los esquemas culturales de género como las desiguales condiciones socioeconómicas dejan poco margen a la negociación libre del reparto de tareas entre mujeres y hombres.

Las políticas de conciliación en América Latina no parecen estar diseñadas para atender plenamente este problema por su insuficiente cobertura, su carácter familista y por estar centradas en la maternidad (y por tanto, en las mujeres en su función reproductiva),

---

<sup>19</sup> Aunque en esos casos quizá no sea apropiado hablar de “conciliación”, pues lo más que se logra es aminorar un poco la presión dentro de la permanente tensión entre el mundo laboral y el doméstico.

sin involucrar a los hombres, a quienes se les mantiene excluidos de las responsabilidades domésticas. Es decir, ese tipo de políticas, más que ayudar a desactivar los mecanismos de desigualdad de género, contribuyen a reproducirlos.

### ***Particularidades adicionales del caso mexicano***

Además de las regulaciones secuenciales y derivativas mencionadas arriba (licencias, guarderías), en México se ha planteado el tema de las políticas de conciliación muy recientemente. Ha sido a partir de los gobiernos de Vicente Fox y Felipe Calderón que se han tomado acciones explícitas en este sentido, pero han sido esfuerzos aislados o de poco alcance como ilustraremos a continuación.

De hecho, como sostiene Lourdes Colinas (2010), ese tipo de políticas es prácticamente inexistente en nuestro país. Hay una excepción muy reciente constituida por lo que el gobierno federal denominó en su momento “una Política Laboral para la Igualdad entre Mujeres y Hombres” (Espinosa, s/f: 9). En dicha política destacan los siguientes lineamientos:

- Dar seguimiento puntual a la aplicación de la Norma Mexicana para la incorporación de políticas y prácticas de igualdad laboral entre mujeres y hombres, entre las acciones relacionadas al conciliación vida familiar y laboral se encuentran:
- Flexibilidad en el tiempo de trabajo (pero en la práctica no es a solicitud de la propia trabajadora, sino en función de las necesidades del proceso productivo);
- Permisos por maternidad y paternidad retribuidos (partos múltiples, adopciones, nacimiento de hijo/a con discapacidad);
- Permisos por fallecimiento, accidente, enfermedad grave, hospitalización o intervención quirúrgica sin hospitalización de familiares;
- Permisos para exámenes prenatales y técnicas de preparación al parto;
- Prestaciones sociales extrasalariales (ticket-restaurante, seguros de vida, médicos, parking gratuito o subvencionado);

- Ampliar la cobertura de estancias infantiles y guarderías cerca del domicilio y/o en los centros de trabajo, considerando la ayuda por parte del gobierno para el pago de guardería en algunos casos. (Espinosa, s/f: 10).

Así, hay desde 2006 una Ley General para la Igualdad de Mujeres y Hombres. Con base en esta ley y en el tercer eje del Plan Nacional de Desarrollo 2007-2012, se creó en 2009 el Programa Nacional para la Igualdad entre Mujeres y Hombres (Proigualdad). Proigualdad contempla siete objetivos estratégicos, de los cuales vale la pena resaltar el número 5: “Fortalecer las capacidades de las mujeres”, pues incluye entre sus líneas de acción, el cuidado de personas adultas dependientes; así como el 6: “Potenciar la agencia económica de las mujeres en favor de mayores oportunidades para su bienestar y desarrollo”. Derivado del objetivo estratégico 1, se proponen acciones de políticas conciliatorias (incluidas las licencias de paternidad), pero sólo para las y los trabajadores de la administración pública federal. En la estrategia 6.5 se plantea el desarrollo de las políticas de conciliación, incluida la promoción de las licencias de paternidad y la extensión de los permisos de cuidado infantil para todos(as) los(as) trabajadores(as). Asimismo se establece la creación de modelos de certificación para la conciliación trabajo-familia dirigidos a las empresas.

Este lineamiento se ha aplicado través del Modelo de Reconocimiento “Empresa familiarmente responsable”. Se trata de un instrumento de diagnóstico sobre las prácticas laborales en las empresas en torno a ejes como el de la conciliación trabajo-familia, la equidad de género y el combate contra la violencia laboral y el hostigamiento sexual. Dicho modelo no es obligatorio, se otorga como certificación a las empresas que lo soliciten y acrediten cubrir una serie de parámetros que garantizan que tales empresas promueven la igualdad de género en su ética, misión, visión, estatutos y prácticas. Es en la norma NMX-R-025-SCFI-2009 (STPS, 2009) donde se establecieron puntualmente los requisitos para dicha certificación.

Dicha norma fue cancelada en 2012 mediante la expedición de la Norma mexicana NMX-R-025-SCFI-2012, para la igualdad laboral entre mujeres y hombres (Secretaría de Economía, 2012), la cual sólo incluyó cambios menores, algunos de los cuales en realidad restan peso a las acciones de conciliación en las evaluaciones para otorgar la certificación a

las empresas. Además, llama la atención que, tanto en la versión de 2009 como en la de 2012, en la definición de los puntos críticos indispensables para que las empresas renueven su certificación cada dos años, el problema de la conciliación familia-trabajo no aparezca señalado.

En este punto cabe preguntarse acerca del alcance que esta norma ha tenido en las empresas. Se sabe que entre 2009 y 2012, fueron certificados apenas mil 522 centros laborales de todo el país con la norma NMX-R-025-SCFI-2012 y, de acuerdo a declaraciones del Secretario del Trabajo, Alfonso Navarrete Prida, a fines de 2013 se esperaba que durante 2014 pudieran obtener este certificado otros mil (Muñoz, 2013). Llama la atención que en la definición de los puntos críticos indispensables para que las empresas renueven su certificación cada dos años, el problema de la conciliación familia-trabajo no aparezca señalado.

Es sintomático que los gobiernos recientes promuevan esta clase de políticas sin buscar darle un sustento legal más sólido a nivel internacional a partir de las normas ya existentes, como el referido convenio 156 de la OIT, o a través de iniciativas de reforma laboral que incorporen este punto y otorguen carácter obligatorio el seguimiento puntual de ese tipo de prácticas.

Como puede verse, estas medidas son incipientes y hasta ahora las disposiciones establecidas en Proigualdad se han reflejado en algunas medidas que alcanzan a unos pocos sectores de la población ocupada. Hay que notar, además, que aun si se implementaran acciones específicas hacia la conciliación más amplias, siguiendo los lineamientos establecidos en Proigualdad, no hay garantías de que realmente redundaran en una contribución a la eliminación de la desigualdad entre hombres y mujeres, ya que lo planteado en Proigualdad sigue dirigiéndose a sólo o mayoritariamente a las mujeres y sustentándose en estereotipos de género, no se cuestiona una base fundamental de las inequidades de género: la división sexual del trabajo tan rígida y desigual.

En ese sentido, vale la pena puntualizar dos cuestiones:

- 1) Mantener excluidos a los hombres como destinatarios de las políticas conciliatorias contribuye muy poco a avanzar en dirección de la igualdad entre mujeres y hombres. Al continuar centrando estas políticas en las mujeres y en

la maternidad lo que se consigue es perpetuar la legitimidad social del rol masculino de proveeduría del hogar sin involucramiento en el trabajo doméstico, incluido el trabajo de cuidado. Por ello sostenemos que si se pretende estudiar e incidir en las relaciones entre mujeres y hombres, es necesario indagar e incidir en estos últimos, en su especificidad como sujetos de género, así como en sus relaciones de género con las mujeres.

- 2) El escenario sobre el que actuarían las políticas de conciliación, si se diseñaran e implementaran con amplitud en México, es complejo y contradictorio, marcado por hondas desigualdades estructurales (de clase, raza, etnia, además de las desigualdades de género. En ese sentido, aun si las políticas de conciliación tomaran en cuenta a los hombres, difícilmente eso sería garantía de que se contribuye de forma decisiva en el desmantelamiento de las relaciones de género inequitativas. Con esta revisión y lo desarrollado en los siguientes capítulos, tenemos elementos para pensar que, en general, mientras no se transforme el modelo económico imperante, las condiciones objetivas de división (no sólo sexual) del trabajo seguirán siendo adversas, un verdadero obstáculo que no permitirá transformaciones profundas o que, en el mejor de los casos, hará que éstas sean muy lentas y contradictorias. Bajo un modelo neoliberal y un sistema de relaciones capitalistas, la idea y las políticas de conciliación sólo pueden adquirir un carácter de sucedáneo para paliar algunas consecuencias de la desigualdad social, en virtud de que los supuestos de la conciliación no se oponen ni cuestionan la lógica de la organización del trabajo, de la producción y la reproducción en la sociedad (Rivas, 2006: 267).

## **Consideraciones finales**

A lo largo de este capítulo, hemos tratado de abarcar tres grandes aspectos histórico-contextuales de nuestro problema: a) las características de la población ocupada de la Ciudad de México y sus principales condiciones laborales en décadas anteriores, así como algunos rasgos de la participación masculina y femenina en el trabajo doméstico; b) un panorama del marco legislativo y de políticas públicas aplicables en específico a nuestro

país, respecto a la relación entre ámbito doméstico (o vida familiar) y trabajo para el mercado, y c) las políticas de conciliación en América Latina y México, su definición, tipos y situación general en la región, pero de manera particular en nuestro país.

En cuanto al primer aspecto, vimos cómo el mercado laboral de la Ciudad de México ha sufrido grandes transformaciones en las últimas décadas, derivadas de los cambios económicos en el país (tercerización, relocalización industrial, crisis económicas) y del papel que la ciudad ha desempeñado en ese contexto. La capital no ha dejado de ser relevante en aportación al PIB y en absorción de la fuerza de trabajo, pero desde fines de los años setenta casi tres cuartas partes de su población ocupada se han encontrado insertas en el sector terciario. Se multiplicaron los empleos no manuales, pero no necesariamente con las condiciones laborales más ventajosas. Todo ello ha ocurrido a la par del incremento de la inserción femenina en el mercado laboral. Más aún, la Ciudad de México se mantuvo como la entidad que incorporó a una mayor proporción de mujeres en las actividades económicas.

Por otro lado, respecto al trabajo doméstico observamos que, de acuerdo con los estudios realizados en las décadas de los ochenta y a fines del siglo XX, existía una marcada prevalencia del modelo tradicional de división sexual del trabajo, en la cual el sujeto del trabajo doméstico eran, prácticamente de manera exclusiva, las mujeres, sin importar el estrato social o el tipo de localidad. Incluso se encontró que las mujeres llegaban a cubrir jornadas diarias de hasta 10 y 12 horas de trabajo doméstico, por encima de la jornada legal de cualquier tipo de trabajo en el mercado de trabajo. Sólo hasta fines de los años noventa pudo contarse con una encuesta que midió, a nivel nacional, el tiempo que mujeres y hombres dedicaron al trabajo doméstico. Con dicha encuesta se corroboró que los hombres invertían mucho menos tiempo a este tipo de tareas y que las mujeres casadas eran las que más horas dedicaban a estas tareas.

En relación con los dos últimos temas del capítulo, el marco legislativo y las políticas públicas que abordan directa o indirectamente la tensión entre el mundo laboral y el trabajo doméstico, encontramos que, en general, México se encuentra rezagado con respecto a otros países de la región y a los parámetros internacionales marcados por la OIT en la materia. El marco legislativo mexicano sigue teniendo como supuesto un modelo

tradicional de familia nuclear, según el cual las únicas responsables de los cuidados y del trabajo doméstico son las mujeres; prácticamente no se contempla a los hombres o se hace de forma excepcional y marginal. Además, algunas medidas como la certificación de empresas con perspectiva de género distan mucho de poner en primer plano el problema de la tensión entre mundo laboral y familiar, sin mencionar que también están predominantemente dirigidas a las mujeres y su alcance ha sido muy limitado en la práctica.

A nuestro juicio, por un lado sería preciso discutir la inclusión de los hombres en las políticas de conciliación: de qué manera incorporarlos, qué implicaciones puede tener su inclusión, qué debe tomarse en cuenta de su situación de género y social más amplia para involucrarlos, cómo incentivar cambios culturales, cómo hacer más sensible a la población sobre las bondades de un reparto más equitativo del trabajo entre hombres y mujeres, etc. Por otro lado, es preciso ir más allá de esas políticas y pensar en los cambios estructurales que son necesarios para superar las desigualdades sociales (entre ellas la de género), de modo que eventualmente se hiciera superfluo hablar de la necesidad de una conciliación entre los ámbitos laboral y doméstico, pues éstos ya no tendrían que ser contrapuestos. Hacia un sustento más completo de estas ideas apunta el análisis empírico de los dos capítulos siguientes.



## **CAPÍTULO 3**

### **Características de las y los trabajadores en el mercado laboral y en el trabajo doméstico**

Más allá de lo que las políticas de conciliación y las leyes laborales promueven en relación con la división sexual del trabajo, conviene ahora detenerse a analizar la información que las fuentes estadísticas oficiales nos proporcionan sobre lo que en los hechos ocurre en la fuerza de trabajo de la Ciudad de México, para responder a las siguientes preguntas: ¿qué características tiene la población ocupada en cuanto a sus aspectos sociodemográficos, sus condiciones laborales y su participación en el trabajo doméstico dentro de sus hogares? ¿Qué tanto y en qué aspectos puede identificarse la precariedad laboral en esa población? La realización de ambos tipos de trabajo, ¿corresponde a una división sexual del trabajo que sitúa de manera exclusiva y excluyente a los hombres en el mercado laboral y a las mujeres en el hogar? ¿Qué indicios de desigualdad existen en la división sexual del trabajo?

Para desarrollar esta aproximación general de tipo cuantitativo, hemos dividido este capítulo en dos grandes apartados. El primero se ocupa de presentar un análisis descriptivo del mercado de trabajo de la ciudad y su contexto socioeconómico, así como las características sociodemográficas y (la precariedad de) las condiciones laborales de mujeres y hombres. El segundo apartado expone la situación de la población ocupada masculina y femenina en relación con su participación en el trabajo doméstico y el tiempo que le dedican.

#### **3.1 Mercado laboral**

Para entender la situación de la fuerza de trabajo en el mercado laboral de la Ciudad de México es preciso primero comprender el contexto económico en el cual se desempeña. Como se explicó en el segundo capítulo de este trabajo, la Ciudad de México transitó por un proceso de desindustrialización en las últimas décadas del siglo pasado (Sobrino, 2007). Asimismo, perdió la dominancia económica que había tenido por muchos años. Sin embargo, la Ciudad continúa siendo el centro económico y político más relevante del país,

pues hacia 2002 seguía produciendo el 30 por ciento del PIB (Jiménez, 2008: 27). Miguel Ángel Jiménez lo explica de la siguiente manera:

...más que “declinar”, la Ciudad de México ha mantenido una patente base manufacturera, al tiempo que se ha convertido en el centro de servicios de la nación (en particular de los servicios financieros) y es anfitriona de una amplia gama de corporaciones transnacionales quienes producen y prestan sus servicios, tanto para el mercado nacional como para los mercados globales (Jiménez, 2008: 28).

Por ello, es lógico pensar que esta ciudad sea la que más se encuentra sujeta a los procesos de globalización recientes, en parte traducidos en políticas de descentralización y liberalización económica. De hecho

La desconcentración manufacturera fue promovida por factores globales sobre todo, por el comercio internacional y la intervención extranjera, en donde la integración regional con el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) desempeñó un papel central. En este sentido el rol dominante de la Ciudad de México en la manufactura ha decrecido en términos relativos aunque mantiene su posición como el centro manufacturero más grande del país en términos de empleo, producto y valor agregado. Al mismo tiempo, la capital ha cambiado su papel económico central y se ha convertido de forma creciente en el centro financiero y de servicios del país (Jiménez, 2008: 156).

El proceso de desindustrialización, con el consecuente avance del sector terciario -así como el hecho de que por ser un enorme asentamiento urbano se presente una gran demanda de servicios-, se refleja claramente en la distribución de la población ocupada. En el Cuadro 3.1 se aprecia esa distribución por sexo. Podemos distinguir el peso del sector terciario en la generación de empleos para la población ocupada de la Ciudad, muy especialmente en las mujeres, quienes desde hace décadas han ingresado al mercado laboral preferentemente en este sector.

**Cuadro 3.1**

**Ciudad de México: Distribución de la población ocupada por sector de actividad y sexo, 2010**

| Sector de actividad  | HOMBRES | MUJERES |
|--|---------|---------|
| <b>Primario</b>  | 0.6     | 0.1     |
| <b>Secundario</b>  | 27.6    | 12.8    |
| <b>Terciario</b>   | 71.4    | 86.6    |
| <b>No especificado</b>   | 0.5     | 0.4     |
| <b>Total</b>   | 100     | 100     |
| Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010. |         |         |

Si desglosamos esta distribución (Cuadro 3.2), podemos apreciar que, como podía inferirse de lo dicho por Jiménez, el grueso de la población ocupada masculina y femenina

(pero sobre todo esta última), se concentra en los servicios, en segundo lugar en el comercio y en tercer lugar en la industria, la cual ya absorbe a menos del 20 por ciento de la población ocupada.

**Cuadro 3.2**

**Ciudad de México: Distribución de la población ocupada por rama de actividad económica y sexo (desglosado), 2010**

| Rama de actividad       | HOMBRES    | MUJERES    |
|-------------------------|------------|------------|
| Construcción            | 10.6       | 0.8        |
| Industria manufacturera | 16.4       | 11.8       |
| Comercio                | 20.2       | 25.3       |
| Servicios               | 51.2       | 61.4       |
| Agropecuario            | 0.6        | 0.1        |
| Otros                   | 0.5        | 0.2        |
| No especificado         | 0.5        | 0.4        |
| <b>Total</b>            | <b>100</b> | <b>100</b> |

Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010.

A continuación desarrollamos de manera más pormenorizada las características de la población trabajadora de la Ciudad de México, sus niveles de participación en las actividades tradicionalmente definidas como “económicas”, sus características sociodemográficas y, más adelante, sus condiciones laborales.

### ***Diferencias entre hombres y mujeres en la participación en las actividades para el mercado***

De acuerdo con los datos del segundo trimestre de 2010 de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), la población nacional tiene una distribución por sexo casi simétrica, puesto que la proporción de mujeres supera sólo ligeramente a la de hombres (Cuadro 3.3). Esta característica es muy similar a la de la Ciudad de México. Sin embargo, no ocurre así cuando observamos la distinción entre PEA y población no económicamente activa (PNEA), pues es claro que la primera se encuentra formada en su mayoría por hombres, mientras que, correlativamente, la PNEA se constituye en dos terceras partes por mujeres. Este dato refleja una primera diferencia de papeles atribuidos a mujeres y hombres en la división sexual del trabajo. Si bien ha habido cambios en las últimas décadas y se ha

incrementado el número de mujeres en el mercado laboral,<sup>20</sup> aún persiste la asignación de tareas que lleva a los hombres a tener una mayor presencia que las mujeres en las llamadas “actividades económicas”.

No obstante, el porcentaje de mujeres como parte de la PEA es mayor en la Ciudad de México, lo cual es de esperarse si consideramos que las condiciones políticas, económicas y culturales son un tanto más adelantadas o modernas en la capital que en el resto del país.

---

<sup>20</sup> En efecto, el salto ha sido de una tasa de 17.6 por ciento en 1970, a 33 por ciento en 1993 (González, 1997: 30) y 42.5 por ciento en 2010 (las dos primeras cifras no son estrictamente comparables con la tercera, pues se calculan a partir de la población de 12 años y más, mientras que la de 2010 la he calculado con base en la población de 14 años a partir de datos de la ENOE; pero dan una idea de los cambios). Este aumento de la participación femenina en el mercado laboral, además de un tanto lento, no ha alcanzado las cifras de países avanzados, como los de Europa Occidental, donde ya en 1990 el promedio de la tasa de participación en mujeres de 15 años y más era de 51 por ciento (Rendón, 2003: 60). Contrasta, además, con la cifra alcanzada en Suecia en 2005 donde la tasa de actividad en mujeres de 20 a 64 años era de 80% (Brachet, 2007: 176). Como vemos en las gráficas 3.1 y 3.2, en México en ningún grupo de edad se alcanza un valor semejante.

Cuadro 3.3

Nacional y Ciudad de México: Distribución de la población por sexo y distintas categorías, 2010

| CATEGORÍAS                                       | NACIONAL    |              |              | CIUDAD DE MÉXICO |              |              |
|--|-------------|--------------|--------------|------------------|--------------|--------------|
|  | POBLACIÓN   | SEXO         |              | POBLACIÓN        | SEXO         |              |
|  |             | %<br>HOMBRES | %<br>MUJERES |                  | %<br>HOMBRES | %<br>MUJERES |
| <b>Total</b>                                     | 108 292 131 | 48.46        | 51.54        | 18 685 091       | 48.00        | 52.00        |
| <b>Personas de 14 años y más</b>                 | 79 669 989  | 47.51        | 52.49        | 14 647 502       | 47.20        | 52.80        |
| <b>Población económicamente activa (PEA)</b>     | 47 137 757  | 62.28        | 37.72        | 8 824 694        | 59.76        | 40.24        |
| <b>Ocupados</b>                                  | 44 651 832  | 62.27        | 37.73        | 8 168 310        | 59.64        | 40.36        |
| <b>Desocupados</b>                               | 2 485 925   | 62.49        | 37.51        | 656 384          | 61.27        | 38.73        |
| <b>Población no económicamente activa (PNEA)</b> | 32 532 232  | 26.12        | 73.88        | 5 822 808        | 28.17        | 71.83        |
| <b>Disponible</b>                                | 5 597 546   | 31.80        | 68.20        | 854 715          | 36.13        | 63.87        |
| <b>No disponible</b>                             | 26 934 686  | 24.94        | 75.06        | 18 685 091       | 48.00        | 52.00        |

Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010.

#### *Diferencias en la participación femenina y masculina en el mercado laboral*

Esa desigual presencia de mujeres y hombres en el mercado de trabajo, se corrobora al revisar las tasas de participación económica por sexo respecto a la población de 14 años y más. A nivel nacional, esta tasa es de 77.60 en el caso de los hombres y 42.50 en las mujeres. En la Ciudad de México la situación es ligeramente distinta: 76.30 en los hombres y 45.90 en las mujeres. Aunque la diferencia entre la Ciudad de México y el conjunto del país es pequeña, al menos para el caso de las mujeres podría estar apuntando hacia un escenario un tanto menos tradicional en la capital, justamente por su condición más desarrollada que muchas regiones del país.

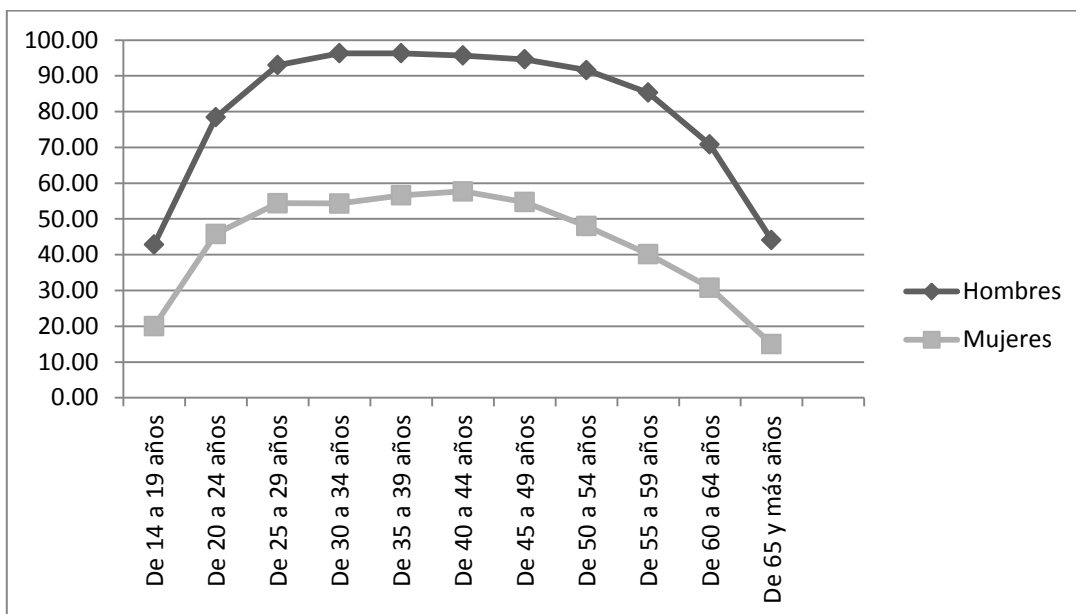
Al observar las tasas específicas de participación por edad y sexo, podemos identificar un comportamiento similar si comparamos lo que ocurre a nivel nacional con el caso de la Ciudad de México. La participación masculina se mantiene por arriba del 90 por ciento entre los 25 y 54 años, y desciende progresivamente conforme aumenta la edad. En cambio, las tasas femeninas se mantienen muy por debajo tanto a nivel nacional como en la capital del país, probablemente debido a la asunción de responsabilidades domésticas. Sin

embargo, sobresale el hecho de que, mientras a nivel nacional la tasa de participación económica de las mujeres tiene su máximo en 57.70 por ciento entre los 40 y 44 años, en la Ciudad de México el valor más alto de este indicador es de 64.60 en el rango de 35 a 39 años de edad y permanece por encima del 60 por ciento (62.90) en el rango siguiente de 40 a 44 años. Es decir, se corrobora no sólo que en la Ciudad de México hay mayor participación femenina en la fuerza de trabajo como vimos más arriba, sino que además, dicha participación más alta lo es sobre todo en las edades centrales. Pero es además justo en esos grupos de edad donde se encuentra la mayor brecha de participación entre hombres y mujeres. Esta situación puede deberse a la forma diferenciada individual y socialmente en que mujeres y hombres pasan por la edad reproductiva que en muchos casos incluye la formación de nuevos hogares y, con ello, la mayor asunción de actividades domésticas por parte de las mujeres, no así por parte de los hombres.

Además, el encontrar claramente una mayor participación femenina después de los 25 años va en sentido diferente a lo que algunos estudios en los años setenta encontraron en la Ciudad de México. Por ejemplo, Brígida García, Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira hallaron que en 1970 tanto en la capital como en el resto del país la participación femenina era más alta antes de los 24 años y luego comenzaba a decrecer, de modo que afirmaban que las mujeres participaban más en las actividades económicas cuando eran jóvenes y tal vez antes de casarse (García, Muñoz y Oliveira, 1988: 35).

**Gráfica 3.1**

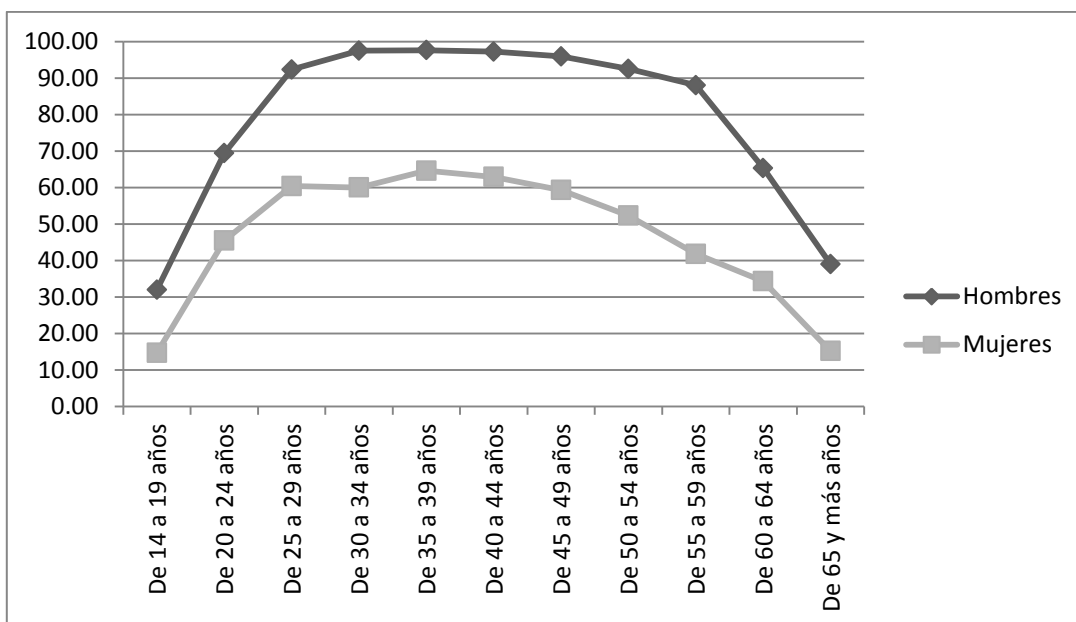
**Nacional: Tasas de participación en actividades económicas por grupos de edad y sexo, 2010**



Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010.

**Gráfica 3.2**

**Ciudad de México: Tasas de participación en actividades económicas por grupos de edad y sexo, 2010**



Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010.

El estado conyugal es otro factor que es necesario considerar cuando analizamos las tasas de participación en las actividades económicas, pues se encuentra estrechamente vinculado al ciclo de vida de las personas (y de los hogares) y a los roles que éstas asumen conforme pasan de una etapa o estado a otro. Así, en una primera aproximación resulta claro que los hombres mantienen altas tasas de participación; las más altas cuando están unidos, ya sea casados o en unión libre, pues en muchos de esos casos son proveedores del hogar (Cuadro 3.4). No ocurre así entre los viudos, quienes en su mayoría son mayores de 65 años, es decir, pertenecen a un grupo de edad que va saliendo del mercado laboral. Entre esos dos grupos están los solteros, quienes no suelen tener tantas responsabilidades económicas como los unidos.

Entre las mujeres se sigue una tendencia un tanto distinta, excepto entre las mujeres en viudez que también tienen las menores tasas. Por otro lado, la condición de casada o en unión libre se relaciona con una menor participación en el mercado laboral comparada con las tasas observadas entre las separadas, divorciadas e incluso las solteras. Sin duda esto se debe a las mayores responsabilidades domésticas de las mujeres que viven con su cónyuge, y al tipo de necesidades económicas que enfrentan las mujeres viudas, solteras y separadas. Es de notarse, sin embargo, que entre las casadas y en unión libre de la Ciudad de México es mayor la tasa de participación que en el promedio nacional, posible indicio de la gestación de un cambio en el posicionamiento social (no meramente subjetivo) de las mujeres capitalinas frente a los roles de género tradicionales.

Por otro lado, llama la atención que tanto a nivel nacional como en la Ciudad de México la mayor diferencia entre hombres y mujeres en las tasas de participación se encuentra en la categoría de casados, lo cual indica que en definitiva el estado conyugal es un factor que claramente interviene en la baja participación femenina. Sin embargo, aparece una diferencia entre ambos escenarios: en el conjunto del país la tasa de participación económica de las mujeres en unión libre es prácticamente la misma que la de las mujeres casadas. No ocurre así entre las mujeres de la Ciudad de México, donde este indicador presenta un valor alrededor de cinco puntos porcentuales más alto entre las mujeres en unión libre con respecto a las casadas. En ese sentido, parece que en la metrópoli sí hace diferencia estar casada o simplemente unida; lo cual puede estar relacionado con que las mujeres en unión libre suelen ser más jóvenes y más educadas (por ejemplo, el 37.7 por



ciento de las mujeres en unión libre tienen menos de 30 años, frente a 11.8 por ciento de las casadas).

**Cuadro 3.4**

**Nacional y Ciudad de México: Tasas de participación en actividades económicas según sexo y características sociodemográficas, 2010**

| Características             | NACIONAL |         | CIUDAD DE MÉXICO |         |
|-----------------------------|----------|---------|------------------|---------|
|                             | HOMBRES  | MUJERES | HOMBRES          | MUJERES |
| <i>Estado conyugal</i>      |          |         |                  |         |
| Unión libre                 | 83.6     | 65.9    | 85.9             | 64.4    |
| Separado                    | 82.0     | 71.7    | 83.8             | 70.4    |
| Divorciado                  | 48.6     | 30.0    | 51.6             | 30.9    |
| Viudo                       | 86.9     | 39.4    | 86.5             | 42.4    |
| Casado                      | 61.4     | 45.8    | 59.2             | 48.3    |
| Soltero                     | 93.9     | 39.4    | 95.1             | 47.1    |
| <i>Parentesco</i>           |          |         |                  |         |
| Jefa(e)                     | 86.6     | 54.5    | 86.8             | 59.7    |
| Cónyuge                     | 86.4     | 38.6    | 85.1             | 42.1    |
| Hija(o)                     | 64.1     | 44.2    | 61.1             | 44.6    |
| <i>Nivel de escolaridad</i> |          |         |                  |         |
| Sin instrucción             | 66.3     | 26.8    | 58.9             | 28.6    |
| Primaria                    | 79.9     | 35.7    | 76.6             | 39.1    |
| Secundaria                  | 75.9     | 39.0    | 73.6             | 40.5    |
| Medio Superior              | 75.7     | 45.4    | 75.2             | 40.6    |
| Superior                    | 81.4     | 60.2    | 80.8             | 57.6    |
| Superior (posgrado)         | 88.1     | 83.8    | 87.1             | 80.9    |
| <i>Número de hijos</i>      |          |         |                  |         |
| Sin hijos                   | -        | 41.0    | -                | 43.7    |
| De 1 a 2 hijos              | -        | 50.2    | -                | 53.5    |
| De 3 a 5 hijos              | -        | 42.6    | -                | 43.7    |
| De 6 a más hijos            | -        | 26.0    | -                | 24.5    |
| No especificado             | -        | 1.0     | -                | 0.0     |
| <i>Total</i>                | 77.6     | 42.5    | 76.3             | 45.9    |

Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010.

Por otra parte, parece claro que la posición en el hogar definida por el parentesco se encuentra vinculada con el estado conyugal en relación con la participación de las mujeres en las actividades económicas (Cuadro 3.4). Así, tenemos que entre las mujeres que son cónyuges del jefe la tasa de participación económica es considerablemente menor que entre las jefas de hogar, e incluso menor que entre las hijas, y esto ocurre tanto en la Ciudad de México como en el conjunto del país. Aunque es claro que en cualquiera de las categorías

de parentesco se repite la tendencia de mayor participación femenina en la Ciudad de México. El caso de los hombres según parentesco es distinto, pues la diferencia entre jefes y cónyuges es mínima, tanto en el contexto nacional como en la ciudad.

Es de destacar, al comparar a mujeres y hombres, cómo entre las primeras sólo en alrededor de la mitad de los casos a nivel nacional y en cerca del 60 por ciento en la Ciudad de México la jefatura de hogar está relacionada con la participación en actividades económicas; mientras que entre los hombres, la jefatura de hogar implica la participación en el mercado laboral en más del 80 por ciento de los casos. Al parecer la jefatura masculina se encuentra más ligada a la proveeduría del hogar que la jefatura femenina; por lo tanto, no debemos asumir que las jefas de hogar lo son siempre porque aportan la manutención del mismo. Es decir, habría que problematizar la condición de jefatura del hogar en distintos contextos.

Otro indicador importante para analizar la división sexual del trabajo es el de las tasas específicas de participación por número de hijos, ya que la presencia o no de hijos se encuentra ligada a la mayor o menor carga de trabajo doméstico (en las mujeres). Por desgracia se trata de un indicador que hasta ahora sólo se mide en las mujeres, no en los hombres; por ello no es posible hacer comparaciones entre unas y otros. Con esa salvedad, veamos qué ocurre en la población para la cual se proporciona información (Cuadro 3.4). Al comparar la situación de las mujeres de la ciudad y del conjunto del país resaltan, en primera instancia, dos cuestiones: 1) el hecho de que la participación femenina es más alta al tener 1 ó 2 hijos y disminuye a partir del tercer hijo, y 2) las diferencias entre la Ciudad de México y el resto del país, si bien apuntan nuevamente a una mayor participación económica femenina en la Ciudad de México, no parecen ser estadísticamente significativas.

En particular la primera cuestión nos habla de cómo la llegada del primer o segundo hijo no necesariamente significa para las mujeres el abandono del mercado laboral. Más aún, mayores tasas entre las mujeres con uno o dos hijos podrían significar un deterioro de las condiciones laborales que hacen que un solo proveedor del hogar sea insuficiente (y por tanto se abandonan modelos tradicionales de familia y de división sexual del trabajo en el interior de la misma), o bien, que las condiciones materiales de las mujeres son lo

suficientemente adecuadas (existencia de guarderías y estancias infantiles o presencia de familiares que cuiden de los hijos e hijas, horarios flexibles) para que un mayor número de ellas pueda acceder al mercado laboral. Una tercera posibilidad sería una contradictoria – pero no imposible- combinación entre las dos primeras. Sin embargo, sólo con estos datos difícilmente podemos aprehender los procesos que están detrás de los números; hasta aquí todavía no podemos determinar con precisión si la participación se debe a los hijos o a la edad.

Es con la información que proporciona el Cuadro 3.5 que podemos decir que un mayor número de hijos está relacionado con una menor participación en el mercado laboral, independientemente de la edad. Vemos cómo las mayores tasas se encuentran entre las mujeres que no tienen hijos y van disminuyendo conforme aumenta el número de hijos en casi todos los grupos de edad (excepto en las edades extremas). La mayor tasa de participación la encontramos en mujeres de 30 a 34 años que no tienen hijos. El tener uno o dos hijos representa un descenso importante (de 30 puntos porcentuales) en la participación económica.

**Cuadro 3.5**

**Ciudad de México: Tasas de participación en actividades económicas de las mujeres por número de hijos según edad, 2010**

| Grupos de edad  | Sin hijos   | De 1 a 2 hijos | De 3 hijos y más |
|-----------------|-------------|----------------|------------------|
| De 14 a 19 años | 13.6        | 32.6           | *                |
| De 20 a 24 años | 48.5        | 40.4           | 23.7             |
| De 25 a 29 años | 76.4        | 51.0           | 38.0             |
| De 30 a 34 años | 84.7        | 54.5           | 47.1             |
| De 35 a 39 años | 79.3        | 64.9           | 56.9             |
| De 40 a 44 años | 78.2        | 65.7           | 55.1             |
| De 45 a 49 años | 61.2        | 64.4           | 54.4             |
| De 50 a 54 años | 50.6        | 64.3           | 44.7             |
| De 55 a 59 años | 52.5        | 41.2           | 41.2             |
| De 60 a 64 años | 46.9        | 40.2           | 30.1             |
| De 65 y más     | 28.1        | 13.6           | 14.3             |
| <b>Total</b>    | <b>45.9</b> | <b>45.9</b>    | <b>45.9</b>      |

\*No hay casos registrados en esta categoría.

Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010.

La revisión de las tasas de participación por nivel de escolaridad nos muestra otra diferencia importante entre mujeres y hombres (Cuadro 3.4). En los últimos se observan altas tasas de participación en todos los niveles; aumentan progresivamente entre más alto es el nivel de escolaridad, pero no de manera tan marcada como en las mujeres, donde parece más marcada la relación entre el incremento de la escolaridad y la mayor participación en el mercado laboral. No hay, diferencias muy significativas entre la Ciudad de México y el resto del país, salvo la que hay en las mujeres de nivel medio superior, pues su tasa de participación es menor en la ciudad.

Ahora bien, un posible problema a la hora de trabajar con la población mayor de 14 años es que puede haber una lectura equivocada respecto a la participación económica de la población más joven, la cual es muy probable que no se encuentre en el mercado de trabajo debido a que aún está inserta en el sistema educativo. Por ello se calculan las tasas de participación en la población de 25 años y más, en el supuesto de que a partir de esa edad la mayor parte de la población ha concluido sus estudios (Cuadro 3.6). Así, al eliminar del cálculo al sector que presumiblemente todavía asiste a la escuela, las tasas son mayores en hombres y en mujeres. Resalta en los primeros que las mayores tasas de actividad están en los niveles de secundaria y medio superior, a diferencia de las mujeres, en las que las mayores tasas están en el nivel superior. Esto refleja el vínculo entre mayor nivel educativo e inserción femenina en el mercado laboral. Puede ser que entre las mujeres, más que entre los hombres, el incremento en la escolaridad sigue funcionando en alguna medida como mecanismo de movilidad social para poder insertarse al mercado de trabajo; o bien, que las mujeres estudian con el propósito deliberado de incorporarse al mercado laboral. En tanto, como se deduce del Cuadro 3.4 y sobresale aún más en éste, en los hombres la inserción en el mercado laboral estaría más vinculada con otros factores sociales que con la educación; probablemente, aquellos asociados a su rol de género como proveedores.

**Cuadro 3.6**

**Nacional y Ciudad de México: Tasas de participación en actividades económicas en población de 25 años y más por nivel de escolaridad y sexo, 2010**

| Escolaridad                | NACIONAL |         | CIUDAD DE MÉXICO |         |
|----------------------------|----------|---------|------------------|---------|
|                            | HOMBRES  | MUJERES | HOMBRES          | MUJERES |
| <b>Sin instrucción</b>     | 66.9     | 27.1    | 60.2             | 28.8    |
| <b>Primaria</b>            | 81.3     | 36.6    | 78.4             | 39.3    |
| <b>Secundaria</b>          | 92.6     | 48.9    | 91.6             | 51.2    |
| <b>Medio Superior</b>      | 93.2     | 57.8    | 92.8             | 58.7    |
| <b>Superior</b>            | 88.9     | 64.7    | 88.4             | 61.9    |
| <b>Superior (posgrado)</b> | 88.1     | 83.8    | 88.1             | 81.0    |
| <b>Total</b>               | 77.6     | 42.5    | 76.3             | 45.9    |

Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010.

En suma, mediante la revisión del conjunto de las tasas específicas de participación en las actividades económicas (es decir, para el mercado) en la Ciudad de México, encontramos diferencias marcadas entre hombres y mujeres, así como algunas diferencias no tan pronunciadas –en algunos casos probablemente no significativas estadísticamente– entre la metrópoli y el conjunto del país. El primer tipo de diferencias pueden estar reflejando la persistencia de brechas de género enraizadas en una desigual división del trabajo que todavía lleva a los hombres a asumir mayoritariamente el trabajo para el mercado y a las mujeres a realizar el trabajo doméstico no remunerado en sus hogares.

El segundo tipo, podría estar apuntando hacia la generación de algunos cambios en la Ciudad de México, los cuales apuntan a una mayor participación femenina en el mercado laboral y, por tanto, a un alejamiento de los patrones tradicionales o estereotipados de género en ambos tipos de trabajo. Sin embargo, con estos datos no es posible afirmar categóricamente tal cosa, en especial porque para algunas de las variables las diferencias entre la Ciudad de México y el nivel nacional son mínimas, además de que es necesario tomar en cuenta otros factores que pudieran estar involucrados. Por tanto, en el siguiente apartado revisaremos con mayor detalle algunos de esos otros factores relacionados.

### ***Características sociodemográficas de la población ocupada de la Ciudad de México***

Como vimos en el Cuadro 3.3, en la Ciudad de México la población ocupada asciende a poco más de 8 millones de personas, de las cuales 4 871 332 son hombres (alrededor del 60 por ciento) y 3 296 978 son mujeres. Su estructura por edad no difiere

mucho entre ambos sexos; tampoco con respecto a la situación observada a nivel nacional (Cuadro 3.7). En general y como era lógico suponer, encontramos que el mayor porcentaje de la población ocupada se encuentra en las edades centrales, sobre todo a partir de los 20 años y hasta los 49.

**Cuadro 3.7**

**Ciudad de México: Distribución de la población ocupada por características sociodemográficas según sexo, 2010**

| <b>Características</b>      | <b>HOMBRES</b> | <b>MUJERES</b> |
|-----------------------------|----------------|----------------|
| <i>Edad</i>                 |                |                |
| De 14 a 19 años             | 5.7            | 3.9            |
| De 20 a 29 años             | 22.0           | 22.2           |
| De 30 a 39 años             | 25.6           | 27.5           |
| De 40 a 49 años             | 23.3           | 24.7           |
| De 50 a 59 años             | 15.3           | 14.9           |
| De 60 y más años            | 8.1            | 6.8            |
| Total                       | 100            | 100            |
| <i>Estado conyugal</i>      |                |                |
| Unión libre                 | 17.0           | 12.1           |
| Separado                    | 2.8            | 7.1            |
| Divorciado                  | 1.3            | 3.1            |
| Viudo                       | 1.4            | 5.2            |
| Casado                      | 49.3           | 36.1           |
| Soltero                     | 28.2           | 36.4           |
| Total                       | 100            | 100            |
| <i>Parentesco</i>           |                |                |
| Jefa (e)                    | 63.5           | 24.6           |
| Cónyuge                     | 2.5            | 38.7           |
| Hija (o)                    | 26.0           | 27.4           |
| Otro                        | 7.9            | 9.3            |
| Total                       | 100            | 100            |
| <i>Nivel de escolaridad</i> |                |                |
| Sin instrucción             | 1.8            | 2.6            |
| Primaria                    | 19.1           | 19.6           |
| Secundaria                  | 28.7           | 23.2           |
| Medio superior              | 21.7           | 17.1           |
| Superior                    | 26.2           | 35.2           |
| Superior (posgrado)         | 2.5            | 2.3            |
| Total                       | 100            | 100            |
| <i>Número de hijos</i>      |                |                |
| Sin hijos                   | -              | 28.8           |
| De 1 a 2 hijos              | -              | 41.7           |
| De 3 y más hijos            | -              | 29.5           |
| Total                       | -              | 100            |

Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010.

Hay, sin embargo, diferencias perceptibles cuando comparamos las distribuciones de hombres y mujeres ocupados en función de su estado conyugal (Cuadro 3.7). En ese sentido, resalta algo que ya se anticipaba con las tasas de participación económica: hay un porcentaje más alto de mujeres solteras, divorciadas y separadas (46.6 por ciento) que de hombres (32.3 por ciento). En cambio, aproximadamente la mitad de la población ocupada masculina está casada, frente a casi el 37 por ciento de las mujeres ocupadas que se encuentran en esa situación. Más aún, si sumamos a las personas en unión libre más las casadas, tenemos que el 66.3 por ciento de los hombres ocupados están unidos, mientras que eso ocurre en el 48.2 por ciento de las mujeres. Estos datos son interesantes en la medida de que el estado conyugal se encuentra muy vinculado con los roles sociales asignados a hombres y mujeres. Más de la mitad de los hombres ocupados viven en pareja y podemos suponer que asumen un papel de proveduría, exclusiva o no, del hogar y que son dependientes del trabajo doméstico que realiza otra persona. Es llamativo que esto ocurre en casi la mitad de las mujeres, lo cual puede significar que para muchas de ellas, a diferencia de un modelo más tradicional o estereotipado, el estar unidas no necesariamente significa estar fuera del mercado laboral, dedicadas exclusivamente al trabajo del hogar. Pero también, que son mujeres no unidas quienes en mayor medida asumen responsabilidades económicas en sus hogares.

Estos planteamientos parecen verse reforzados cuando observamos el parentesco o la posición que ocupan unas y otros en el hogar (Cuadro 3.7). Más de la mitad de los hombres ocupados es jefe de hogar, mientras que eso ocurre sólo en un cuarto de la población femenina ocupada. El mayor porcentaje de mujeres ocupadas son cónyuges del jefe y en segundo lugar hijas. En el caso del 38.7 por ciento de las ocupadas que son cónyuges del jefe, puede significar el desempleo del jefe(a) del hogar o la insuficiencia de sus ingresos para satisfacer las necesidades del hogar, pero también puede tratarse de mujeres que buscan su propio desarrollo laboral o profesional.

El Cuadro 3.7 también muestra cómo la población ocupada de la Ciudad de México en general tiene niveles de escolaridad altos. Hay grandes similitudes entre hombres y mujeres al respecto, de modo que no aparece una brecha de género muy grande en este tema entre la población ocupada. Estos datos en realidad reflejan el nivel de escolaridad de la población de 14 años y más de la Ciudad de México, que es de los más altos en el país.



Sin embargo, complementando los datos del Cuadro 3.7, resalta el mayor porcentaje de mujeres en el nivel superior entre la población ocupada, pues en esa categoría se encuentra el 35 por ciento de las mujeres ocupadas frente al 28 por ciento de las mujeres de 14 años y más. Esto puede indicar que el mercado laboral de por sí concentra a personas con niveles educativos un poco más altos, en especial en las mujeres, pues entre los hombres ocupados y de 14 años y más no parece haber mucha diferencia.

Se ha demostrado que la relación entre trabajo y fecundidad no es directa (González, 1997), pues el tener un empleo u ocupación no significa en automático un menor número de hijos. Esto además es claro cuando analizamos la distribución de las mujeres ocupadas por número de hijos. Llama la atención que es mayor el porcentaje de mujeres que trabajan y tienen entre 1 y 2 hijos (41.70 por ciento) que el de las ocupadas que no tienen hijos (28.80 por ciento, unas 950,841 mujeres en números absolutos).

Además, cuando miramos el número de hijos promedio por grupos de edad en mujeres ocupadas (Cuadro 3.8), observamos que el promedio de entre 1 y 2 hijos se encuentra en las edades centrales, las más productivas, justo aquellas en las que más se concentra la población ocupada femenina y en la que, por el ciclo de vida, es de esperar que los hijos sean relativamente pequeños.

**Cuadro 3.8**

**Ciudad de México: Ocupadas por media y mediana de número de hijos por grupos quinquenales de edad, 2010**

| Grupos de edad   | Número de hijos por mujer |         |
|------------------|---------------------------|---------|
|                  | Media                     | Mediana |
| De 14 a 19 años  | 0.14                      | 0       |
| De 20 a 24 años  | 0.39                      | 0       |
| De 25 a 29 años  | 0.75                      | 0       |
| De 30 a 34 años  | 1.32                      | 1       |
| De 35 a 39 años  | 1.82                      | 2       |
| De 40 a 44 años  | 2.1                       | 2       |
| De 45 a 49 años  | 2.5                       | 2       |
| De 50 a 54 años  | 2.79                      | 2       |
| De 55 a 59 años  | 3.22                      | 3       |
| De 60 a 64 años  | 3.14                      | 3       |
| De 65 a 69 años  | 4.77                      | 4       |
| De 70 y más años | 4.13                      | 3       |

Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010.

***Condiciones laborales prevaecientes: un vistazo a su precariedad y a las desigualdades de género***

Además de la composición sociodemográfica, uno de los ámbitos donde más claramente se evidencia la heterogeneidad de los trabajadores de la Ciudad de México es en las condiciones en las que laboran mujeres y hombres. Es a partir de la revisión de esas condiciones que se puede distinguir la variabilidad de la calidad de los trabajos para el mercado. En este apartado examinaremos las que nos parecen más relevantes para determinar los aspectos en los que se expresa la precariedad laboral en la metrópoli. Primero presentaremos información para el total de la población ocupada y luego nos centraremos en las características propias de los asalariados, los cuales, como veremos enseguida, representan más de la mitad de la quienes desempeñan alguna actividad en el mercado de trabajo.

Del conjunto de la población ocupada de la Ciudad de México, la inmensa mayoría tiene un solo trabajo (arriba del 96 por ciento tanto en hombres como en mujeres); es decir, únicamente alrededor del 4 por ciento tiene un trabajo secundario que le permite completar

sus ingresos o que implica una ayuda en un negocio o en las tierras de un familiar o de otra persona.

Por otro lado, en la Ciudad de México la mayor parte de la fuerza de trabajo es asalariada, es decir, subordinada y remunerada (Cuadro 3.9). A nivel nacional el 66 por ciento de los hombres ocupados y el 64 por ciento de las mujeres ocupadas se encuentran en esta situación; mientras que en la Ciudad de México son alrededor del 70 por ciento en ambos sexos, como lo muestra el Cuadro siguiente. En segundo lugar se encuentran los trabajadores por cuenta propia, entre los cuales tampoco se observan diferencias entre hombres y mujeres. Donde existe contraste es en el porcentaje de empleadores y el de trabajadores sin pago, lo cual en principio parece colocar a las mujeres en una situación desventajosa, pues no están accediendo en la misma proporción a altas posiciones en el trabajo para el mercado, y se encuentran en mayor cantidad entre los trabajadores sin pago. Sin embargo, en particular respecto a esto último, no necesariamente significa que la situación económica de las mujeres que trabajan sin pago sea absolutamente precaria, dado que puede ser que trabajen en un negocio familiar sin remuneración, pero tomen parte de los beneficios obtenidos del negocio para la manutención del hogar. Esta posibilidad, empero, parece no significar condiciones del todo propicias para la independencia y autonomía femeninas. En todo caso, es difícil aventurar hipótesis sólo con ese dato.

En cuanto a las prestaciones de salud, el Cuadro 3.9 además nos muestra cuando menos dos aspectos que conviene resaltar de las condiciones laborales de mujeres y hombres: 1) alrededor de la mitad de la población ocupada, tanto femenina como masculina, no cuenta con prestaciones de salud. Este dato no sorprende si tomamos en cuenta que históricamente la cobertura de la seguridad social en el país ha rondado esas cifras (Martínez, 2006: 62-65; Soria, 2007: 161). Sin embargo, no por ello deja de ser llamativo e indicativo de la precariedad laboral a que está sujeta una buena parte de la población ocupada; asimismo es uno de los indicadores de informalización de las relaciones laborales. 2) No hay diferencias significativas entre hombres y mujeres en esta condición; aquí parece que ambos sexos están igualados “hacia abajo”, hacia la precariedad.

Cuadro 3.9

**Ciudad de México: Distribución de la población ocupada por condiciones laborales según sexo, 2010**

| <b>Condiciones laborales</b>  | <b>HOMBRES</b> | <b>MUJERES</b> |
|---|----------------|----------------|
| <i>Posición en el trabajo</i>   |                |                |
| Trabajadores subordinados y remunerados                               | 72.0           | 71.6           |
| Empleadores   | 6.1            | 2.2            |
| Trabajadores por cuenta propia  | 20.2           | 20.0           |
| Trabajadores sin pago   | 1.8            | 6.2            |
| Total   | 100            | 100            |
| <i>Nivel de ingresos por trabajo (salarios mínimos)</i>               |                |                |
| Hasta un salario mínimo   | 6.2            | 14.3           |
| Más de 1 hasta 2 salarios mínimos                                     | 22.1           | 28.1           |
| Más de 2 hasta 3 salarios mínimos                                     | 27.6           | 20.2           |
| Más de 3 hasta 5 salarios mínimos                                     | 18.9           | 13.0           |
| Más de 5 salarios mínimos   | 11.1           | 7.8            |
| No recibe ingresos  | 1.8            | 6.2            |
| No especificado   | 12.4           | 10.3           |
| Total   | 100            | 100            |
| <i>Duración de la jornada semanal</i>                                 |                |                |
| Ausentes temporales con vínculo laboral                               | 2.7            | 3.2            |
| Menos de 15 horas   | 2.5            | 7.4            |
| De 15 a 24 horas  | 6.2            | 12.7           |
| De 25 a 34 horas  | 6.2            | 11.9           |
| De 35 a 39 horas  | 4.4            | 7.3            |
| De 40 a 48 horas  | 37.1           | 37.2           |
| Más de 48 horas   | 40.5           | 20.0           |
| No especificado   | 0.2            | 0.3            |
| Total   | 100            | 100            |
| <i>Prestaciones de salud</i>  |                |                |
| Sin prestaciones  | 53.1           | 51.6           |
| Sólo acceso a instituciones de salud                                  | 2.0            | 1.8            |
| Acceso a instituciones de salud y otras prestaciones                  | 39.6           | 39.6           |
| No tiene acceso a instituciones de salud pero sí a otras prestaciones | 5.3            | 6.6            |
| No especificado   | 0.1            | 0.3            |
| Total   | 100            | 100            |

Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010.

El Cuadro 3.9 también muestra otra brecha entre mujeres y hombres: la del nivel de ingresos, disparidad que es además una constante en todo el mundo, aunque varía la magnitud de la desigualdad (Rendón, 2003: 83-86). Así, observamos que las mujeres se encuentran en mayor porcentaje entre quienes reciben bajos ingresos y en menor proporción en ingresos por encima de los 5 salarios mínimos. Esta desigualdad se aprecia

con más claridad en el Cuadro 3.9a, donde los datos de la distribución de la población ocupada por nivel de ingresos por trabajo se presentan a partir de porcentajes acumulados. Es de notar que alrededor de la mitad de la población ocupada masculina y más del 60 por ciento de la femenina se encuentran en el rango de ingresos que va de “hasta un salario mínimo” a “más de 2 hasta 3 salarios mínimos”, lo cual en 2010 para la Ciudad de México se encontraba apenas en el rango de menos de \$1723.8 a \$5171.4 mensuales.

Este dato que en principio no dice mucho, adquiere su verdadera dimensión cuando lo contrastamos con el costo de la canasta básica urbana de ese periodo. Según CONEVAL (2014), para junio de 2010, el costo de la canasta básica alimentaria urbana por persona era de \$969.96 pesos mensuales. Si consideramos que según la Constitución Política el salario debe ser suficiente para sostener a una familia y en la actualidad en la Ciudad de México los hogares en promedio suelen tener cuatro miembros, es claro que con un ingreso de entre 1 y 3 salarios mínimos o no alcanza siquiera a cubrir las necesidades alimentarias de todos los miembros del hogar o éstas apenas son cubiertas, pero sin poder atender otro tipo de necesidades básicas. Así, si tomamos en cuenta el valor de la canasta urbana,<sup>21</sup> el costo per cápita de las necesidades básicas –alimentarias y no alimentarias- para el segundo trimestre de 2010 se eleva a \$2106.50 mensuales. Alguien que en 2010 ganaba hasta un salario mínimo no podía cubrir sus necesidades básicas personales, menos las del conjunto del hogar. El resultado de estas condiciones materiales es la precarización de la vida de las y los trabajadores y sus familias; grave situación que afecta a un mayor número de mujeres ocupadas (Cuadro 3.9a).

---

<sup>21</sup> La canasta urbana es la suma de la canasta básica alimentaria (que incluye una lista de unos 35 productos) más la canasta básica no alimentaria (constituida por los costos de: transporte público, limpieza y cuidados de la casa, cuidados personales, educación, cultura y recreación; comunicaciones y servicios para vehículos; vivienda y servicios de conservación; prendas de vestir, calzado y accesorios; cristalería, blancos y utensilios domésticos; cuidados de la salud; enseres domésticos y mantenimiento de la vivienda; artículos de esparcimiento y otros gastos) (CONEVAL, 2014).

Cuadro 3.9a

**Ciudad de México: Distribución de la población ocupada por nivel de ingresos por trabajo y jornada laboral según sexo (porcentajes acumulados), 2010**

| <b>Condiciones laborales</b>   | <b>HOMBRES</b> | <b>MUJERES</b> |
|--|----------------|----------------|
| <i>Nivel de ingresos por trabajo (salarios mínimos)</i>  |                |                |
| Hasta un salario mínimo  | 6.2            | 14.3           |
| Más de 1 hasta 2 salarios mínimos  | 28.3           | 42.4           |
| Más de 2 hasta 3 salarios mínimos  | 55.9           | 62.6           |
| Más de 3 hasta 5 salarios mínimos  | 74.8           | 75.6           |
| Más de 5 salarios mínimos  | 85.9           | 83.4           |
| No recibe ingresos   | 87.7           | 89.6           |
| No especificado  | 100            | 100            |
| <i>Duración de la jornada semanal</i>  |                |                |
| Ausentes temporales con vínculo laboral  | 2.7            | 3.2            |
| Menos de 15 horas  | 5.2            | 10.6           |
| De 15 a 24 horas   | 11.4           | 23.3           |
| De 25 a 34 horas   | 17.6           | 35.2           |
| De 35 a 39 horas   | <b>22.0</b>    | 42.5           |
| De 40 a 48 horas   | 59.1           | 79.7           |
| Más de 48 horas  | 99.6           | 99.7           |
| No especificado  | 100            | 100            |
| Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010. |                |                |

Otro aspecto importante que observamos en el Cuadro 3.9 y el Cuadro 3.9a es la duración de la jornada laboral. A partir de este indicador podemos tener una aproximación de la población subocupada (población ocupada con necesidad y disponibilidad de ofertar más horas de trabajo de lo que su ocupación actual les permite), la ocupada plena y la sobreocupada. Sin ser del todo precisos pues para hablar de subocupación no sólo se contempla la duración de la jornada, se puede decir que una jornada semanal menor a 35 horas ya es un indicio de esta condición. De acuerdo a los datos de la ENOE, podemos observar que una mayor proporción de mujeres (35.2 por ciento) que de hombres (17.60) se encuentra en esa situación (Cuadro 3.9a). Esto concuerda con otras investigaciones respecto al mercado laboral del país, donde se establece que la mayor proporción de mujeres en jornadas menores a 35 horas tiene que ver con sus responsabilidades domésticas y de crianza de los hijos (Chávez, 2010: 190) En tanto, la proporción de población ocupada plena (de 35 a 48 horas) es similar en ambos sexos (44.5 por ciento de las mujeres y 41.5 por ciento de los hombres).

Llamativo es el porcentaje de trabajadores que laboran a la semana más horas que las establecidas por ley, es decir, por encima de 48 horas semanales. En los hombres el 40.5 por ciento de los ocupados de la Ciudad de México se encuentran en la categoría de sobreocupación, mientras que esto ocurre así en el 20 por ciento de las mujeres que trabajan para el mercado. Son proporciones altas, en especial en el caso de los hombres; incluso más altas que en el resto del país, donde se reporta que el 33.1 por ciento de los hombres trabajan un número de horas mayor al límite legal. Estos datos nos hablan de precariedad en la fuerza de trabajo, en tanto las jornadas excesivas son violatorias de los derechos laborales reconocidos por la ley. Además, consideramos probable que este tipo de jornadas sean un condicionante (entre muchos otros) de la participación diferenciada de mujeres y hombres en el trabajo doméstico.

Al mirar en conjunto los datos del nivel de ingresos por trabajo y la extensión de la jornada laboral de mujeres y hombres podría alegarse que el menor monto de ingresos de las mujeres ocupadas se debe a que una mayor proporción de ellas tiene jornadas cortas, mientras que, como acabamos de ver, un gran porcentaje de hombres trabaja en jornadas de tiempo completo o incluso mayores a las permitidas legalmente. Por ello, se podría argüir, no es que realmente las mujeres ganen menos en razón de su género, sino por el simple hecho de que trabajan menos horas. El cálculo del salario por hora de unas y otros prueba que no es así: sin importar la extensión de la jornada laboral, las mujeres tienen un ingreso promedio por hora menor que los hombres en la inmensa mayoría de los casos (Cuadro 3.9b).

**Cuadro 3.9b**

**Ciudad de México: Ingreso promedio de la población ocupada por duración total de la jornada de trabajo semanal por sexo, 2010**

(pesos)

| <b>Duración de la jornada semanal</b> | <b>TOTAL</b> | <b>HOMBRES</b> | <b>MUJERES</b> |
|---------------------------------------|--------------|----------------|----------------|
| <b>Menos de 15 horas</b>              | 50.02        | 55.80          | 46.95          |
| <b>De 15 a 24 horas</b>               | 30.70        | 38.42          | 25.13          |
| <b>De 25 a 34 horas</b>               | 27.35        | 27.33          | 27.36          |
| <b>De 35 a 39 horas</b>               | 25.91        | 27.89          | 24.19          |
| <b>De 40 a 48 horas</b>               | 21.92        | 22.67          | 20.84          |
| <b>De 49 a 56 horas</b>               | 21.90        | 23.84          | 17.41          |
| <b>Más de 56 horas</b>                | 16.10        | 17.18          | 12.37          |

Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010.

Además, a partir de los datos del Cuadro 3.9b podemos inferir otras características de la remuneración diferenciada de mujeres y hombres. En primer lugar, la mayor desigualdad salarial se encuentra cuando se trata de las jornadas más cortas (menos de 15 horas y entre 15 y 24 horas semanales). Tales jornadas podrían significar precariedad relativa para las mujeres, con respecto a los hombres. Para ellos probablemente se trata de empleos más bien elitistas, pues ganan más por hora no sólo que las mujeres ocupadas en el mismo rango de duración de la jornada, sino incluso más que los demás hombres ocupados de cualquier otro rango de duración de la jornada laboral. En el resto de las categorías, las diferencias de salario por hora no son tan grandes entre hombres y mujeres. En segundo lugar, a mayor jornada laboral, menor ingreso por hora, lo cual afecta a unas y otros, aunque de distinta manera: las mujeres que trabajan más de 48 horas semanales ganan alrededor de cinco pesos menos por hora que los hombres en la misma condición, pero como hemos visto la proporción de hombres en esta situación es considerablemente mayor que la de las mujeres. De ese modo, a pesar de persistir una sensible desigualdad salarial entre mujeres y hombres, en ciertas condiciones esto no se traduce necesariamente en una situación de privilegio de los varones, quienes también padecen los estragos de la precarización de los empleos.

Por otro lado, el Cuadro 3.10 sugiere que, en principio, hay alguna relación entre la cantidad de hijos y la extensión de la jornada que asumen las mujeres en el trabajo para el mercado. En el rango de jornada laboral que va de menos de 15 hasta 34 horas se ubica un



26.7 por ciento de las que no tienen hijos, 29.5 de las que tienen de 1 a 2 y 40.7 por ciento de las que tienen de 3 a más hijos. Esto se corresponde con las diferencias observadas entre las ocupadas que laboran en jornadas que van de las 40 a las 48 horas: es más del 40 por ciento de las que no tienen hijos, 38 por ciento de las que tienen entre 1 y 2 y poco más de 30 por ciento de las que tienen de 3 a más hijos. Estas diferencias podrían ser explicadas por el hecho de que la presencia de un hijo significa mayor carga de trabajo doméstico respecto a no tener ninguno. En muchos casos tener más de un hijo puede adicionar tareas domésticas, pero esto también depende de la edad de los hijos; dato que en la ENOE no se proporciona.

En cambio, llama la atención cómo no hay diferencias significativas según el número de hijos para las jornadas superiores al máximo permitido por la ley. En promedio el 20 por ciento de cada uno de los grupos de mujeres trabajan más de 48 horas, porcentaje que coincide con el general para las mujeres observado en el Cuadro 3.9.

Cuadro 3.10

**Ciudad de México: Distribución de las mujeres ocupadas por duración de la jornada semanal y número de hijos, 2010**

| Duración de la jornada semanal                 | Sin hijos | De 1 a 2 hijos | De 3 a más hijos |
|--|-----------|----------------|------------------|
| <b>Ausentes temporales con vínculo laboral</b> | 3.0       | 4.2            | 1.9              |
| <b>Menos de 15 horas</b>                       | 5.6       | 5.2            | 12.2             |
| <b>De 15 a 24 horas</b>                        | 9.0       | 13.9           | 14.8             |
| <b>De 25 a 34 horas</b>                        | 12.1      | 10.4           | 13.7             |
| <b>De 35 a 39 horas</b>                        | 5.9       | 8.3            | 7.2              |
| <b>De 40 a 48 horas</b>                        | 43.2      | 38.0           | 30.2             |
| <b>Más de 48 horas</b>                         | 21.1      | 19.6           | 19.5             |
| <b>No especificado</b>                         | 0.0       | 0.4            | 0.4              |
| <b>Total</b>                                   | 100       | 100            | 100              |

Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010.

### *Trabajadores asalariados*

En la ENOE, dentro de la categoría de “trabajadores subordinados y remunerados” son agrupados tanto los trabajadores asalariados (que reciben dinero como forma de pago), como los trabajadores no asalariados (remunerados en especie, mediante bonos, etc.). En nuestro estudio, ambas subcategorías son considerados como “asalariados”, pues en los dos casos se trata de trabajadores cuyo carácter de subordinación y remuneración los ubica en una relación asimétrica con respecto al patrón: no cuentan con los medios de producción, así que venden de una manera u otra su fuerza de trabajo para subsistir y entran, por tanto, en relaciones capitalistas de producción.

Uno de los indicadores principales para explorar la calidad del trabajo entre los asalariados es el tipo de contrato con el que cuentan. Una condición de seguridad y estabilidad en el trabajo está dada por el contrato escrito de tipo indefinido, de planta o de base. En cambio, una situación de deterioro o precariedad de las condiciones laborales se manifiesta en contratos verbales o bien, escritos, pero temporales. Marina Chávez da cuenta de cómo en México, en los últimos años ha permanecido relativamente alto el número de trabajadores cuya relación laboral tiene la base de un contrato por escrito, por encima del 50 por ciento, llegando al 56 por ciento en 2004 (Chávez, 2010: 178-179). En la Ciudad de México, de acuerdo con los datos que nos ofrece la ENOE, encontramos una situación similar. Alrededor del 60% de las y los asalariados cuenta con un contrato escrito. De estos,

la mayor parte tiene contrato indefinido, de base o de planta. Sin embargo, no es nada despreciable el casi 40 por ciento de trabajadores y trabajadoras que se encuentran en el mercado laboral con un contrato verbal. Aun así, estos datos hablan de un menor grado de deterioro laboral que en el conjunto del país, donde el porcentaje de asalariados que tiene un contrato verbal asciende a 46.9 por ciento. Mientras que el porcentaje de quienes tienen un contrato escrito es de 52.1 por ciento, es decir, para el conjunto del país ha vuelto a ser menor la proporción de trabajadores con contrato escrito, respecto al dato más reciente que presentaba Chávez (de 2004, como vimos).

No hay mayor distinción entre el sector secundario y el terciario en cuanto al tipo de contrato, y sólo hay una ligera diferencia entre hombres y mujeres en el sector secundario, mas no en el terciario. En éste el porcentaje de trabajadores sin contrato escrito asciende a un 38 por ciento en ambos sexos. El 41 por ciento de los asalariados del sector secundario no cuentan con un contrato escrito, frente al 33 por ciento de las asalariadas en esa situación.

Cuadro 3.11

Ciudad de México: Distribución de la población asalariada por condiciones laborales según sector económico y sexo, 2010

| Condiciones laborales                                   | TOTAL   |         | SECUNDARIO |         | TERCIARIO |         |
|---|---------|---------|------------|---------|-----------|---------|
|   | HOMBRES | MUJERES | HOMBRES    | MUJERES | HOMBRES   | MUJERES |
| <i>Tipo de contrato</i>                                 |         |         |            |         |           |         |
| Temporal  | 9.8     | 12.1    | 9.8        | 11.4    | 9.9       | 12.2    |
| De base, indefinido o de planta                         | 50.6    | 50.3    | 49.1       | 54.7    | 51.5      | 49.4    |
| Contrato sin especificar                                | 0.1     | 0.0     | 0.1        | 0.0     | 0.1       | 0.1     |
| Sin contrato escrito                                    | 39.5    | 37.4    | 41.1       | 33.9    | 38.4      | 38.2    |
| No especificado   | 0.0     | 0.1     | 0.0        | 0.0     | 0.0       | 0.1     |
| Total   | 100     | 100     | 100        | 100.0   | 100.0     | 100     |
| <i>Nivel de ingresos por trabajo (salarios mínimos)</i> |         |         |            |         |           |         |
| Hasta un salario mínimo                                 | 5.2     | 9.1     | 4.0        | 5.9     | 5.8       | 9.8     |
| Más de 1 hasta 2 salarios mínimos                       | 23.0    | 30.4    | 25.2       | 43.8    | 21.9      | 28.2    |
| Más de 2 hasta 3 salarios mínimos                       | 29.4    | 23.5    | 32.9       | 22.8    | 27.8      | 23.8    |
| Más de 3 hasta 5 salarios mínimos                       | 20.1    | 16.2    | 18.9       | 11.0    | 20.8      | 17.1    |
| Más de 5 salarios mínimos                               | 10.4    | 9.0     | 7.8        | 7.7     | 11.6      | 9.3     |
| No especificado   | 11.9    | 11.7    | 11.2       | 8.9     | 12.2      | 11.8    |
| Total   | 100     | 100     | 100        | 100     | 100       | 100     |
| <i>Duración de la jornada semanal</i>                   |         |         |            |         |           |         |
| Ausentes temporales con vínculo laboral                 | 2.4     | 3.2     | 2.2        | 2.4     | 1.8       | 3.5     |
| Menos de 15 horas                                       | 1.4     | 3.7     | 0.8        | 1.5     | 0.8       | 4.3     |
| De 15 a 24 horas  | 5.0     | 9.4     | 3.6        | 5.6     | 6.0       | 10.1    |
| De 25 a 34 horas  | 4.9     | 10.8    | 4.1        | 5.2     | 4.9       | 11.8    |
| De 35 a 39 horas  | 3.8     | 6.9     | 3.4        | 4.0     | 2.3       | 7.8     |
| De 40 a 48 horas  | 42.6    | 45.9    | 47.0       | 40.8    | 58.0      | 44.0    |
| Más de 48 horas   | 39.8    | 19.6    | 38.8       | 40.3    | 26.2      | 18.5    |
| No especificado   | 0.2     | 0.4     | 0.1        | 0.2     | 0.0       | 0.1     |
| Total   | 100     | 100     | 100        | 100     | 100       | 100     |
| <i>Prestaciones</i>                                     |         |         |            |         |           |         |
| Sin prestaciones  | 35.0    | 32.4    | 35.2       | 32.1    | 34.5      | 32.6    |

|   |      |      |       |      |      |      |
|---|------|------|-------|------|------|------|
| Sólo acceso a instituciones de salud                                      | 2.8  | 2.5  | 2.9   | 2.6  | 2.7  | 2.5  |
| Acceso a instituciones de salud y otras prestaciones                      | 54.9 | 55.4 | 55.8  | 57.0 | 54.9 | 55.4 |
| No tiene acceso a instituciones de salud pero sí a otras prestaciones     | 7.3  | 9.3  | 6.2   | 8.3  | 7.9  | 9.4  |
| No especificado   | 0.1  | 0.4  | 0.0   | 0.0  | 0.0  | 0.1  |
| Total   | 100  | 100  | 100.0 | 100  | 100  | 100  |
| <i>Otras prestaciones (aguinaldo, vacaciones o reparto de utilidades)</i> |      |      |       |      |      |      |
| Con acceso a por lo menos una de ellas                                    | 61.7 | 64.5 | 61.6  | 65.0 | 62.1 | 64.3 |
| Sin acceso o no sabe  | 38.3 | 35.5 | 38.4  | 35.0 | 37.9 | 35.7 |
| Total   | 100  | 100  | 100   | 100  | 100  | 100  |
| <i>Aguinaldo</i>  |      |      |       |      |      |      |
| Recibe aguinaldo  | 61.0 | 63.6 | 60.7  | 64.4 | 61.4 | 63.5 |
| No recibe aguinaldo o no sabe   | 39.0 | 36.4 | 39.3  | 35.6 | 38.6 | 36.5 |
| Total   | 100  | 100  | 100   | 100  | 100  | 100  |
| <i>Vacaciones con goce de sueldo</i>                                      |      |      |       |      |      |      |
| Tiene vacaciones con goce de sueldo                                       | 56.2 | 58.8 | 56.2  | 60.0 | 56.5 | 58.5 |
| No tiene vacaciones con goce de sueldo o no sabe                          | 43.8 | 41.2 | 43.8  | 40.0 | 43.5 | 41.5 |
| Total   | 100  | 100  | 100   | 100  | 100  | 100  |
| <i>Reparto de utilidades</i>  |      |      |       |      |      |      |
| Recibe reparto de utilidades  | 12.5 | 9.2  | 21.8  | 22.2 | 8.6  | 7.0  |
| No recibe reparto de utilidades o no sabe                                 | 87.5 | 90.8 | 78.2  | 77.8 | 91.4 | 93.0 |
| Total   | 100  | 100  | 100   | 100  | 100  | 100  |

---

Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010.

---

En el rubro de ingresos de los asalariados no encontramos un panorama muy distinto al observado más arriba para el caso del conjunto de la población ocupada de la Ciudad de México. En ambos casos la proporción de trabajadores que gana hasta 3 salarios mínimos ronda el 60 por ciento. En los dos se presenta una desigualdad salarial por sexo expresada en el mayor porcentaje de mujeres con ingresos menores. Quizá entre los asalariados esta brecha entre los sexos es ligeramente menor si consideramos que tienen casi la misma proporción (reducida) de mujeres y hombres que ganan más de 5 salarios mínimos. Sin embargo, cuando calculamos la media y la mediana de ingresos entre las y los asalariados, la brecha de género se aprecia más claramente: las asalariadas obtienen en promedio un ingreso de \$3696.2 al mes, mientras que los asalariados perciben una remuneración de \$4351.43 mensuales. Además, la mitad de las asalariadas hasta \$3000 mensuales; en los hombres la mediana se encuentra en los \$3440 al mes.

Cuando se compara el nivel de ingresos promedio por hora, la brecha salarial por sexo en favor de los hombres asalariados no es tan grande como en el conjunto de la población ocupada y en algunos casos ni siquiera es estadísticamente significativa. No sólo eso, encontramos que entre los trabajadores subordinados y remunerados que trabajan en las jornadas más cortas, las mujeres asalariadas que laboran menos de 15 horas a la semana tienen un ingreso promedio por hora de 58.64 pesos, muy por arriba del ingreso de los asalariados con la misma extensión de jornada: 38.08 pesos por hora. En el resto de las categorías de jornada laboral, se mantiene un mayor ingreso por hora entre los varones que se agranda conforme aumentan las jornadas laborales. Sin embargo, un contraste más agudo y en perjuicio de las mujeres se presenta entre la población no asalariada. Las no asalariadas que laboran menos de 15 horas semanales ganan aproximadamente 20 pesos por hora menos que los no asalariados. De hecho, en contraste con lo que ocurre entre la población asalariada, en la no asalariada hombres y mujeres ganan casi lo mismo sólo entre quienes trabajan entre 25 y 34 horas por semana; en el resto de las categorías, los hombres ganan perceptiblemente más que las mujeres (Cuadro 3.11a).

Cuadro 3.11a

**Ciudad de México: Ingreso promedio de la población asalariada y no asalariada por duración total de la jornada de trabajo semanal por sexo, 2010**

(pesos)

| Duración de la jornada semanal | POBLACIÓN ASALARIADA |         |         | POBLACIÓN NO ASALARIADA |         |         |
|--------------------------------|----------------------|---------|---------|-------------------------|---------|---------|
|                                | TOTAL                | HOMBRES | MUJERES | TOTAL                   | HOMBRES | MUJERES |
| <b>Menos de 15 horas</b>       | 51.55                | 38.09   | 58.64   | 49.13                   | 66.07   | 40.06   |
| <b>De 15 a 24 horas</b>        | 30.76                | 31.68   | 30.04   | 30.62                   | 48.15   | 19.45   |
| <b>De 25 a 34 horas</b>        | 31.99                | 32.43   | 31.71   | 19.72                   | 20.64   | 18.83   |
| <b>De 35 a 39 horas</b>        | 29.57                | 29.73   | 29.43   | 18.87                   | 24.82   | 12.65   |
| <b>De 40 a 48 horas</b>        | 22.62                | 23.04   | 22.06   | 17.87                   | 20.89   | 11.48   |
| <b>De 49 a 56 horas</b>        | 22.60                | 24.10   | 19.29   | 19.96                   | 23.16   | 11.59   |
| <b>Más de 56 horas</b>         | 15.99                | 16.76   | 13.20   | 16.31                   | 18.06   | 10.87   |

Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010.

En general, sin hacer todavía la distinción por sexo, en los sectores secundario y terciario encontramos prácticamente el mismo tipo de distribución porcentual de la población que se presenta en el Cuadro 3.11 y, como lo hemos mencionado antes, esa clase de datos expresa una condición de relativamente alta precariedad del trabajo en la medida que encontramos una gran proporción de trabajadores con salarios bajos.

Cuando introducimos la diferenciación por sexo en el examen de los niveles salariales por sector de actividad, saltan a la vista las desigualdades más marcadas en los sectores secundario y terciario, pero en especial en el primero de ellos. El 29.2 por ciento de los hombres en el sector secundario ganan hasta 2 salarios mínimos, frente al 49.7 por ciento de las mujeres. Es decir, prácticamente la mitad de la fuerza laboral asalariada femenina de este sector tiene los ingresos más bajos; situación que, si bien es preocupante en el caso de los hombres pues casi un 30 por ciento de ellos están en la escala más baja de ingresos, no es tan dramática como en el caso de las mujeres, a menos que sean los únicos proveedores de su hogar. Por otra parte, en el rubro de los ingresos superiores a los 5 salarios mínimos no hay diferencia significativa entre mujeres y hombres en ninguno de los dos sectores, aunque al parecer el porcentaje de trabajadores de ambos sexos en ese nivel de ingresos es ligeramente mayor en el sector terciario que en el secundario (10.6 por ciento, frente a 7.8 por ciento, respectivamente).

Como en el caso del conjunto de la población ocupada, más del 50 por ciento de los asalariados (57.8 por ciento) no cuenta con acceso a instituciones de salud vía su relación laboral y prácticamente no hay diferencias entre hombres y mujeres en este rubro. De hecho, la única diferencia se encuentra una vez más cuando comparamos el sector primario con los otros dos: en el primero el porcentaje de asalariados sin acceso a instituciones de salud asciende a 88.5, mientras que en los sectores secundario y terciario en promedio un 41.6 por ciento de asalariados está en esa condición.

El caso de otras prestaciones sociales como el aguinaldo, las vacaciones con goce de sueldo y el reparto de utilidades es menos grave que el de acceso a las instituciones de salud, pues el 62.9 por ciento de las y los asalariados cuenta con al menos una de estas tres prestaciones. Las diferencias por sexo en principio hablan de una situación ligeramente más favorable entre las mujeres que entre los hombres, ya que el 64.5 por ciento de aquéllas reportó contar con al menos una de las prestaciones mencionadas, frente al 61.7 por ciento de los hombres. Marina Chávez encontró una situación similar en la que aparentemente las asalariadas a nivel nacional se encuentran mejor posicionadas que sus pares hombres respecto al acceso a las prestaciones sociales y la seguridad social, lo cual muy probablemente se debe a su amplia presencia en sectores institucionales trabajando como enfermeras o maestras; sin embargo, ella pudo corroborar que, como la tasa de crecimiento de las aseguradas a lo largo de más de diez años había sido menor que la de las mujeres sin prestaciones, en realidad las mujeres estaban accediendo al mercado laboral en condiciones más precarias que los hombres (Chávez, 2010: 183). Tanto en el sector secundario como en el terciario poco más del 60 por ciento de los asalariados tiene acceso a por lo menos una de las tres prestaciones sociales, sin que se presente desigualdad por sexo.

Por otro lado, la distribución de la población asalariada respecto a la duración de la jornada laboral no difiere mucho de la correspondiente al total de la población ocupada de la Ciudad de México que analizamos páginas atrás. Entre los asalariados también encontramos que cerca de la mitad de los trabajadores laboran en jornadas de tiempo completo, un 16.3 por ciento trabaja en jornadas menores a las 35 horas semanales, y el 31.7 por ciento trabaja más de 48 horas. En este caso igualmente hallamos diferencias muy marcadas entre hombres y mujeres: hay una mayor proporción de mujeres en las jornadas menores a las 35 horas a la semana (23.9 por ciento, frente a 11.3 por ciento de los



hombres); por el contrario, una menor proporción de asalariadas que de asalariados en las jornadas superiores al máximo legal (19.6 por ciento de mujeres y 39.8 por ciento de hombres).

Los contrastes entre unas y otros no se reducen a estos datos. No sólo las mujeres son mayoría entre los asalariados que laboran menos de 35 horas, y minoría entre los que tienen jornadas superiores al límite legal; también encontramos un patrón de edad diferenciado en cada tipo de jornada según el sexo. Así, los relativamente pocos hombres que laboran en jornadas cortas se concentran en las edades más jóvenes, quizá por tratarse de que muchos de ellos aún están en el medio escolar y mientras estudian toman empleos de tiempo parcial. En las edades intermedias disminuye el porcentaje de hombres en ese tipo de jornadas, para repuntar ligeramente hacia los 50 años y caer nuevamente. En cambio, las mujeres ingresan al mercado laboral en jornadas menores a las 35 horas sobre todo en las edades centrales (de los 25 a los 45 años), cuando es usual que muchas de ellas tengan hijos pequeños. Es decir, con base en estos datos podemos hipotetizar que, a diferencia de los hombres, las mujeres acceden a trabajos de tiempo parcial como forma de obtener ingresos sin descuidar sus responsabilidades de trabajo doméstico asociadas a la crianza de los hijos e incluso al simple hecho del estado conyugal, ya que muchas de ellas en esas edades se encuentran unidas en pareja.

Al comparar la duración de la jornada laboral por sectores, vemos que en el secundario y en el terciario los trabajadores tienen jornadas de 49 horas o más en 35.7 y 30.4 por ciento, respectivamente.

Por sexo, la comparación entre sectores confirma lo observado anteriormente: hay una menor proporción de mujeres trabajando en jornadas muy largas y un poco más en las jornadas muy cortas. Pero aporta información adicional que queremos mencionar: 1) el 60.2 por ciento de las mujeres en el sector secundario trabaja en horarios de tiempo completo (entre 35 y 48 horas semanales); esto ocurre en el 50.4 por ciento de los hombres; 2) un mayor porcentaje de mujeres que trabajan por encima de las jornadas legales se encuentra en el sector secundario (26.3 por ciento), mientras que en el sector terciario las mujeres en esa categoría son el 18.5 por ciento (esto ocurre porque el 51.8 por ciento de las ocupadas en ese sector tienen jornada de entre 35 y 48 horas y el 26.2, de menos de 35 horas); 3) en

cambio, entre los hombres que cubren jornadas mayores a 48 horas no hay diferencias significativas si se comparan los porcentajes en el sector secundario y el sector terciario (38.7 y 40.3 por ciento, respectivamente).

El conjunto de estos datos sugieren que en el fondo, tomados globalmente, no hay gran diferencia en las condiciones laborales que ofrecen los sectores secundario y terciario de la Ciudad de México. Probablemente las diferencias se encuentran más bien entre las distintas ramas dentro de cada uno de los sectores, en especial en el sector terciario, del que es conocida su composición y condiciones heterogéneas. Así por ejemplo, en una clasificación de este sector en varias ramas (comercio; restaurantes y servicios de alojamiento; transportes, comunicaciones, correo y almacenamiento; servicios profesionales, financieros y corporativos; servicios sociales; servicios diversos, y gobierno y organismos internacionales) encontramos que los sectores más vulnerables son sobre todo la rama de servicios diversos, seguida por el comercio y restaurantes y servicios de alojamiento, pues son los que tienen mayor proporción de trabajadores sin contrato escrito (en servicios diversos llega a ser el 71.4 por ciento de los trabajadores y el 88.7 por ciento de las trabajadoras), más bajos salarios (63.3 por ciento de los asalariados y 77.5 de las asalariadas en el comercio ganan hasta tres salarios mínimos; porcentajes que se incrementan significativamente en el subsector de servicios diversos: 68.7 por ciento de los hombres y 83.8 por ciento de las mujeres), menores prestaciones (en servicios diversos el 58 por ciento de los trabajadores y el 70.2 de las trabajadoras no tienen prestaciones), y jornadas más altas (el 41 por ciento de los asalariados en servicios diversos y 36.5 por ciento de las asalariadas en restaurantes y servicios de alojamiento laboran en jornadas superiores a las permitidas legalmente).

En cambio, otras ramas del sector terciario tienen condiciones más favorables. Se trata de servicios profesionales, financieros y corporativos; servicios sociales, y gobierno y organismos internacionales. En este último caso es donde se presenta la mayor proporción de contratos de base, planta o por tiempo indefinido (88.8 por ciento entre los hombres y 78.5 por ciento de las asalariadas en el subsector). En cuanto al nivel salarial, encontramos que el 28.10 por ciento de los asalariados varones del subsector de servicios sociales ganan más de 5 salarios mínimos, mientras que eso mismo ocurre entre el 16.9 por ciento de sus pares mujeres. Sin embargo, una proporción relativamente alta dentro de este sector obtiene

hasta tres salarios mínimos: 34.3 por ciento de los hombres y 42.7 por ciento de las mujeres. Respecto a la jornada laboral, encontramos que el porcentaje de trabajadoras y trabajadores en jornadas superiores al máximo legal es menor en el sector de servicios sociales: 10.8 por ciento de los asalariados y 5.6 por ciento de las asalariadas. Por último, es claro que el menor porcentaje de trabajadoras y trabajadores sin prestaciones lo encontramos en el subsector de gobierno y organismos internacionales: sólo 2.7 de los asalariados y 6.2 por ciento de las asalariadas se encuentran en esa situación dentro de esta rama.

No dejamos de notar que, pese a que estos subsectores (servicios profesionales, financieros y corporativos, así como servicios sociales y gobierno y organismos internacionales) presentan en general mejores condiciones que el primer grupo de ramas del sector terciario analizado arriba, en ambos casos se mantiene de forma muy marcada la desigualdad entre mujeres y hombres. Sin importar el indicador que miremos, encontraremos una proporción más grande de mujeres que de hombres en los valores que apuntan hacia una mayor precariedad de las condiciones laborales. La única excepción que se mantiene es la de la duración de la jornada laboral, cuyas implicaciones hemos abordado en distintos apartados de este trabajo.

### **3.2 Trabajo doméstico: Características de la población ocupada de la Ciudad de México en relación con el trabajo doméstico**

La ENOE no ofrece mucha información respecto a la realización de trabajo doméstico, lo cual en principio es entendible dado que su objetivo central es obtener datos acerca del mercado laboral, es decir, sobre las actividades definidas tradicionalmente como “económicas” o “trabajo”. En el cuestionario de ocupación y empleo, que recoge esa información para la población de 12 años y más, se indaga en la última batería de preguntas si la persona realiza cualquiera de las siguientes tareas (y el tiempo dedicado):

- a) Estudiar o tomar cursos de capacitación (incluye el tiempo dedicado a realizar trabajos escolares).
- b) Cuidar o atender sin pago, de manera exclusiva, a niños, ancianos, enfermos o discapacitados (bañarlos, cambiarlos, trasladarlos).

- c) Construir o ampliar su vivienda.
- d) Reparar o dar mantenimiento a su vivienda, muebles, aparatos electrodomésticos o vehículos.
- e) Realizar los quehaceres de su hogar (lavar, planchar, preparar y servir alimentos, barrer).
- f) Prestar servicios gratuitos a su comunidad (conseguir despensas, cuidar personas en un hospital).

De acuerdo a nuestras consideraciones teóricas sobre el trabajo doméstico, este listado de actividades contiene tareas definidas como “trabajo familiar doméstico” o actividades domésticas generales (incisos b, c, d y e). Presenta, sin embargo, dos limitaciones importantes. Por un lado, no proporciona un mayor desglose que permita distinguir, por ejemplo, las tareas destinadas a proporcionar nutrición de las que proporcionan vestido, o el tipo de tareas relacionadas con el cuidado de los hijos, en los cuales se han identificado claras diferencias de género en otros estudios (García y Oliveira, 2006; Rendón, 2003). Por otro lado, excluye las tareas domésticas auxiliares como hacer compras, realizar gestiones y pagos para servicios o trámites para la vivienda, entre otras, de las que se sabe son mayormente realizadas por los hombres.<sup>22</sup> A lo mucho aparece este tipo de tareas mezclada con el trabajo doméstico de cuidado (inciso b) cuando se menciona la tarea de transportar a las personas a las que se cuida.

Teniendo en mente estas consideraciones, utilizamos los datos proporcionados por la ENOE en torno a las actividades enunciadas en los incisos b, c, d y e para analizar, hasta donde es posible, la situación de la población ocupada femenina y masculina en relación con el trabajo doméstico no remunerado, esto es, con su participación en esta clase de actividades y con el tiempo dedicado a ellas. De ese modo podremos tener una evaluación preliminar de las desigualdades entre los sexos en este campo, así como de qué tanto el patrón de participación de unas y otros corresponde o no a los estereotipos de género tradicionales.

---

<sup>22</sup> Desde el primer trimestre de 2013 ya se incluyen estos rubros, pero esta tesis se basa en datos de 2010.

Un primer elemento a considerar es qué proporción de la población ocupada reporta haber realizado cuando menos una de las tareas domésticas. El contraste por sexo y entre el nivel nacional y la Ciudad de México es notable (Cuadro 3.12). En ambos casos más del 95 por ciento de las mujeres que trabaja para el mercado también realiza al menos una de las tareas de trabajo doméstico. En tanto, un menor porcentaje de hombres ocupados reporta haber hecho alguna de esas actividades. Pero resalta la gran diferencia entre los hombres de la metrópoli y los del conjunto del país, pues una mayor proporción de los primeros (más de dos terceras partes) reportó haber realizado trabajo doméstico en la semana de referencia, frente a aproximadamente 60 por ciento del conjunto nacional.

**Cuadro 3.12**

**Nacional y Ciudad de México: Distribución de la población ocupada por realización de al menos una tarea de trabajo doméstico según sexo, 2010**

| Trabajo doméstico                   | NACIONAL |         | CIUDAD DE MÉXICO |         |
|-------------------------------------|----------|---------|------------------|---------|
|                                     | HOMBRES  | MUJERES | HOMBRES          | MUJERES |
| <b>Realiza trabajo doméstico</b>    | 59.9     | 96.0    | 71.8             | 97.8    |
| <b>No realiza trabajo doméstico</b> | 40.1     | 4.0     | 28.2             | 2.2     |
| <b>Total</b>                        | 100      | 100     | 100              | 100     |

Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010.

Este dato puede indicarnos el mayor involucramiento de los hombres de la Ciudad de México en el trabajo doméstico, probablemente debido a las condiciones sociales, económicas y culturales más modernas que en el resto del país. Sin embargo, cuando analizamos el tiempo dedicado a este tipo de trabajo el panorama no parece tan adelantado o cercano a la equidad con respecto a las mujeres. La media de horas semanales dedicadas al trabajo doméstico por parte de las mujeres ocupadas de la Ciudad de México es de 26.03 horas; mientras que los hombres ocupados de la metrópoli le destinan en promedio 7.18 horas a la semana. Es decir, las mujeres que trabajan para el mercado pasan adicionalmente casi cuatro veces más que los hombres haciendo tareas domésticas. Si para hacer el cálculo de la media tomamos en cuenta sólo a la población ocupada que reportó haber realizado trabajo doméstico, la diferencia entre hombres y mujeres se reduce mínimamente: el promedio de ellas es de 26.60 y el de ellos es de 10.01; es decir prácticamente no varía para el caso de las mujeres y el suyo siendo más del doble de tiempo dedicado por los hombres. Estas diferencias nos hablan de la persistencia de una división sexual del trabajo

profundamente inequitativa. Asimismo, es un primer indicador en el sentido de la mayor sobrecarga de trabajo de las mujeres ocupadas.

Por cierto, la disparidad a este respecto es muy similar a nivel nacional donde las mujeres ocupadas destinan en promedio unas 26.8 horas a la semana al trabajo doméstico no remunerado, mientras que sus pares hombres sólo dedican 9.6 horas.

Otra manera de ver la desigualdad entre hombres y mujeres respecto al tiempo invertido en las tareas domésticas es comparar el número de horas dedicadas al trabajo doméstico agrupadas en distintas categorías, de forma parecida a como se compara la jornada de trabajo para el mercado (Cuadro 3.13). En la Ciudad de México, es notable cómo el 80.8 por ciento de los hombres ocupados trabajan en el ámbito doméstico hasta 14 horas, mientras que eso ocurre en el 31.3 por ciento de las mujeres ocupadas. Además, vemos que en las “jornadas de trabajo doméstico” más largas la participación de los hombres es mínima y la de las mujeres, aunque reducida, sigue siendo mayor que la de los varones. Es decir, vemos otra vez un posible indicio de la mayor sobrecarga de trabajo de las mujeres, y no parece haber diferencias muy significativas entre el nivel nacional y la Ciudad de México.

**Cuadro 3.13**

**Nacional y Ciudad de México: distribución de la población ocupada que realiza trabajo doméstico por número de horas dedicadas a este tipo de trabajo según sexo, 2010**

| Horas dedicadas         | NACIONAL |         | CIUDAD DE MÉXICO |         |
|-------------------------|----------|---------|------------------|---------|
|                         | HOMBRES  | MUJERES | HOMBRES          | MUJERES |
| <b>Menos de 1 hora</b>  | 0.4      | 0.3     | 0.1              | 0.2     |
| <b>De 1 a 14 horas</b>  | 82.0     | 27.3    | 80.7             | 31.1    |
| <b>De 15 a 34 horas</b> | 15.4     | 41.6    | 16.5             | 36.5    |
| <b>De 35 a 48 horas</b> | 1.7      | 18.9    | 2.1              | 19.5    |
| <b>Más de 48 horas</b>  | 0.5      | 11.9    | 0.5              | 12.8    |
| <b>Total</b>            | 100      | 100     | 100              | 100     |

Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010.

Ahora bien, cabe preguntarse si la existencia de ciertas características sociodemográficas marca diferencias específicas en la participación de mujeres y hombres en el trabajo doméstico, así como en el tiempo dedicado a esta clase de actividades. El primer criterio a considerar es el de la edad.

Como puede observarse en el Cuadro 3.14, entre los hombres ocupados sí existen diferencias por edad, aunque éstas no son demasiado grandes. La mayor diferencia en la participación masculina en el trabajo doméstico se encuentra entre las edades extremas: el mayor porcentaje de participación lo tienen los hombres de 14 a 19 años y el menor, los de 60 y más años. Esto podría deberse a un lento cambio generacional en la dirección de un mayor involucramiento de los hombres más jóvenes en el trabajo doméstico. En cambio, en las mujeres las diferencias de participación por edad son mucho menores. Sin importar el rango de edad, por encima del 90 por ciento de las mujeres ocupadas realiza trabajo doméstico.

Cuadro 3.14

Ciudad de México: Población ocupada por realización de trabajo doméstico y distintas características sociodemográficas según sexo, 2010

| Características        | HOMBRES                   |                              |       | MUJERES                   |                              |       |
|------------------------|---------------------------|------------------------------|-------|---------------------------|------------------------------|-------|
|                        | Realiza trabajo doméstico | No realiza trabajo doméstico | Total | Realiza trabajo doméstico | No realiza trabajo doméstico | Total |
| <i>Edad</i>            |                           |                              |       |                           |                              |       |
| 14 a 19 años           | 77.7                      | 22.3                         | 100   | 91.2                      | 8.8                          | 100   |
| 20 a 29 años           | 74.1                      | 25.9                         | 100   | 97.6                      | 2.4                          | 100   |
| 30 a 39 años           | 77.3                      | 22.7                         | 100   | 98.5                      | 1.5                          | 100   |
| 40 a 49 años           | 67.8                      | 32.2                         | 100   | 98.0                      | 2.0                          | 100   |
| 50 a 59 años           | 66.7                      | 33.3                         | 100   | 98.0                      | 2.0                          | 100   |
| 60 años y más          | 64.8                      | 35.2                         | 100   | 98.4                      | 1.6                          | 100   |
| <i>Estado conyugal</i> |                           |                              |       |                           |                              |       |
| Unión libre            | 70.7                      | 29.3                         | 100   | 98.4                      | 1.6                          | 100   |
| Separado               | 79.0                      | 21.0                         | 100   | 99.0                      | 1.0                          | 100   |
| Divorciado             | 77.7                      | 22.3                         | 100   | 98.1                      | 1.9                          | 100   |
| Viudo                  | 79.0                      | 21.0                         | 100   | 98.9                      | 1.1                          | 100   |
| Casado                 | 69.6                      | 30.4                         | 100   | 98.5                      | 1.5                          | 100   |
| Soltero                | 75.0                      | 25.0                         | 100   | 96.7                      | 3.3                          | 100   |
| <i>Parentesco</i>      |                           |                              |       |                           |                              |       |
| Jefe(a)                | 71.2                      | 28.8                         | 100   | 97.6                      | 2.4                          | 100   |
| Cónyuge                | 74.4                      | 25.6                         | 100   | 98.6                      | 1.4                          | 100   |
| Hija(o)                | 72.0                      | 28.0                         | 100   | 96.8                      | 3.2                          | 100   |
| Otro                   | 74.7                      | 25.3                         | 100   | 98.1                      | 1.9                          | 100   |
| <i>Escolaridad</i>     |                           |                              |       |                           |                              |       |
| Sin escolaridad        | 70.9                      | 29.1                         | 100   | 97.5                      | 2.5                          | 100   |
| Primaria               | 67.3                      | 32.7                         | 100   | 98.5                      | 1.5                          | 100   |
| Secundaria             | 73.8                      | 26.2                         | 100   | 99.1                      | 0.9                          | 100   |
| Medio superior         | 74.5                      | 25.5                         | 100   | 97.6                      | 2.4                          | 100   |
| Superior               | 70.8                      | 29.2                         | 100   | 96.9                      | 3.1                          | 100   |
| Superior (posgrado)    | 68.7                      | 31.3                         | 100   | 97.2                      | 2.8                          | 100   |
| <i>Número de hijos</i> |                           |                              |       |                           |                              |       |



| Características  | HOMBRES                   |                              |       | MUJERES                   |                              |       |
|--|---------------------------|------------------------------|-------|---------------------------|------------------------------|-------|
|  | Realiza trabajo doméstico | No realiza trabajo doméstico | Total | Realiza trabajo doméstico | No realiza trabajo doméstico | Total |
| Sin hijos  | -                         | -                            | -     | 96.1                      | 3.9                          | 100   |
| De 1 a 2 hijos   | -                         | -                            | -     | 98.6                      | 1.4                          | 100   |
| De 3 a más hijos   | -                         | -                            | -     | 98.6                      | 1.4                          | 100   |
| Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010. |                           |                              |       |                           |                              |       |

Cuando analizamos el tiempo dedicado al trabajo doméstico por parte de quienes reportaron haber hecho al menos una tarea de este tipo de actividades observamos que en todos los grupos de edad por arriba del 75 por ciento de los hombres le dedican menos de 15 horas (Cuadro 3.15). El mayor porcentaje se encuentra entre los más jóvenes (89.5 por ciento), y el menor en los más viejos (79.6 por ciento). Si a estos porcentajes se les suman los de la categoría de 15 a 34 horas, en todos los grupos de edad casi se llega al cien por ciento de los casos. Es muy bajo el porcentaje de hombres que destinan entre 35 y 48 horas semanales al trabajo doméstico, y realmente ínfimo el que sobrepasa las 48 horas, en cualquier grupo de edad. Esto nos habla del hecho de que una relativamente alta participación de los hombres en el trabajo doméstico, no significa que le dediquen muchas horas a la semana, o al menos, el tiempo equivalente al que invierten las mujeres que también laboran en el mercado de trabajo, como vemos a continuación.

En efecto, el caso de las mujeres es distinto. En ellas es menor el porcentaje de las muy jóvenes que dedican menos de 15 horas a la semana (66.5 por ciento) a las tareas del hogar, y es aún menor el porcentaje de mujeres de 40 a 49 años en esa misma condición (24.2 por ciento). Esto último, porque las mujeres de más de 40 años en alrededor de un 42 por ciento dedican entre 15 y 34 horas semanales a las tareas del hogar. Llama poderosamente la atención que los porcentajes de mujeres que hacen trabajo doméstico más de 48 horas a la semana no son nada despreciables justo en las edades más productivas, pues van de entre 12 a casi 20 por ciento entre los 20 y los 49 años. Es entre los 30 y los 39 años que alcanza el 19.6 por ciento. Este dato es particularmente relevante, pues hay que recordar que estamos hablando de mujeres ocupadas, es decir, aquéllas que se desempeñan en el mercado laboral y además cubren largas jornadas de trabajo doméstico. Así, nos encontramos frente a otro indicador de sobrecarga de trabajo femenina. En los hombres no ocurre algo parecido en ninguno de los grupos de edad ni, como veremos a continuación, bajo ninguna otra característica sociodemográfica.

Cuadro 3.15

Ciudad de México: Población ocupada que realiza trabajo doméstico por horas dedicadas a este tipo de trabajo y distintas características sociodemográficas según sexo, 2010

| Características        | HOMBRES         |              |               |               |                 |       | MUJERES         |              |               |               |                 |       |
|------------------------|-----------------|--------------|---------------|---------------|-----------------|-------|-----------------|--------------|---------------|---------------|-----------------|-------|
|                        | Menos de 1 hora | 1 a 14 horas | 15 a 34 horas | 35 a 48 horas | Más de 48 horas | Total | Menos de 1 hora | 1 a 14 horas | 15 a 34 horas | 35 a 48 horas | Más de 48 horas | Total |
| <i>Edad</i>            |                 |              |               |               |                 |       |                 |              |               |               |                 |       |
| 14 a 19 años           | 0.0             | 89.5         | 9.8           | 0.7           | 0.0             | 100   | 0.0             | 66.5         | 22.1          | 4.0           | 7.4             | 100   |
| 20 a 29 años           | 0.1             | 84.8         | 14.1          | 0.8           | 0.2             | 100   | 0.7             | 42.5         | 28.4          | 15.5          | 13.0            | 100   |
| 30 a 39 años           | 0.2             | 76.9         | 18.4          | 3.2           | 1.3             | 100   | 0.1             | 24.5         | 32.4          | 23.3          | 19.6            | 100   |
| 40 a 49 años           | 0.0             | 78.5         | 18.3          | 2.8           | 0.4             | 100   | 0.0             | 24.2         | 42.2          | 21.2          | 12.4            | 100   |
| 50 a 59 años           | 0.0             | 81.6         | 16.2          | 2.2           | 0.0             | 100   | 0.0             | 26.9         | 45.5          | 21.5          | 6.1             | 100   |
| 60 años y más          | 0.5             | 79.6         | 17.8          | 1.6           | 0.6             | 100   | 0.0             | 36.1         | 46.7          | 14.3          | 3.0             | 100   |
| <i>Estado conyugal</i> |                 |              |               |               |                 |       |                 |              |               |               |                 |       |
| Unión libre            | 0.0             | 74.5         | 20.2          | 4.4           | 0.8             | 100   | 0.0             | 13.2         | 33.3          | 27.8          | 25.7            | 100   |
| Separado               | 0.0             | 79.2         | 19.0          | 0.0           | 1.9             | 100   | 0.0             | 24.0         | 44.0          | 19.0          | 12.9            | 100   |
| Divorciado             | 0.0             | 71.3         | 24.0          | 4.7           | 0.0             | 100   | 0.0             | 39.2         | 39.6          | 15.8          | 5.4             | 100   |
| Viudo                  | 0.0             | 64.8         | 33.5          | 1.7           | 0.0             | 100   | 0.0             | 25.2         | 45.3          | 22.4          | 7.1             | 100   |
| Casado                 | 0.2             | 78.5         | 18.8          | 1.8           | 0.6             | 100   | 0.1             | 17.7         | 38.2          | 27.3          | 16.8            | 100   |
| Soltero                | 0.0             | 89.0         | 9.2           | 1.5           | 0.3             | 100   | 0.4             | 52.2         | 32.8          | 8.8           | 5.8             | 100   |
| <i>Parentesco</i>      |                 |              |               |               |                 |       |                 |              |               |               |                 |       |
| Jefe(a)                | 0.1             | 77.5         | 19.2          | 2.5           | 0.7             | 100   | 0.0             | 30.0         | 40.5          | 20.4          | 9.1             | 100   |
| Cónyuge                | 0.0             | 75.0         | 19.7          | 5.3           | 0.0             | 100   | 0.1             | 13.8         | 38.6          | 28.0          | 19.6            | 100   |
| Hija(o)                | 0.0             | 88.9         | 9.5           | 1.3           | 0.2             | 100   | 0.0             | 51.3         | 31.6          | 9.2           | 7.9             | 100   |
| Otro                   | 0.0             | 80.5         | 17.5          | 1.2           | 0.6             | 100   | 0.6             | 47.3         | 31.4          | 11.2          | 8.5             | 100   |
| <i>Escolaridad</i>     |                 |              |               |               |                 |       |                 |              |               |               |                 |       |
| Sin escolaridad        | 0.0             | 72.6         | 21.1          | 6.3           | 0.0             | 100   | 0.0             | 26.3         | 43.3          | 18.8          | 11.7            | 100   |
| Primaria               | 0.0             | 82.8         | 15.9          | 1.1           | 0.3             | 100   | 0.0             | 23.1         | 42.5          | 22.0          | 12.4            | 100   |
| Secundaria             | 0.1             | 79.5         | 17.0          | 2.6           | 0.9             | 100   | 0.7             | 22.9         | 37.1          | 22.8          | 16.4            | 100   |
| Medio                  | 0.2             | 80.8         | 17.1          | 1.6           | 0.2             | 100   | 0.0             | 31.5         | 34.4          | 19.3          | 14.8            | 100   |

| Características     | HOMBRES         |              |               |               |                 |       | MUJERES         |              |               |               |                 |       |
|---------------------|-----------------|--------------|---------------|---------------|-----------------|-------|-----------------|--------------|---------------|---------------|-----------------|-------|
|                     | Menos de 1 hora | 1 a 14 horas | 15 a 34 horas | 35 a 48 horas | Más de 48 horas | Total | Menos de 1 hora | 1 a 14 horas | 15 a 34 horas | 35 a 48 horas | Más de 48 horas | Total |
| superior            |                 |              |               |               |                 |       |                 |              |               |               |                 |       |
| Superior            | 0.1             | 81.5         | 15.4          | 2.2           | 0.8             | 100   | 0.0             | 39.9         | 33.8          | 16.2          | 10.1            | 100   |
| Superior (posgrado) | 0.0             | 75.9         | 19.3          | 4.8           | 0.0             | 100   | 0.0             | 51.5         | 26.8          | 15.7          | 5.9             | 100   |
| Número de hijos     |                 |              |               |               |                 |       |                 |              |               |               |                 |       |
| Sin hijos           | -               | -            | -             | -             | -               | -     | 0.5             | 64.7         | 30.2          | 3.8           | 0.8             | 100   |
| 1 a 2 hijos         | -               | -            | -             | -             | -               | -     | 0.1             | 17.7         | 36.5          | 26.8          | 18.9            | 100   |
| 3 o más hijos       | -               | -            | -             | -             | -               | -     | 0.0             | 17.9         | 42.6          | 24.1          | 15.5            | 100   |

Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010.

Al parecer, el estado conyugal es un factor que genera mayor diferenciación en la participación de los hombres ocupados en el trabajo doméstico (Cuadro 3.14). El estar unidos en pareja (ya sea casados o en unión libre) implica un menor porcentaje de participación masculina, de entre 69.6 y 70.7 por ciento, frente a 75 por ciento de los solteros, 77.7 de los divorciados y 79 por ciento de separados y viudos. Caso muy diferente al de las mujeres, en las cuales, sin importar el estado conyugal, su porcentaje de participación en las tareas domésticas es mayor al 95 por ciento.

Por otro lado, en los hombres que sí hacen trabajo doméstico, encontramos que la mayoría, sin importar su estado conyugal, dedican menos de 15 horas a la semana a este trabajo (por encima del 60 por ciento). En los solteros es el 89 por ciento, 79.2 por ciento de los separados, 78.5 por ciento de los casados, 74.5 por ciento de los que están en unión libre, 71.3 por ciento de los divorciados y 64.8 por ciento de los viudos (Cuadro 3.15). En la categoría de 15 a 34 horas el mayor porcentaje de participación lo encontramos entre los viudos (33.5 por ciento), y el menor entre los solteros (9.2 por ciento); mientras que la participación de los unidos en pareja en este tipo de jornada es de alrededor de 20 por ciento.

En las mujeres, los porcentajes mayores los encontramos en el rango de 15 a 34 horas a la semana, particularmente entre las separadas (44 por ciento) y las viudas (45.3 por ciento). En la categoría de 35 a 48 horas los mayores porcentajes de participación están entre las mujeres unidas en pareja (27.8 por ciento de las que están en unión libre y 27.3 por ciento de las casadas). Al igual que en el cruce del tiempo dedicado al trabajo doméstico por grupos de edad, en el cruce por estado conyugal encontramos porcentajes considerablemente más altos de mujeres ocupadas que destinan más de 48 horas a la semana a estas actividades. Las proporciones más altas se encuentran entre las mujeres unidas: 16.8 por ciento de las casadas y alrededor de una cuarta parte de las que están en unión libre. Esto se debe a que para las mujeres vivir en pareja implica mayor carga de trabajo doméstico, independientemente de si al igual que los varones realizan trabajo para el mercado. En términos de la división sexual del trabajo, este dato encaja con otro que veíamos más arriba: los hombres unidos son los que reportan en menor porcentaje hacer trabajo doméstico, pues probablemente en ese estado conyugal son mayoritariamente las mujeres quienes asumen la carga doméstica.

El parentesco es otra variable a considerar en la valoración de la participación de mujeres y hombres en el trabajo doméstico. En los hombres ocupados observamos que en las tres categorías principales (jefe de hogar, cónyuge del jefe o la jefa de hogar e hijo) su participación se encuentra por arriba del 70 por ciento. La principal diferencia, aunque mínima, se encuentra entre el jefe de hogar (71 por ciento) y el cónyuge (74 por ciento). En las mujeres encontramos menores diferencias por parentesco: el 97.6 por ciento de las jefas, 98.6 por ciento de cónyuges y 96.8 por ciento de las hijas realizan trabajo doméstico.

Al analizar la jornada de trabajo doméstico que la población ocupada cubre semanalmente, destaca, como en los casos de las otras variables sociodemográficas, que entre los hombres no hay diferencias muy grandes por parentesco: 77 por ciento de los jefes, 75 por ciento de los cónyuges dedican menos de 15 horas a la semana. En esta categoría la mayor diferencia se encuentra con respecto a los hijos, pues el 88.9 por ciento de ellos están en esta situación de destinar pocas horas semanales a este trabajo. Casi el 20 por ciento de los jefes y los cónyuges cubren una jornada semanal de trabajo doméstico de entre 15 y 34 horas, mientras que esto ocurre en sólo el 9.5 por ciento de los hijos.

Entre las mujeres, las diferencias en la duración de la jornada de trabajo doméstico son mayores por parentesco. El 30 por ciento de las jefas, 13.8 por ciento de las cónyuges del jefe o jefa y el 51.3 por ciento de las hijas hacen este tipo de trabajo durante menos de 15 horas a la semana. Correlativamente, un mayor porcentaje de jefas (40.5 por ciento) y cónyuges (38.6 por ciento) que de hijas (31.6 por ciento) hacen trabajo doméstico entre 15 y 34 horas a la semana. En cuanto a las jornadas mayores a las 48 horas semanales, la situación es muy parecida en jefas e hijas, pues menos del 10 por ciento de cada categoría cubre este tipo de jornada de trabajo doméstico. En cambio, casi un 20 por ciento de las cónyuges del jefe de hogar se ubica en esta duración de jornada de trabajo doméstico. Nuevamente hay que recordar que estos datos son respecto a mujeres ocupadas y representan un indicio de la presencia de una doble o triple jornada. Además, el hecho de que sean las cónyuges del jefe de hogar y las mujeres unidas en general las que en mayor medida cubran mayores jornadas de trabajo doméstico, nos habla de que una parte de la carga de trabajo doméstico de las mujeres se encuentra fuertemente vinculada a su posición en el hogar en cuanto a su situación de pareja; lo cual nos remite directamente al asunto del reparto de tareas entre los sexos en el interior de las parejas, pero también entre los hijos e

hijas pues, como vimos, es mayor el porcentaje de hijos varones (88.9 por ciento frente al 51.3 por ciento de las hijas) que dedican muy pocas horas semanales al trabajo doméstico. Así pues, puede ser un factor muy importante en cuanto al reparto de la carga de trabajo doméstico, pero siempre se encuentra mediado por los papeles asignados socialmente por género.

Otro indicador a tomar en cuenta es el nivel educativo medido a través del grado de escolaridad alcanzado. De acuerdo a los datos de la ENOE, no puede decirse necesariamente que los hombres ocupados participan en el trabajo doméstico en mayor porcentaje entre más sea elevado su nivel de estudios. Ni en mujeres ni en hombres se observa una relación lineal al respecto. El 70.9 por ciento de los hombres ocupados sin escolaridad dijo haber participado en la realización de trabajo doméstico, mientras que eso mismo ocurrió en un 70.8 por ciento de los que tienen un nivel educativo de licenciatura. El mayor porcentaje de participación masculina en las tareas domésticas está en el nivel de preparatoria, con un 74.5 por ciento; le sigue secundaria, con un 73.8 por ciento. El porcentaje más bajo se encontró entre los ocupados con nivel de primaria (67.3 por ciento). En las mujeres existen aún menos diferencias por nivel educativo. En todos los casos sus niveles de participación están por encima del 95 por ciento. El más bajo se encuentra en el nivel licenciatura (96.9 por ciento) y el más alto en el de secundaria (99.1 por ciento).

Las diferencias se presentan nuevamente en el tiempo invertido, pero aquí tampoco es lineal la variación. Como ocurre en las anteriores, en la variable de nivel de escolaridad también encontramos que arriba del 70 por ciento de los hombres trabaja en el ámbito doméstico menos de 15 horas. El menor porcentaje observado en esta categoría se encuentra entre los hombres que no cuentan con escolaridad (72.6 por ciento), mientras que la mayor proporción se ubica en los ocupados con nivel de primaria (82.8 por ciento). Asimismo advertimos que en la siguiente categoría, la mayor proporción se encuentra entre los hombres sin escolaridad (21.1 por ciento); en segundo lugar se ubican los que tienen el mayor nivel educativo. Es decir, los ocupados que más tiempo dedican al trabajo doméstico son los que se encuentran en los extremos en cuanto a nivel educativo se refiere.

En las mujeres parece ocurrir, a manera muy general, que entre mayor nivel educativo, hay una menor dedicación de tiempo al trabajo doméstico. Esta no es una

tendencia absoluta. Sin embargo, la mitad de las mujeres del mayor nivel de escolaridad realizan menos de 15 horas de trabajo doméstico; mientras que eso ocurre sólo en alrededor de un cuarto de la población ocupada femenina que no tiene escolaridad o que sólo ha llegado a primaria o secundaria. El 43.3 por ciento de las ocupadas que sólo estudiaron hasta la primaria trabaja entre 14 y 34 horas semanales; en tanto, una situación similar se observa en el 26.8 por ciento de las ocupadas con el mayor nivel educativo. Por otro lado, son las mujeres con escolaridad de secundaria las que en mayor proporción (16.4 por ciento) hacen trabajo doméstico más de 48 horas a la semana; mientras que esto ocurre sólo en el 5.9 por ciento de las ocupadas con un nivel educativo superior al de licenciatura. Este fenómeno puede deberse a que las mujeres con un nivel educativo medio superior o superior tienen más probabilidades de acceder a empleos mejor remunerados, los cuales les permiten contratar servicios o comprar mercancías que sustituyan el trabajo doméstico que en otras condiciones ellas harían. Asimismo, no se descarta la posibilidad de que estas mujeres se encuentren en mejores condiciones para negociar con sus parejas (u otros miembros del hogar) el reparto de tareas domésticas.

Una última característica sociodemográfica a considerar en relación con el trabajo doméstico es la del número de hijos por mujer. En este indicador se repite lo ya observado en los anteriores: no se registran diferencias significativas en la participación femenina en el trabajo doméstico según el número de hijos (ya sea que tengan de uno a dos hijos o de tres y más, la participación es del 98.6 por ciento). Incluso entre las que no tienen hijos, la participación en el trabajo doméstico es elevada (96.1 por ciento).

La diferencia se encuentra en la carga de trabajo realizada, medida a través del tiempo semanal dedicado a este trabajo. La mayoría de las mujeres ocupadas que no tienen hijos (65.2 por ciento) dedica menos de 15 horas semanales al trabajo doméstico. En cambio, esto ocurre sólo en alrededor del 18 por ciento de las que tienen al menos un hijo. Consecuentemente, son mayores los porcentajes de trabajadoras en las jornadas de trabajo doméstico de entre 15 a 34 horas en las mujeres con más hijos. La otra distinción significativa que refuerza este planteamiento, es que menos del uno por ciento de las mujeres sin hijos cubre jornadas de trabajo doméstico semanales superiores a las 48 horas; mientras que la proporción de las mujeres de 1 a 2 hijos es mayor, pues alcanza el 18.9 por ciento. En las mujeres de 3 a más hijos, el porcentaje es ligeramente menor (15.5 por



ciento) quizá debido a que las mujeres con más prole van delegando tareas domésticas a los hijos o hijas mayores conforme éstos van creciendo.

En suma, tener o no tener hijos, así como el número de éstos, sí parece ser un factor importante en relación con la cantidad de horas que las mujeres ocupadas destinan al trabajo doméstico. Esto nos hace suponer que una buena parte del tiempo invertido en trabajo doméstico por parte de las trabajadoras se refiere al cuidado de los hijos. Este dato nos sugiere la importancia del trabajo doméstico de cuidado en las mujeres; lo cual, a su vez, nos habla de la persistencia de aquellos estereotipos de género que asignan a las mujeres el rol de cuidadoras en la división sexual del trabajo. Lamentablemente no contamos con la información correspondiente para el caso de los varones. La relación entre número de hijos y tiempo dedicado al trabajo doméstico por parte de los hombres nos permitiría corroborar si efectivamente la asignación del rol de cuidadoras a las mujeres – expresada en la fuerte relación entre tiempo de trabajo doméstico y número de hijos– encuentra su correlación en la falta de relación entre esas variables en los hombres.

## **Consideraciones finales**

Así, con estos datos podemos corroborar las diferencias entre hombres y mujeres tanto en el mercado de trabajo como en el trabajo doméstico. En el primer caso las más grandes de estas diferencias se encuentran en el grado de participación: sigue siendo menor la tasa de participación femenina en el trabajo para el mercado que la masculina. En cuanto a las condiciones laborales, aparentemente no existen demasiadas desigualdades por sexo en la población ocupada de la Ciudad de México en el acceso a prestaciones sociales, que entre unas y otros es equivalente; pero sí es notable, la persistente desigualdad en el ingreso por trabajo y también en la extensión de las jornadas laborales en uno y otro caso, en general mayores entre los trabajadores y menores entre las trabajadoras.

En el cruce entre estos dos últimos factores –duración de la jornada laboral y monto de ingresos por trabajo– corroboramos que la desigualdad salarial más desventajosa de las mujeres no se explica simplemente porque ellas trabajen menos horas a la semana puesto que sin importar si trabajan jornadas cortas o extensas, en la gran mayoría de los casos ganan menos por hora que los hombres.

En el caso del trabajo doméstico, observamos que si bien la participación masculina en él es relativamente mayor que la que se presenta a nivel nacional, es menor en todos los casos a la observada entre las mujeres. Llama la atención que aun formando parte de la población ocupada, más del 90 por ciento de las mujeres participa en el trabajo doméstico dentro de sus hogares. Pero quizá la mayor desigualdad vista hasta ahora se encuentra al comparar el tiempo dedicado a este tipo de trabajo: mientras que una gran proporción de las ocupadas dedica jornadas semanales completas al trabajo doméstico, los hombres ocupados que reportaron haber realizado ese trabajo en la semana de referencia le destinaron, en alrededor de 80 por ciento, menos de 15 horas, sin importar sus características sociodemográficas.

Estos indicios apuntan hacia un mantenimiento de los roles tradicionales de la división sexual del trabajo aun en población femenina y masculina que comparte la característica de participar en el mercado de trabajo. Es decir, podría esperarse que en alguna medida esta población participara en proporción y tiempo parecido en el trabajo doméstico; sin embargo esto no ocurre, lo cual nos sugiere que el desiderátum femenino y masculino tiene un peso aún muy grande en la forma en que unas y otros se insertan en cada tipo de trabajo.

¿Significa esto que las condiciones laborales pasan totalmente a un segundo plano en la definición de la forma en que las y los ocupados participan en el trabajo doméstico? Analizaremos esta cuestión en el siguiente capítulo.

## **CAPÍTULO 4**

### **Trabajo para el mercado y trabajo doméstico: una mirada de conjunto**

A lo largo de este trabajo hemos visto que la desigualdad entre mujeres y hombres sigue siendo una constante en la forma y en las condiciones de su participación en el mercado laboral, pero también en el trabajo doméstico; es decir, en un sentido global, en la división sexual del trabajo. Incluso hemos tenido una primera aproximación a la manera diferenciada en que mujeres y hombres ocupados participan en las tareas domésticas según varias características sociodemográficas. Es preciso ampliar esa aproximación con una mirada de conjunto; en otras palabras, hace falta abordar la relación que puede tener la participación tanto en el mercado laboral como en el espacio doméstico. Lo que se busca en este cuarto y último capítulo es determinar en qué medida las condiciones laborales juegan un papel en la realización o no del trabajo doméstico y el tiempo dedicado a él, a través del análisis descriptivo e inferencial de los datos sobre mercado laboral, trabajo doméstico y características sociodemográficas de la población ocupada masculina y femenina de la Ciudad de México.

Para realizar este propósito, hemos dividido este capítulo en dos partes. En la primera complementamos el análisis descriptivo iniciado en el capítulo anterior. Se trata de dar un paso más en el estudio del trabajo doméstico de la población ocupada, pero ahora a la luz de sus condiciones laborales. Con ello veremos la magnitud de la participación de mujeres y hombres en el trabajo doméstico, así como el tiempo que le dedican a este trabajo, por cada una de las condiciones laborales seleccionadas: posición en el trabajo, acceso a prestaciones de salud, ingresos por trabajo y jornada laboral. Para cerrar esa sección, mostraremos un indicador por demás relevante pues resume la desigualdad de género que entraña la división sexual del trabajo: la carga global de trabajo.

En la segunda parte, presentamos el resultado de dos modelos de regresión con los que se intenta indagar qué factores estarían condicionando la probabilidad de participar en el trabajo doméstico (modelo de regresión logística) y cuáles se vincularían a la

probabilidad de dedicar más o menos horas (en promedio) a dicho trabajo entre la población ocupada (modelo de regresión lineal múltiple). Veremos que si bien el sexo sigue siendo un factor determinante, algunas condiciones laborales también tienen cierto papel que convendrá estudiar a mayor profundidad en investigaciones futuras.

#### **4.1 ¿Quién hace qué y qué tanto?: participación en el trabajo doméstico de acuerdo a algunas condiciones laborales**

Como vimos en el tercer capítulo de este trabajo, prácticamente sin importar las características sociodemográficas consideradas, más de 95 por ciento de las mujeres ocupadas realiza al menos una actividad de trabajo doméstico dentro de su hogar, mientras que lo mismo ocurre para poco más del 70 por ciento de los ocupados. Es decir, aun al insertarse en el mercado laboral, las mujeres no abandonan su papel socialmente asignado dentro de la división sexual del trabajo, lo cual puede representar el ejercicio de una doble jornada que a su vez suele suponer una sobrecarga de trabajo en la población ocupada femenina, como veremos más adelante.

##### ***Para contextualizar:***

Por ahora, como idea introductoria para el abordaje conjunto de los dos tipos de trabajo tratados aquí, presentamos la comparación de la distribución de la población de 14 años y más y de la población ocupada en distintas actividades (Cuadro 4.1). En el primer caso, sobresale el hecho de que casi el 32 por ciento de los hombres de 14 años y más en el conjunto del país y el 21 por ciento de la Ciudad de México se dedican sólo al trabajo para el mercado; frente a 1.4 por ciento de las mujeres a nivel nacional y menos de uno por ciento en la Ciudad. En contraste, ocho por ciento de los varones de la Ciudad y siete por ciento del país se dedica de manera exclusiva al trabajo doméstico, mientras que eso ocurre en el 44 por ciento de las mujeres del conjunto del país y en 40 por ciento de las de la Ciudad (Cuadro 4.1). Hay, pues, dos diferencias fundamentales a destacar:

- 1) Entre los hombres ocupados de la Ciudad y los del conjunto del país, una mayor proporción de varones a nivel nacional tiene dedicación exclusiva al trabajo para el mercado, comparado con la ciudad. Por otra parte, una proporción importante de trabajadores de la Ciudad combina trabajo para el

mercado con el trabajo doméstico (51.8 frente a 41.8 por ciento). Ello implica, evidentemente, una mayor incursión de la población ocupada masculina de la Ciudad de México en el trabajo doméstico que la observada a nivel nacional, situación que se puede deber a la condición de vanguardia económica y cultural que ostenta la capital, como hemos comentado anteriormente.

- 2) Existe también una diferencia entre las mujeres ocupadas de la Ciudad de México y las del conjunto del país. En el país, una mayor proporción se dedica de forma exclusiva al trabajo doméstico en mayor porcentaje que las de la Ciudad. En contraparte, combinan en menor proporción el trabajo para el mercado con el trabajo doméstico (38.6 por ciento frente a 42.5 por ciento). Así, las mujeres de la metrópoli central participan más en el mercado laboral, como veíamos en el capítulo anterior, pero muy pocas se dedican de forma exclusiva a él, pues combinan esa actividad sobre todo con la realización de quehaceres domésticos en sus hogares. Es notable, no obstante, que aunque en menor proporción que en el país, aún haya un porcentaje respetable de mujeres que sólo se desempeñan en el trabajo doméstico no remunerado.
- 3) A su vez, las dos diferencias, en conjunto, indican que allí donde la mujer participa más en el mercado de trabajo, la probabilidad de que los varones hagan lo mismo en el trabajo doméstico, sería mayor.

Además de que estos indicadores nos hablan de la prevalencia muy marcada de un principio de división sexual del trabajo con roles tradicionales todavía operando en hombres y mujeres, llama la atención que una proporción equivalente de ocupados de ambos sexos se dedican sólo a estudiar, y también en proporciones similares combinan el trabajo para el mercado y el estudio, así como quienes combinan el trabajo doméstico, el estudio y el trabajo para el mercado. En estos rubros no hay diferencias importantes entre la gran metrópoli y el conjunto del país (Cuadro 4.1).

**Cuadro 4.1**

**Ciudad de México: Distribución de la población de 14 años y más por realización de actividades y sexo, 2010**

(porcentajes)

| Actividades                           | NACIONAL |         | CIUDAD DE MÉXICO |         |
|---------------------------------------|----------|---------|------------------|---------|
|                                       | HOMBRES  | MUJERES | HOMBRES          | MUJERES |
| Sólo PEA                              | 31.7     | 1.4     | 20.7             | 0.8     |
| PEA y estudian                        | 1.4      | 0.3     | 1.1              | 0.2     |
| PEA y quehaceres domésticos           | 41.8     | 38.6    | 51.8             | 42.5    |
| PEA, estudian y quehaceres domésticos | 2.5      | 2.3     | 2.7              | 2.4     |
| Estudian                              | 11.4     | 11.7    | 13.5             | 13.2    |
| Quehaceres domésticos                 | 7.0      | 44.6    | 8.2              | 40.0    |
| Servicios gratuitos a su comunidad    | 0.0*     | 0.0*    | -                | -       |
| Ninguna de las anteriores             | 3.9      | 1.1     | 2.0              | 0.8     |
| <b>Total</b>                          | 100      | 100     | 100              | 100     |

\* Unos pocos casos; no llegan al 0.1 por ciento.

\*\* No se presentaron casos

Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010.

Más ilustrativo es el Cuadro 4.2 para nuestros propósitos, pues muestra los tipos de actividades que realiza la población ocupada masculina y femenina total del país y de la Ciudad de México. En ambos casos la inmensa mayoría de las mujeres ocupadas combina su actividad laboral con los quehaceres domésticos. Apenas casi el dos por ciento de ellas se dedica de manera exclusiva al trabajo para el mercado y menos del uno por ciento estudia y trabaja. En cambio, la proporción de hombres ocupados que combinan su actividad laboral con los quehaceres domésticos no llega al 70 por ciento, mientras que los que se dedican exclusivamente al trabajo para el mercado representan 28.5 por ciento de la población ocupada masculina de la Ciudad. Este último porcentaje aún menor al observado a nivel nacional (41.9 por ciento), lo cual confirma que el grado de especialización masculina en el trabajo para el mercado es menor que en la Ciudad de México.

La proporción de casos en que las y los ocupados combinan el trabajo para el mercado con el trabajo doméstico y el estudio es similar entre hombres y mujeres, por lo que podemos decir que la mayor diferencia se encuentra entre la dedicación exclusiva al trabajo para el mercado y la realización conjunta de éste y trabajo doméstico, siempre

apuntando hacia unos roles de género compatibles con la división sexual del trabajo tradicional.

**Cuadro 4.2**

**Ciudad de México: Distribución de la población ocupada por realización de actividades y sexo, 2010**

(porcentajes)

| Actividades                           | NACIONAL |         | CIUDAD DE MÉXICO |         |
|---------------------------------------|----------|---------|------------------|---------|
|                                       | HOMBRES  | MUJERES | HOMBRES          | MUJERES |
| Sólo PEA                              | 41.9     | 3.5     | 28.5             | 1.9     |
| PEA y estudian                        | 1.9      | 0.6     | 1.5              | 0.4     |
| PEA y quehaceres domésticos           | 53.0     | 90.7    | 66.7             | 92.9    |
| PEA, estudian y quehaceres domésticos | 3.2      | 5.2     | 3.3              | 4.8     |
| <b>Total</b>                          | 100      | 100     | 100              | 100     |

Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010.

### ***Trabajo doméstico y condiciones laborales***

#### ***1. Participación***

Ahora bien, ¿existen diferencias en la participación de la población ocupada masculina y femenina en el trabajo doméstico en función de sus condiciones laborales? Aquí presentamos un breve examen a partir de las siguientes condiciones: posición en el trabajo, tipo de ocupación, ingresos, prestaciones de salud y jornada laboral.

Antes de entrar en los detalles de la revisión de otras condiciones laborales, es importante mencionar que hemos introducido una variable adicional a las que manejamos en el tercer capítulo: el tipo de ocupación. Esta nueva variable, que se refiere específicamente a lo que la persona realiza (tareas, funciones, etc.), está directamente relacionada con el perfil de la o el trabajador y sus características sociodemográficas más que con el mercado de trabajo donde se inserta. El tipo de ocupación junto con la posición en el trabajo y puede ser pertinente en el análisis de la participación de mujeres y hombres ocupados en el trabajo doméstico. En otros estudios se ha encontrado que hay una relación entre la participación en este trabajo y el tipo de ocupación desempeñada en el mercado laboral, definida ésta en primera instancia a partir de si se trata de una actividad manual o no manual y, en segunda instancia, en función de si dicha actividad requiere más o menos

calificación de la fuerza de trabajo (García y Oliveira, 1994). En nuestro caso procedimos de la siguiente manera: clasificamos los 18 grandes grupos de ocupaciones que capta la ENOE en manuales y no manuales; dejamos aparte el comercio, el cual a veces es incorporado en una u otra categoría. Luego subdividimos la categoría “manual” y “no manual” en “no manual alta” y “no manual baja” y “manual alta” y “manual baja”, respectivamente; “alta” en ambas categorías significa que se trata de actividades que requieren mayor calificación.

Ahora bien, lo primero que salta a la vista en el examen del conjunto de variables laborales con el nivel de participación en el trabajo doméstico es que prácticamente ninguna condición laboral hace variar de forma notable el porcentaje de mujeres ocupadas que realiza este tipo de trabajo no remunerado. Sin importar la posición en el trabajo, el tipo de ocupación, las prestaciones de salud o la jornada laboral desempeñada en el ámbito extradoméstico, más del 96 por ciento de las trabajadoras realiza al menos una tarea de trabajo doméstico en su hogar. La única excepción -si se le puede llamar así, pues aun en esa categoría el porcentaje es elevado- se presenta en aquellas trabajadoras de mayores ingresos; se trata del único caso en que tal proporción es inferior a 96 por ciento (Cuadro 4.3). La ausencia de relación entre la mayoría de las variables de este grupo y la realización de trabajo doméstico en las ocupadas se confirma con el hecho de que en ninguno de los casos la Chi cuadrada resultó significativa, salvo en ingresos por trabajo y, en menor medida, duración de la jornada laboral.<sup>23</sup>

En cambio en los hombres encontramos una variación un poco mayor en su participación en las tareas domésticas si analizamos ésta a partir de sus condiciones de trabajo en el ámbito extradoméstico. De hecho, en todos los casos para la población ocupada masculina, la relación entre estas variables y la realización de trabajo doméstico resultó significativa cuando se aplicó la Chi cuadrada.

---

<sup>23</sup> La prueba Chi cuadrada ( $X^2$ ) permite contrastar la hipótesis de que las dos variables o criterios de clasificación son independientes (en este caso cada condición laboral con respecto a la participación en el trabajo doméstico). Para ello, compara frecuencias observadas con frecuencias esperadas. Cuando el valor de la probabilidad asociada a  $X^2$  es cercano a cero, se refuta la hipótesis de independencia, es decir, se establece que las variables sí están relacionadas. Este fue el caso en la relación de las variables mencionadas entre la población ocupada masculina.



En el caso de la posición en el trabajo, observamos: como ocurría al analizar la participación en el trabajo doméstico a partir de las características sociodemográficas, prácticamente ninguna posición en el trabajo implica un menor porcentaje de participación de las mujeres ocupadas en los quehaceres del hogar. Aunque hay que resaltar el caso de las trabajadoras sin pago quienes casi en 100 por ciento realizan este trabajo. Probablemente se deba a que son mujeres que trabajan en el negocio familiar (en el sector formal o informal), labor simultánea o que complementa la atención de las labores domésticas en la unidad familiar. En cambio, en los hombres sí hay variación sensible en el porcentaje de los que realizan trabajo doméstico según la posición en el trabajo. Así, encontramos que los empleadores son los que en menor medida participan en las tareas domésticas (58.7 por ciento), mientras que el 72.9 por ciento de los trabajadores subordinados y los trabajadores sin pago (que son la mayoría de la población ocupada masculina) realizan trabajo doméstico (ver Cuadro 4.3). Además de los esquemas culturales de género que pueden estar operando en los dos casos, la diferencia entre ambos podría deberse a las mayores posibilidades objetivas (mejores ingresos y mejores condiciones laborales y sociales en general) que los empleadores tienen de delegar el trabajo doméstico en sus parejas o, frecuentemente, en trabajadoras domésticas especialmente contratadas para ese fin. Pero, por otro lado, el trabajo asalariado quizás permite mayores posibilidades de delegar trabajo doméstico debido a contar mayores ingresos y regularidad en la jornada laboral, lo cual el trabajo por cuenta propia difícilmente tiene.

En cuanto al tipo de ocupación, el Cuadro 4.3 nos permite ver cómo al parecer los extremos se tocan: tanto los hombres en ocupaciones del tipo “no manual alta” (socialmente más reconocidos, en general con posibilidades de mejor posición en el trabajo y con alta calificación requerida) y los de “manual baja” (socialmente menos reconocidos, con pocas posibilidades de altas posiciones en el trabajo y con la menor calificación requerida) son los que en menor medida participan en el trabajo doméstico dentro de sus hogares.

Las razones en uno y otro lado son distintas. En el primer caso seguramente se trata de trabajos en altas posiciones jerárquicas: desde funcionarios hasta gerentes o directores, los cuales suelen tener altas responsabilidades laborales y ventajosas condiciones laborales. En ese sentido, sus responsabilidades les orillan y sus condiciones laborales les permiten

delegar el trabajo doméstico en alguien más del hogar o en un tercero que contratan para ello. En este caso, por su nivel de escolaridad y contexto social, pueden o no estar sensibilizados respecto a las desigualdades de género, al papel que la sobrecarga de trabajo doméstico en las mujeres tiene en esa desigualdad y a los beneficios que la participación masculina podría traer para aminorar esa sobrecarga. Consideramos que en estos casos, entre más alto sea el puesto jerárquico en su trabajo, con las responsabilidades y recursos que eso implica para estar en condiciones de liberarse de buena parte de la carga del trabajo doméstico, menos peso ha de tener esta posible sensibilización o conciencia de género, por llamarle de algún modo.

En el segundo caso, nos encontramos con trabajadores con más posibilidades de presentar dos características: a) laborar extensas jornadas y/o tener que invertir mucho tiempo en el traslado a su lugar de trabajo, lo cual dificulta materialmente su participación en los quehaceres domésticos; b) al contar con menor escolaridad y provenir de sectores sociales quizá menos sensibilizados respecto a la posibilidad de un reparto de trabajo alternativo al establecido por la división sexual del trabajo, quizá son trabajadores reacios a incursionar en el trabajo doméstico. El trabajo manual no calificado es más fácilmente identificable con los modelos de masculinidad tradicionales, por lo que probablemente los trabajadores en este tipo de ocupaciones tienen menos necesidad de cuestionar, en la práctica, los papeles asignados socialmente.

Después de estas ocupaciones, siguen los ocupados en el sector comercial, mientras que los que reportan mayor porcentaje de participación son los que se desempeñan en ocupaciones del tipo “no manual baja” y “manual alta”. Ambos son grupos de trabajadores con formación escolar y también situación económica y social intermedia. Es probable que, por un lado, su formación los haya sensibilizado en algún grado respecto a las desigualdades entre hombres y mujeres, mientras que por otro lado, su situación económica no sea la más estable o ventajosa, de modo que pueden estar más dispuestos a probar alternativas a los roles asignados a mujeres y hombres en la división sexual del trabajo, como modo de hacer frente a sus condiciones de trabajo y de vida.

En cuanto al nivel de ingresos por trabajo, si bien tiene una relación significativa con la participación en los quehaceres domésticos en los ocupados, tal relación no parece

ser lineal; es decir, no ocurre que entre más ingresos aumente o disminuya claramente el porcentaje de realización de trabajo doméstico en los varones. Consideramos que esta relación merece mayor investigación, en particular por lo que encontramos al momento de hacer los modelos de regresión, como se explica más adelante.

Cuadro 4.3

Ciudad de México: Población ocupada por participación en el trabajo doméstico y distintas condiciones laborales, 2010

(porcentajes)

| Condiciones laborales   | HOMBRES                   |                              |       | MUJERES                   |                              |       |
|---|---------------------------|------------------------------|-------|---------------------------|------------------------------|-------|
|   | Realiza trabajo doméstico | No realiza trabajo doméstico | Total | Realiza trabajo doméstico | No realiza trabajo doméstico | Total |
| <i>Posición en el trabajo</i>   |                           |                              |       |                           |                              |       |
| Subordinados y remunerados  | 72.9                      | 27.1                         | 100   | 97.5                      | 2.5                          | 100   |
| Empleadores   | 58.7                      | 41.3                         | 100   | 96.3                      | 3.7                          | 100   |
| Trabajadores por cuenta propia  | 71.6                      | 28.4                         | 100   | 98.6                      | 1.4                          | 100   |
| Trabajadores sin pago   | 72.9                      | 27.1                         | 100   | 99.5                      | 0.5                          | 100   |
| <i>Tipo de ocupación</i>  |                           |                              |       |                           |                              |       |
| No manual alta  | 70.3                      | 29.7                         | 100   | 96.4                      | 3.6                          | 100   |
| No manual baja  | 75.1                      | 24.9                         | 100   | 97.6                      | 2.4                          | 100   |
| Comercio  | 72.9                      | 27.1                         | 100   | 98.1                      | 1.9                          | 100   |
| Manual alta   | 77.1                      | 22.9                         | 100   | 98.6                      | 1.4                          | 100   |
| Manual baja   | 68.8                      | 31.2                         | 100   | 98.2                      | 1.8                          | 100   |
| <i>Nivel de ingresos por trabajo (salarios mínimos)</i>               |                           |                              |       |                           |                              |       |
| Hasta un salario mínimo   | 76.0                      | 24.0                         | 100   | 98.6                      | 1.4                          | 100   |
| Más de 1 hasta 2 salarios mínimos                                     | 71.5                      | 28.5                         | 100   | 97.5                      | 2.5                          | 100   |
| Más de 2 hasta 3 salarios mínimos                                     | 73.9                      | 26.1                         | 100   | 99.3                      | 0.7                          | 100   |
| Más de 3 hasta 5 salarios mínimos                                     | 74.5                      | 25.5                         | 100   | 98.4                      | 1.6                          | 100   |
| Más de 5 salarios mínimos   | 75.9                      | 24.1                         | 100   | 94.0                      | 6.0                          | 100   |
| No recibe ingresos  | 72.9                      | 27.1                         | 100   | 99.5                      | 0.5                          | 100   |
| <i>Prestaciones de salud</i>  |                           |                              |       |                           |                              |       |
| Sin prestaciones  | 69.4                      | 30.6                         | 100   | 98.0                      | 2.0                          | 100   |
| Sólo acceso a instituciones de salud                                  | 70.0                      | 30.0                         | 100   | 100.0                     | 0.0                          | 100   |
| Acceso a instituciones de salud y otras prestaciones                  | 74.3                      | 25.7                         | 100   | 97.8                      | 2.2                          | 100   |
| No tiene acceso a instituciones de salud pero sí a otras prestaciones | 77.0                      | 23.0                         | 100   | 98.1                      | 1.9                          | 100   |

| Condiciones laborales  | HOMBRES                         |                                    |       | MUJERES                         |                                    |       |
|--|---------------------------------|------------------------------------|-------|---------------------------------|------------------------------------|-------|
|  | Realiza<br>trabajo<br>doméstico | No realiza<br>trabajo<br>doméstico | Total | Realiza<br>trabajo<br>doméstico | No realiza<br>trabajo<br>doméstico | Total |
| <i>Duración de la jornada semanal</i>  |                                 |                                    |       |                                 |                                    |       |
| Ausentes temporales con vínculo laboral  | 70.5                            | 29.5                               | 100   | 96.2                            | 3.8                                | 100   |
| Menos de 15 horas  | 78.3                            | 21.7                               | 100   | 98.5                            | 1.5                                | 100   |
| De 15 a 39 horas   | 77.9                            | 22.1                               | 100   | 98.8                            | 1.2                                | 100   |
| De 40 a 48 horas   | 75.6                            | 24.4                               | 100   | 98.4                            | 1.6                                | 100   |
| Más de 48 horas  | 65.8                            | 34.2                               | 100   | 96.1                            | 3.9                                | 100   |
| Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010. |                                 |                                    |       |                                 |                                    |       |

Por otro lado, como se ha adelantado, observamos que en las mujeres no hay diferencias significativas en su participación en el trabajo doméstico si tienen o no acceso a prestaciones de salud y/o a otras prestaciones; en todos los casos más del 97 por ciento de las ocupadas realiza también trabajo doméstico no remunerado en sus hogares. Pero de nuevo encontramos que la situación de los ocupados contrasta con la de las ocupadas, pues en el caso de ellos la condición de acceso o no a las prestaciones de salud sí supone diferencias en el porcentaje en que como colectivo participan en el trabajo doméstico (Cuadro 4.3). Llama la atención que la falta de acceso a prestaciones supone una menor participación masculina en el trabajo doméstico. En principio podríamos aventurar que esto puede deberse a que los trabajos sin prestaciones suelen ser trabajos desprotegidos e incluso informales, en muchos casos con largas e intensas jornadas, lo cual podría desincentivar la participación de los hombres en el trabajo doméstico al llegar a sus hogares, pero la distribución de la población masculina por tiempo de dedicación no lo confirma del todo (Cuadro 4.4). Por otro lado, el acceso a prestaciones distintas a las de salud viene aparejado con una mayor proporción de ocupados que participan en las tareas domésticas en sus hogares. Sin embargo, esa proporción no se aleja demasiado de la media de participación que hemos mencionado en el caso de los hombres que trabajan para el mercado en la Ciudad de México: poco más del 70 por ciento.

Por último, la jornada laboral muestra una relación más nítida con la realización o no de trabajo doméstico por parte de los hombres ocupados. La mayor participación se encuentra en aquellos que trabajan en jornadas menores (78.3 por ciento), mientras que el menor porcentaje se ubica en los trabajadores con las jornadas más extensas e incluso ilegales (65.8 por ciento). Estos datos son una primera evidencia de la importancia de la extensión de la jornada laboral como obstáculo o facilitador de la incursión masculina en el trabajo doméstico. El análisis inferencial explicado en la segunda parte de este capítulo confirmó esta primera observación.

## *2. Tiempo de participación*

Luego de este panorama de los niveles de participación de la población ocupada masculina y femenina procedimos a indagar la cantidad de horas que las y los que reportaron hacer quehaceres domésticos invierten en este tipo de trabajo. La idea era

averiguar si el número de horas de trabajo doméstico variaba en algún sentido a partir de las condiciones laborales que hemos manejado. El resultado se desglosa en el Cuadro 4.4.

Lo primero que llamó nuestra atención es que, en esta dimensión, las variaciones más notables en la duración de la jornada semanal de trabajo doméstico las encontramos en la población ocupada femenina. En tanto, entre los varones, en casi todas las categorías alrededor del 80 por ciento de ellos dedica menos de 15 horas semanales al trabajo doméstico. Esto se confirmó al momento de aplicar la prueba Chi cuadrada, la cual resultó significativa en todos los cruces de las variables correspondientes a las condiciones laborales con la jornada de trabajo doméstico en la población femenina. Mientras que en el caso de los hombres, la Chi cuadrada sólo fue significativa en el cruce de jornada laboral con jornada de trabajo doméstico. Desde luego esto es consistente con el hecho de que la media de horas semanal empleada por los hombres ocupados en los quehaceres domésticos es de 10.1 horas.

En un análisis variable por variable, si bien la posición en el trabajo parece marcar mayores diferencias de participación en el trabajo doméstico en hombres que en mujeres, esto no ocurre respecto al tiempo dedicado a estas tareas. Sin importar qué posición ocupen los hombres en el trabajo, el grueso de ellos dedican menos de 15 horas semanales a las tareas domésticas. En cambio, en las mujeres, cuyo nivel de participación en estas tareas según vimos no varía con la posición en el trabajo, sí se presentan diferencias importantes en el tiempo dedicado al trabajo doméstico de acuerdo a dicha posición. Así, no sólo todas las mujeres que trabajan por cuenta propia realizan además trabajo doméstico, sino que un llamativo 20.8 por ciento de ellas le dedica más de 48 horas a la semana. Las empleadoras, en cambio, son las que en menor porcentaje tienen jornadas semanales de trabajo doméstico tan extensas (sólo 1.4 por ciento, equivalente a cualquiera de los grupos de hombres ocupados). Esta situación es entendible si tomamos en cuenta que como empleadoras es de esperarse que cuenten con los recursos suficientes para sustituir dicho trabajo por bienes y servicios adquiridos en el mercado. Sin embargo, es notable que aun en el caso de las empleadoras, con todo y las ventajas posibles que pudiera tener su posición laboral (incluso superiores a las de la mayoría de los varones asalariados), 17 por ciento de ellas invierte de 35 a 48 horas semanales al trabajo doméstico; es decir, trabajan a jornada completa en este tipo de tareas cuando además se desempeñan en el mercado laboral. Si comparamos con los

hombres ocupados, nos encontramos con que no se presenta una situación similar en ninguno de ellos, sin importar su posición en el trabajo.

Por otro lado, hay que mencionar a las trabajadoras subordinadas y remuneradas, así como a las trabajadoras sin pago. Aproximadamente 70 por ciento de las primeras tiene jornadas semanales de trabajo doméstico de hasta 34 horas y 17.7 por ciento hace jornada completa de este tipo de trabajo (una proporción similar a la de las empleadoras, como vimos arriba) lo cual ocurre en una cuarta parte de las trabajadoras sin pago. Alrededor de 11 por ciento de éstas y de las primeras trabaja más de 48 horas a la semana en labores domésticas.

En conjunto estos datos podrían sugerir la posibilidad de que una posición en el trabajo subordinada o relativamente desprotegida se relaciona en las mujeres con una mayor carga de trabajo doméstico.

Al examinar los porcentajes de participación en el trabajo doméstico de la población ocupada según el tipo de ocupación, vimos que sí hay variación perceptible en el porcentaje de hombres que realizan ese trabajo según el tipo de ocupación que desempeñen; en cambio, en las mujeres no hay ninguna diferencia significativa. Nuevamente la situación se invierte cuando se analiza el tiempo dedicado a las tareas domésticas: no es significativa la relación entre las horas dedicadas y el tipo de ocupación en los hombres, pero sí en las mujeres. Son las trabajadoras manuales y las del comercio las que realizan mayor cantidad de horas de trabajo doméstico. En cambio, las trabajadoras en ocupaciones de tipo “manual alta” tienen el menor porcentaje en las jornadas de trabajo doméstico más extensas. Probablemente las condiciones laborales de estas últimas, así como su formación y referentes culturales posibilitan que ellas puedan desembarazarse de buena parte del trabajo doméstico (aunque no totalmente), ya sea porque pueden sustituirlo por bienes y productos en el mercado, o bien, porque se encuentran en mejor posición para negociar con sus parejas u otros miembros del hogar el reparto de tareas en el interior de éste.



**Cuadro 4.4**

**Ciudad de México: Distribución de la población ocupada por jornada de trabajo doméstico y distintas condiciones laborales, 2010  
(porcentajes)**

| Condiciones laborales                                       | HOMBRES              |                     |                     |                    |       | MUJERES              |                     |                     |                    |        |
|---|----------------------|---------------------|---------------------|--------------------|-------|----------------------|---------------------|---------------------|--------------------|--------|
|   | Menos de<br>15 horas | De 15 a<br>34 horas | De 35 a<br>48 horas | Más de<br>48 horas | Total | Menos de<br>15 horas | De 15 a<br>34 horas | De 35 a<br>48 horas | Más de<br>48 horas | Total  |
| <i>Posición en el trabajo</i>                               |                      |                     |                     |                    |       |                      |                     |                     |                    |        |
| Subordinados y remunerados                                  | 81.1                 | 16.9                | 1.7                 | 0.3                | 100   | 35.5                 | 35.8                | 17.7                | 11.0               | 100    |
| Empleadores   | 81.8                 | 15.8                | 1.5                 | 1.0                | 100   | 35.0                 | 46.1                | 17.5                | 1.4                | 100    |
| Trabajadores por cuenta propia                              | 79.5                 | 15.3                | 3.9                 | 1.3                | 100   | 18.0                 | 37.0                | 24.2                | 20.8               | 100    |
| Trabajadores sin pago                                       | 80.6                 | 15.5                | 3.9                 | 0.0                | 100   | 24.3                 | 39.6                | 25.0                | 11.1               | 100    |
| <i>Tipo de ocupación</i>                                    |                      |                     |                     |                    |       |                      |                     |                     |                    |        |
| No manual alta  | 82.2                 | 15.6                | 1.5                 | 0.8                | 100   | 43.8                 | 33.4                | 14.9                | 7.9                | 100    |
| No manual baja  | 81.3                 | 16.8                | 1.6                 | 0.3                | 100   | 40.0                 | 32.9                | 17.7                | 9.5                | 100    |
| Comercio  | 78.7                 | 17.6                | 3.1                 | 0.5                | 100   | 22.9                 | 38.8                | 22.4                | 15.9               | 100    |
| Manual alta   | 84.5                 | 12.6                | 2.1                 | 0.8                | 100   | 27.0                 | 36.4                | 22.9                | 13.6               | 100    |
| Manual baja   | 79.8                 | 17.6                | 2.1                 | 0.5                | 100   | 22.7                 | 39.2                | 18.4                | 14.8               | 100    |
| <i>Nivel de ingresos por trabajo<br/>(salarios mínimos)</i> |                      |                     |                     |                    |       |                      |                     |                     |                    |        |
| Hasta un salario mínimo                                     | 76.0                 | 19.1                | 3.7                 | 1.2                | 100   | 13.3                 | 36.6                | 23.3                | 26.8               | 100    |
| Más de 1 hasta 2 salarios<br>mínimos                        | 77.9                 | 18.5                | 2.7                 | 0.9                | 100   | 28.4                 | 37.1                | 21.4                | 13.1               | 100    |
| Más de 2 hasta 3 salarios<br>mínimos                        | 81.2                 | 16.0                | 2.4                 | 0.4                | 100   | 34.9                 | 36.0                | 17.8                | 11.4               | 100    |
| Más de 3 hasta 5 salarios<br>mínimos                        | 84.1                 | 14.6                | 1.1                 | 0.2                | 100   | 35.3                 | 36.9                | 18.2                | 9.5                | 100    |
| Más de 5 salarios mínimos                                   | 78.5                 | 19.0                | 1.9                 | 0.6                | 100   | 41.5                 | 37.3                | 16.0                | 5.2                | 100    |
| No recibe ingresos  | 80.6                 | 15.5                | 3.9                 | 0.0                | 100   | 24.3                 | 39.6                | 25.0                | 11.1               | 100    |
| <i>Prestaciones de salud</i>                                |                      |                     |                     |                    |       |                      |                     |                     |                    |        |
| Sin prestaciones  | 80.9                 | 15.9                | 2.3                 | 0.9                | 100   | 24.4                 | 37.8                | 21.8                | 16.0               | 100    |
| Sólo acceso a instituciones de<br>salud                     | 88.30                | 11.70               | 0.00                | 0.00               | 100   | 49.50                | 20.90               | 16.20               | 13.40              | 100.00 |

| Condiciones laborales  | HOMBRES           |                  |                  |                 |       | MUJERES           |                  |                  |                 |       |
|--|-------------------|------------------|------------------|-----------------|-------|-------------------|------------------|------------------|-----------------|-------|
|  | Menos de 15 horas | De 15 a 34 horas | De 35 a 48 horas | Más de 48 horas | Total | Menos de 15 horas | De 15 a 34 horas | De 35 a 48 horas | Más de 48 horas | Total |
| Acceso a instituciones de salud y otras prestaciones   | 79.8              | 17.9             | 2.1              | 0.2             | 100   | 38.8              | 35.3             | 17.1             | 8.8             | 100   |
| No tiene acceso a instituciones de salud pero sí a otras prestaciones  | 84.0              | 14.5             | 1.5              | 0.0             | 100   | 34.9              | 37.1             | 16.3             | 11.7            | 100   |
| <i>Duración de la jornada semanal</i>  |                   |                  |                  |                 |       |                   |                  |                  |                 |       |
| Ausentes temporales con vínculo laboral  | 70.2              | 26.5             | 0.9              | 2.4             | 100   | 25.9              | 31.9             | 25.0             | 17.3            | 100   |
| Menos de 15 horas  | 86.4              | 7.6              | 3.6              | 2.4             | 100   | 20.3              | 29.3             | 20.7             | 29.6            | 100   |
| De 15 a 39 horas   | 81.2              | 15.1             | 3.0              | 0.7             | 100   | 22.6              | 35.8             | 24.9             | 16.8            | 100   |
| De 40 a 48 horas   | 77.0              | 19.6             | 2.9              | 0.5             | 100   | 35.1              | 36.9             | 17.3             | 10.8            | 100   |
| Más de 48 horas  | 85.4              | 13.5             | 0.9              | 0.3             | 100   | 38.7              | 39.8             | 16.4             | 5.1             | 100   |
| Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010. |                   |                  |                  |                 |       |                   |                  |                  |                 |       |

En cuanto al nivel de ingresos, encontramos una situación un poco más heterogénea. Sin embargo, es posible afirmar que las trabajadoras de menores ingresos tienen jornadas de trabajo doméstico más extensas que las que cuentan con mayores ingresos. 72.2 por ciento de estas últimas cubren una jornada de quehaceres domésticos de hasta 34 horas semanales; mientras que eso mismo ocurre sólo en 49.9 por ciento de las que ganan hasta un salario mínimo. En los hombres observamos una relación similar, aunque desde luego no en la misma magnitud (Cuadro 4.4).

Respecto a las prestaciones de salud, nuevamente los datos más reveladores se encuentran en el tiempo de dedicación a las tareas domésticas (Cuadro 4.4). Mayores porcentajes de participación masculina en el trabajo doméstico no implican necesariamente mayor tiempo de dedicación. Así, tenemos que entre los que se reporta mayor participación (trabajadores sin acceso a instituciones de salud, pero sí a otras prestaciones), se encuentra también el mayor porcentaje de los que dedican menos tiempo semanalmente (menos de 15 horas). En todo caso dos cuestiones resaltan aquí: 1) no parece existir una relación lineal clara entre el acceso a mayor número de prestaciones y mayor o menor tiempo dedicado al trabajo doméstico en la población ocupada masculina; 2) sin importar la condición de acceso a las prestaciones de salud, la gran mayoría de los ocupados (alrededor del 80 por ciento o más) dedica menos de 15 horas semanales al trabajo doméstico en sus hogares.

En cambio en el caso de las mujeres ocupadas otra vez nos encontramos con un panorama un poco más diverso en cuanto al tiempo dedicado, aunque parece haber alguna relación entre éste y la condición de acceso a las prestaciones de salud. Las mujeres que tienen menos prestaciones, dedican más tiempo al trabajo doméstico (Cuadro 4.4). De hecho parece que el tener o no acceso a las prestaciones de salud marca una diferencia importante. Contar con al menos prestaciones de salud ubica a casi la mitad de las ocupadas en jornadas de trabajo doméstico inferiores a 15 horas semanales. En cambio, entre las que no tienen acceso a instituciones de salud pero sí a otras prestaciones y las que no cuentan con ningún tipo de prestación esto ocurre en 34.9 por ciento y 24.4 por ciento de los casos, respectivamente.

En último término, hallamos que la jornada laboral tiene una relación lineal con la jornada de trabajo doméstico: a mayor jornada laboral, menor jornada de trabajo doméstico

en las mujeres ocupadas. En los hombres no hay una relación similar, pero se preserva la mayor proporción de ellos en las jornadas de quehaceres domésticos menores a 15 horas semanales y una ínfima proporción, casi inexistente, en las jornadas de más de 48 horas. En este último aspecto vale la pena destacar que, sin importar la duración de la jornada laboral, una mayor proporción de mujeres que de hombres tiene jornadas de trabajo doméstico superiores a las 48 horas por semana: desde 5.1 por ciento entre las que tienen jornadas ilegales de trabajo para el mercado, hasta 29.6 por ciento entre las que laboran en el espacio extradoméstico menos de 15 horas a la semana.

Estos hallazgos apuntan en el sentido de una sobrecarga de trabajo de las mujeres ocupadas: la famosa “doble jornada”, lo cual se confirma cuando medimos la carga global de trabajo en la población ocupada de ambos sexos, como explicamos enseguida.

### ***Carga global de trabajo, una medida que resume la desigualdad entre hombres y mujeres***

En el capítulo anterior vimos que una mayor proporción de hombres que de mujeres hace extensas jornadas de trabajo para el mercado. Correlativamente, mayor porcentaje de trabajadoras que de trabajadores se ubica en jornadas de tiempo parcial en ese tipo de actividad económica. Además hemos observado que si bien más de la mitad de la población ocupada masculina de la Ciudad de México participa en el trabajo doméstico, el número de horas que le dedica a la semana es muy inferior al de las mujeres ocupadas. Ante estos datos, y ya que estamos hablando en términos de división sexual del trabajo, conviene preguntarse si en conjunto unas y otras estarán haciendo una cantidad de trabajo equivalente. Es decir, ya que los hombres trabajan más horas que las mujeres en el ámbito extradoméstico y las mujeres más tiempo en el trabajo doméstico que los hombres, ¿no podría ser similar el número de horas invertidas de unas y otros en el trabajo en sentido global, es decir, una suma de horas de ambos trabajos equivalente?

De ser así, podríamos vernos tentados a suscribir la visión de la corriente neoclásica -en particular en la vertiente de la Nueva Economía de la Familia- en cuanto a la racionalidad y equilibrio que supondría la división sexual del trabajo tradicional: los hombres especializados en el trabajo para el mercado, las mujeres dedicadas primordialmente a las tareas domésticas y, a la postre, ambos contribuyendo de forma equivalente al funcionamiento de las familias y de la sociedad. Sin embargo, la realidad de

la Ciudad de México (así como del país y de muchos otros países) es que ya sea con especialización en el trabajo doméstico o combinando éste con el trabajo para el mercado, las mujeres tienen una carga mayor de trabajo que los hombres.

La carga global de trabajo mide precisamente el tiempo total de trabajo de las personas. Se calcula a partir de la suma del tiempo de trabajo doméstico más el tiempo de trabajo para el mercado. En el Cuadro 4.5 presentamos el comparativo de los resultados de este cálculo para la población ocupada femenina y masculina a nivel nacional y en la Ciudad de México, a partir de los datos que ofrece la ENOE.

Conviene aclarar que estos resultados son diferentes de los ofrecidos por la Encuesta Nacional de Uso de Tiempo (ENUT) de 2009 debido a que los objetivos y metodologías de ambas encuestas son distintos. La ENUT se propone medir en detalle el tiempo que las personas dedican a sus actividades diarias, incluido el trabajo en sus modalidades doméstica y extradoméstica. Por tanto, con la ENUT se tiene información mucho más pormenorizada al respecto, la cual posibilita un análisis exhaustivo y preciso del uso de tiempo. No obstante, los datos de la ENOE permiten tener un panorama general del número de horas que mujeres y hombres emplean en ambos tipos de trabajo.

A partir de los datos del Cuadro 4.5, hay dos grandes diferencias que merece la pena destacar:

- 1) El contraste de la carga global de trabajo de la población ocupada masculina a nivel nacional con la de los trabajadores de la Ciudad de México. Es mayor la proporción de estos últimos cuya carga global de trabajo supera las 56 horas semanales: 33.5 por ciento frente a 44.2 por ciento. Esto no es casual si consideramos que en general en la Ciudad de México es mayor que en el nivel nacional la proporción de trabajadores con jornadas laborales superiores a las 48 horas. En este aspecto debe de radicar la diferencia en la carga global de trabajo, pues ya vimos en el capítulo anterior que el promedio de horas que los hombres ocupados emplean en el trabajo doméstico es muy similar en el país y en la Ciudad de México: 9 y 10 horas semanales respectivamente.
- 2) El contraste entre hombres y mujeres ocupados: más del 60 por ciento de la población ocupada femenina trabaja más de 56 horas semanales. En el caso de

las y los ocupados del conjunto del país esto representa casi el doble con respecto a la proporción de trabajadores en esa situación; mientras que en la Ciudad de México, las mujeres que trabajan más de 56 horas a la semana superan en casi 20 puntos porcentuales la proporción de hombres en tal circunstancia.

**Cuadro 4.5**

**Ciudad de México: Distribución de la población ocupada por carga global de trabajo según sexo, 2010**

(porcentajes)

| Grupos de edad    | NACIONAL |         | CIUDAD DE MÉXICO |         |
|-------------------|----------|---------|------------------|---------|
|                   | HOMBRES  | MUJERES | HOMBRES          | MUJERES |
| Menos de 15 horas | 2.7      | 0.7     | 1.5              | 0.5     |
| De 15 a 34 horas  | 13.2     | 7.1     | 9.4              | 5.9     |
| De 35 a 48 horas  | 30.0     | 15.9    | 24.1             | 14.7    |
| De 49 a 56 horas  | 20.5     | 15.1    | 20.9             | 15.1    |
| Más de 56 horas   | 33.5     | 61.1    | 44.2             | 63.8    |
| <b>Total</b>      | 100      | 100     | 100              | 100     |

Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010.

En otras palabras, aunque los varones ocupados de la Ciudad de México trabajan más que los del conjunto del país, parecen encontrarse muy por debajo de la carga global de trabajo femenina. Esto se confirma cuando comparamos la media y la mediana de horas invertidas en ambos trabajos. Al respecto, no hay diferencias apreciables entre las mujeres del conjunto del país y de la Ciudad de México. La media de la carga global de trabajo de las primeras es de 63 horas, mientras que la de las segundas es de 64.6 horas. La mediana es de 62 y 64 horas, respectivamente.

Sin embargo, vuelven a hacerse evidentes las diferencias entre los hombres de la Ciudad de México y los del conjunto del país, así como entre las ocupadas y los ocupados en general. En el primer caso, las medias de la carga global de trabajo de ambos grupos de hombres ocupados son 55 y 50.1 horas, y las medianas 55 y 48 horas, respectivamente. Esta diferencia entre los dos grupos no se compara con la distancia entre hombres y mujeres. Los ocupados del conjunto del país trabajan en promedio 13 horas menos que las ocupadas. En la Ciudad de México la distancia se acorta, pero persiste muy marcada: los trabajadores laboran en total un promedio de 9.6 horas menos que las trabajadoras. Éstas, por lo tanto,

tienen una sobrecarga de trabajo. Ingresar al mercado laboral no les supone desentenderse de las responsabilidades domésticas, por lo que muchas de ellas padecen la conocida “doble jornada”.

Así, la división sexual del trabajo vigente no parece ser en la práctica muy equitativa entre los sexos. El ingreso de las mujeres al mercado laboral no implica que se emparejen las cosas. ¿Haría falta tanto que los hombres ingresen más al trabajo doméstico (que una mayor proporción de ellos participe y que los que lo hacen inviertan más horas), como que se reduzcan las jornadas laborales? Con ambas cosas tal vez podría lograrse un reparto más equitativo, menos sobrecarga de trabajo para ellas, mejorar calidad de vida para la población en su conjunto. El último caso, el de la necesidad de la disminución de las jornadas laborales, puede pasar también a primer plano de la discusión si es que comprobamos que hay alguna relación estadísticamente significativa entre este factor y la participación (y tiempo dedicado) en el trabajo doméstico, una vez controladas las demás variables sociodemográficas y laborales. Eso es lo que exploramos en el siguiente apartado.<sup>24</sup>

---

<sup>24</sup> Cabe mencionar que para poder hacer una ponderación más realista de las implicaciones del empleo del tiempo en el trabajo para el mercado y el trabajo doméstico, en el caso de la Ciudad de México sería especialmente oportuno incluir alguna consideración respecto al número de horas que la población ocupada invierte en trasladarse a su lugar de trabajo, hogar y escuela. Esta información no es proporcionada por la ENOE, pero al consultar otras fuentes podemos darnos una idea de la importancia de este aspecto. La Encuesta Origen-Destino (2007) levantada por los gobiernos del Distrito Federal y del Estado de México en 2007 indica que todos los días se llevan a cabo alrededor de 21.9 millones de viajes en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (16 delegaciones del Distrito Federal y 40 municipios del Estado de México), de las cuales el 44.9 por ciento son con el propósito de volver a casa, el 25.5 por ciento son para trasladarse al trabajo y el 8.8 por ciento para ir a la escuela. La duración promedio de cada viaje es de 25 minutos si el trayecto no es muy lejano y de una hora si las distancias son mayores. Este último promedio se incrementa a una hora con cinco minutos si para el traslado se usa transporte público y a una hora con 23 minutos si se usa transporte mixto (público y privado). Más de la mitad de los viajes diarios (14.8 millones) se realizan en transporte público. Si asumimos que una persona trabajadora se traslada dos veces al día, una para acudir al trabajo y otra para regresar, y en ello emplea transporte público o mixto, eso implica invierte poco más de dos horas diarias en transporte, lo cual, si se multiplica por semana y se agrega al tiempo de jornada laboral, en muchos casos reduce sensiblemente la cantidad de horas que podría dedicarse al trabajo doméstico, al esparcimiento, al cuidado personal, etcétera. Esto no es más que una aproximación algo tosca, para darnos una idea general de la importancia que el factor “tiempo de transporte” tiene entre la población de la Ciudad de México. Sin embargo, por la diferencia de la metodología y de la fecha de ambas encuestas no es posible sacar conclusiones firmes al respecto.

## **4.2 ¿En qué medida podemos explicar la participación de la población ocupada en el trabajo doméstico a partir de sus condiciones laborales?**

Al examinar los datos sociodemográficos y laborales en relación con la participación en el trabajo doméstico, hemos encontrado a cada paso indicios de la persistencia de una división sexual del trabajo tradicional que implica roles de género más o menos rígidos y excluyentes. Esta rigidez se muestra mayor en el caso de los hombres que en el de las mujeres pues, aunque ellas acceden cada vez en mayor proporción al trabajo para el mercado, de modo que pueden ampliar el rango de actividades que desempeñan más allá del exclusivo de ama de casa, los hombres ocupados no realizan, a su vez, trabajo doméstico en una medida similar; la mayor carga de trabajo (en sentido global) es entonces para ellas, con lo cual no sólo se reproducen las desigualdades de género de la forma más “pura” o “tradicional” de la división sexual del trabajo, es decir, la que establece como normal y deseable los roles de hombre-proveedor y mujer-ama de casa, sino que además se profundizan tales desigualdades.

Por otra parte, también hemos encontrado que no sólo el sexo, sino también algunas otras características sociodemográficas y ciertas condiciones laborales marcan una diferencia en el grado y tiempo de participación en el trabajo doméstico de unas y otros. Desde luego esto es más patente en el caso de los hombres, pero no deja de existir en alguna medida también en las mujeres.

### ***¿Qué variables inciden en la participación en el trabajo doméstico?: Modelo de regresión logística***

Si queremos empezar a sacar conclusiones más precisas y mejor fundamentadas al respecto, conviene analizar qué factores pueden estar incidiendo en la probabilidad de realización de trabajo doméstico en la población ocupada masculina y femenina. Para ello es preciso ir más allá de la descripción que ofrecen los porcentajes y las medidas de tendencia central, como la media o la mediana; se necesita controlar todas las variables consideradas y determinar cuáles de ellas resultan más significativas para que mujeres y hombres ocupados participen o no en los quehaceres domésticos de sus hogares y dediquen más o menos horas a tales actividades.



Con esa finalidad, realizamos dos modelos de regresión. Con el primero, el de regresión logística, se pretende indagar las variables relacionadas con la probabilidad de participación en el trabajo doméstico.<sup>25</sup> Con el segundo, el de regresión lineal múltiple, se busca determinar las variables asociadas a la probabilidad de variación del número de horas en promedio, dedicadas al trabajo doméstico.<sup>26</sup>

Las variables explicativas son las mismas en ambos modelos y están agrupadas en dos categorías: variables sociodemográficas y laborales (Cuadro 4.6). Como se ha mencionado, la principal relación que pretendemos indagar es entre los aspectos laborales y el trabajo doméstico, pero en el análisis que hemos presentado hasta ahora se ha mostrado la importancia de los aspectos sociodemográficos como mediadores de esa relación e incluso como elementos aparentemente determinantes. Además de utilizar las variables sociodemográficas empleadas en el capítulo tercero, añadimos la variable “tamaño del hogar” como manera de controlar el efecto de esta variable sobre la participación, pero en especial sobre el tiempo dedicado al trabajo doméstico.

En las variables laborales hemos añadido dos que corresponden más bien a la unidad económica que al trabajador (sector económico y tamaño de la empresa) en el entendido de que ambas variables ayudan a contextualizar y a caracterizar el tipo de trabajo con el que se cuenta.

---

<sup>25</sup> La variable dependiente es categórica y está definida por la realización o no de una o más de las siguientes tareas domésticas: 1) Cuidar o atender sin pago, de manera exclusiva, a niños, ancianos, enfermos o discapacitados (bañarlos, cambiarlos, trasladarlos); 2) Construir o ampliar su vivienda; 3) Reparar o dar mantenimiento a su vivienda, muebles, aparatos electrodomésticos o vehículos; 4) Realizar los quehaceres de su hogar (lavar, planchar, preparar y servir alimentos, barrer).

<sup>26</sup> La variable dependiente es continua y mide las horas dedicadas al trabajo doméstico.

**Cuadro 4.6**

**Variables explicativas para los modelos de regresión logística y regresión lineal múltiple**

| <b>Variables</b>               | <b>Tipo</b> | <b>Valores</b>  |
|--------------------------------|-------------|---|
| <i>Sociodemográficas</i>       |             |   |
| Sexo                           | Categórica  | Hombre<br>Mujer   |
| Edad                           | Categórica  | Jóvenes de 14 a 29 años<br>Adultos de 30 a 39 años<br>Adultos de 40 a 59 años<br>Mayores (60 y más años)  |
| Parentesco                     | Categórica  | Jefe<br>Cónyuge<br>Hijo<br>otro   |
| Estado conyugal                | Categórica  | Unidos<br>No unidos   |
| Escolaridad                    | Categórica  | Sin escolaridad<br>Básica<br>Media<br>Superior  |
| Tamaño del hogar               | Continua    | De 1 en adelante  |
| <i>Laborales</i>               |             |   |
| Posición en el trabajo         | Categórica  | Asalariados<br>No asalariados   |
| Sector económico               | Categórica  | Primario<br>Secundario<br>Terciario   |
| Ocupación                      | Categórica  | No manual alta<br>No manual baja<br>Comercio<br>Manual alta<br>Manual baja  |
| Tamaño de la empresa           | Continua    | De 1 en adelante  |
| Ingresos por trabajo           | Categórica  | Hasta 1 salario mínimo<br>Más de 1 y hasta 2 salarios mínimos<br>Más de 2 y hasta 3 salarios mínimos<br>Más de 3 y hasta 5 salarios mínimos<br>Más de 5 salarios mínimos<br>No especificado |
| Jornada laboral                | Categórica  | Subocupados<br>Jornada completa<br>Sobreocupados  |
| Acceso a prestaciones de salud | Categórica  | Con acceso<br>Sin acceso  |

En el caso de la relación entre las variables explicativas y la probabilidad de hacer o no trabajo doméstico, se esperaba lo siguiente por cada variable:

#### *Variables sociodemográficas*

*Sexo*: en función de los datos que hemos analizado y de cierta literatura al respecto (Rendón, 2003; Rojas, 2008; García y Oliveira, 2006), se esperaba una relación muy significativa con la variable dependiente, en la cual es lógico suponer una diferencia fundamental entre hombres y mujeres, si consideramos que arriba del 95% de mujeres hacen trabajo doméstico, mientras que eso sólo ocurre en el 71.8% de los hombres; se trata de una cuestión netamente de modelos de género.

*Edad*: se esperaba una relación significativa, en especial entre los adultos en el primero de los dos grupos de edad considerados (entre 30 y 39 años) que coincide con uniones e hijos pequeños, por lo que en esas edades, se esperaría mayor nivel de participación en las tareas domésticos que entre los más jóvenes o entre los más viejos.

*Escolaridad*: se esperaba una posible relación significativa, considerando que el análisis descriptivo arrojó que en los hombres a mayor escolaridad, aumenta nivel de participación. En términos globales, menos significativa que otras variables como sexo.

*Estado conyugal*: se esperaba una relación significativa en hombres y mujeres: mayor nivel de participación al estar unidos.

*Parentesco*: se esperaba que esta variable fuera significativa, pero no en una gran medida: menor participación si son jefes, poco más si son cónyuges, más si son hijos.

*Tamaño del hogar*: se esperaba una relación poco significativa: mayor participación entre más grande es el tamaño de hogar, tanto en hombres como en mujeres.

Cabe aclarar que como parte de estas variables no se incluyó el número de hijos. Al ser una característica sólo medida en las mujeres, no podía introducirse en un modelo aplicado a ambos sexos. Sin embargo, antes de llegar a nuestro mejor modelo, el que finalmente presentamos aquí, hicimos algunos ensayos de regresión especiales para hombres y otros para mujeres. En estos últimos sí fue posible incluir “número de hijos” como variable explicativa y, como era de esperarse, se encontró una relación significativa

con la realización del trabajo doméstico, de modo que el tener hijos aumenta las probabilidades de hacer ese trabajo con respecto a las mujeres que no tienen hijos.

#### *Variables laborales*

*Posición en el trabajo:* se esperaba una relación significativa: mayor participación entre no asalariadas que asalariadas. Mayor entre no asalariados que asalariados, debido a que la mayor parte de no asalariados es trabajador por cuenta propia y sin pago, muchas veces en casa, lo cual hace probable que combinen el trabajo doméstico con su jornada laboral.

*Ocupación:* se esperaba una relación significativa en el sentido de menor participación entre los trabajadores no manuales, puesto que generalmente tienen mejores ingresos y prestaciones lo que les permite adquirir servicios o bienes sustitutos de trabajo doméstico (sobre todo en “no manual alta”). Se esperarían diferencias entre “no manual alta”, “no manual baja”, “comercio” y “manual alta” con respecto a “manual baja” en el sentido de menos participación, bajo el supuesto de que los trabajadores de ocupaciones ubicadas en “manual baja” se encuentran inmersos en relaciones y esquemas culturales más tradicionales que dificultan la asimilación de la participación masculina en el trabajo doméstico.

*Sector económico:* se descartó el sector primario por ser verdaderamente ínfima la presencia de población ocupada en él. Se esperaba que el efecto fuera poco significativo en la variable dependiente y en sentido positivo: mayor participación entre las y los ocupados en el sector terciario con respecto a los del sector secundario. La razón es que el sector terciario, si bien ampliamente heterogéneo, es actualmente el sector económicamente más importante en términos de población ocupada y mixto, tanto moderno como refugio de actividades precarias como son los servicios personales, por lo cual se podría pensar que está más ligado a cambios culturales en un sentido de aceptar un mayor reparto de tareas domésticas entre mujeres y hombres.

*Jornada laboral:* se esperaba una relación significativa: a menor jornada laboral, más probabilidades de participación en el trabajo doméstico, tanto en hombres como en mujeres, aunque puede ser que en distinta medida en cada uno (aunque hay que recordar que en el caso de las mujeres ha sido constantemente señalado en la literatura y en este

estudio que ellas ingresan al mercado laboral en función de la carga de trabajo doméstico, así que en las ocupadas se esperaría que la relación entre ambos aspectos fuera más bidireccional: no sólo la jornada de trabajo para el mercado condiciona la participación en el trabajo doméstico, también el contexto doméstico y la situación de género condicionarían la jornada laboral que se acepta en un empleo).

*Ingresos por trabajo:* se esperaba una relación muy significativa: a menores ingresos, mayor participación pues es más difícil sustituir el trabajo doméstico por productos y servicios en el mercado.

*Tamaño del establecimiento:* se esperaba una relación significativa con una menor probabilidad de participación entre trabajadores que laboran en establecimientos grandes, en el supuesto de que en tales empresas podrían existir mejores empleos, más protegidos con prestaciones, mejores ingresos y, por tanto, más posibilidades de sustituir las tareas domésticas con bienes y servicios adquiridos en el mercado, tanto en hombres como en mujeres, considerando posibilidad de que en establecimientos grandes pudieran ofrecer acceso a guarderías y otros servicios o prestaciones.

*Acceso a prestaciones de salud:* se esperaba una relación significativa: si tienen prestaciones de salud, puede existir un nivel un poco menor de participación en las tareas domésticas, tanto en hombres como en mujeres, pero principalmente en éstas, pues socialmente son las encargadas de atender enfermos, discapacitados, viejos, menores.

A continuación presentamos el cuadro que recoge los resultados de la aplicación del modelo a la muestra de trabajadoras y trabajadores ocupados de la Ciudad de México:

Cuadro 4.7

**Regresión logística sobre la participación en el trabajo doméstico de mujeres y hombres ocupados de la Ciudad de México, 2010**

| Variable                             | $\beta$ | Sig. | Exp( $\beta$ ) |
|--------------------------------------|---------|------|----------------|
| <i>Sexo</i>                          |         |      |                |
| Masculino <sup>a</sup>               |         |      |                |
| Femenino                             | 2.551   | .000 | 12.815*        |
| <i>Edad</i>                          |         |      |                |
| Jóvenes de 14 a 29 años <sup>a</sup> |         |      |                |
| Adultos de 30 a 39 años              | .166    | .166 | 1.181          |
| Adultos de 40 a 59 años              | -.303   | .014 | .738**         |
| Mayores de 60 y más                  | -.714   | .000 | .490*          |
| <i>Parentesco</i>                    |         |      |                |
| Jefe <sup>a</sup>                    |         |      |                |
| Cónyuge                              | .379    | .092 | 1.461***       |
| Hijo                                 | -.553   | .000 | .575*          |
| Otro                                 | -.025   | .885 | .975           |
| <i>Estado conyugal</i>               |         |      |                |
| Unidos                               | -.368   | .004 | .692**         |
| No unidos <sup>a</sup>               |         |      |                |
| <i>Escolaridad</i>                   |         |      |                |
| Sin escolaridad <sup>a</sup>         |         |      |                |
| Básica                               | -.160   | .640 | .852           |
| Media                                | -.104   | .768 | .901           |
| Superior                             | -.456   | .203 | .634           |
| Tamaño de hogar                      | -.054   | .186 | .947           |
| <i>Posición en el trabajo</i>        |         |      |                |
| Asalariados                          | -.223   | .495 | .800           |
| No asalariados <sup>a</sup>          |         |      |                |
| <i>Sector económico</i>              |         |      |                |
| Secundario <sup>a</sup>              |         |      |                |
| Terciario                            | .277    | .003 | 1.320**        |
| <i>Ocupación</i>                     |         |      |                |
| No manual alta                       | .356    | .039 | 1.428**        |
| No manual baja                       | .473    | .001 | 1.605**        |
| Comercio                             | .179    | .186 | 1.196          |
| Manual alta                          | .425    | .002 | 1.530**        |
| Manual baja <sup>a</sup>             |         |      |                |
| <i>Tamaño del establecimiento</i>    |         |      |                |

| Variable   | $\beta$ | Sig.  | Exp( $\beta$ ) |
|--|---------|-------|----------------|
| Micro <sup>a</sup>   |         |       |                |
| Pequeño  | -.020   | .881  | .980           |
| Mediano  | -.266   | .083  | .766           |
| Grande   | -.386   | .011  | .680**         |
| <i>Ingresos por trabajo</i>  |         |       |                |
| Hasta 1 salario mínimo <sup>a</sup>  |         |       |                |
| Más de 1 a 2 salarios mínimos  | -.073   | .722  | .929           |
| Más de 2 a 3 salarios mínimos  | .182    | .386  | 1.200          |
| Más de 3 a 5 salarios mínimos  | .187    | .398  | 1.206          |
| Más de 5 salarios mínimos  | .070    | .785  | 1.072          |
| No especificado  | -.439   | .054  | .645           |
| <i>Jornada laboral</i>   | -0.019  | 0.000 | 0.982*         |
| Subocupados <sup>a</sup>   |         |       |                |
| Jornada completa   | -.123   | .393  | .884           |
| Sobreocupados  | -.488   | .000  | .614*          |
| <i>Prestaciones de salud</i>   |         |       |                |
| Con prestaciones   | .282    | .018  | 1.326**        |
| Sin prestaciones <sup>a</sup>  |         |       |                |
| Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010. |         |       |                |

Se aprecia que en el Exp( $\beta$ ) los números mayores que la unidad indican relaciones positivas; los menores que la unidad, relaciones negativas. Este modelo predice el 83.4 por ciento de los casos (99.4 por ciento de la participación en el trabajo doméstico y el 3.3 por ciento de la no participación). -2 Log likelihood 3742.513.  $R^2 = 0.150$ ,  $n = 5076$  (en el análisis, de un total de 6840 casos muestrales).

<sup>a</sup> Categorías de referencia en el modelo.

\* Significativa al 1%

\*\* Significativa al 5%

\*\*\* Marginalmente significativa (al 10%).

Respecto a los factores sociodemográficos: como era de esperarse, el sexo es decisivo en la realización del trabajo doméstico. La magnitud en que lo es resulta impresionante: las probabilidades de participar en las tareas domésticas es casi 13 veces mayor en las mujeres que en los hombres. El resto de variables sociodemográficas significativas son: edad, parentesco, estado conyugal. La probabilidad de participación en el trabajo doméstico está significativamente relacionada en sentido negativo con la edad a partir de los 40 años, mientras que en el caso de los adultos de 30 a 39 años no se encontró relación significativa, al compararlos con los jóvenes de 14 a 29 años. Esto puede tener que

ver con el hecho que hemos visto en los hombres ocupados: los más jóvenes son los que tienen una mayor tasa de participación en el trabajo doméstico. En cuanto al parentesco, sólo en el caso de los hijos encontramos una relación significativa, relación que además se presenta en sentido negativo: ser hijo(a) conlleva una menor probabilidad de participación en las tareas domésticas con respecto a la situación de los jefes de hogar, probablemente porque muchas veces en los casos de los hijos se trata de personas jóvenes que combinan el trabajo con el estudio, de modo que son otras personas del hogar quienes asumen el trabajo doméstico. En cambio, la posición de cónyuge del jefe, aunque arrojó una relación positiva con la participación en el trabajo doméstico con respecto al jefe, no resultó significativa.<sup>27</sup> Por último, llama la atención el resultado en cuanto al estado conyugal: con una relación significativa al 10 por ciento, encontramos que las y los unidos tienen menor probabilidad de realizar trabajo doméstico que los no unidos.

Las variables no significativas son: escolaridad y tamaño del hogar. Si bien el análisis descriptivo advertíamos de algunas variaciones en la participación masculina en el trabajo doméstico a partir del nivel de escolaridad, éstas nunca fueron muy grandes, mucho menos en el caso de las mujeres. De modo que la escolaridad no es un factor decisivo para definir la participación de unas u otras en el trabajo doméstico según nuestro modelo. El tamaño del hogar también puede eliminarse como elemento significativo en este análisis. Sin embargo, hay que tomar en cuenta que no se le puede descartar por completo de la discusión sobre la división sexual del trabajo; si bien en nuestro estudio no aparece como relevante dado que nuestra unidad de análisis han sido los individuos, no la unidad doméstica o el hogar, en otros estudios con estas unidades de análisis el tamaño del hogar probablemente sea una variable más importante.

En cuanto a las variables laborales encontramos que dos de ellas resultaron significativas (al 5%): el sector económico y la jornada laboral. La primera, decíamos, se trata de una variable más bien contextual del trabajo. El modelo nos indica que las y los trabajadores que laboran en el sector terciario (el más grande en la Ciudad de México)

---

<sup>27</sup> Este resultado parece contradictorio con lo que encontramos en el análisis descriptivo realizado en el capítulo anterior, en el cual veíamos que la mayor carga de trabajo doméstico la llevan las cónyuges (no los cónyuges). Sin embargo, hay que recordar dos cuestiones: 1) en este modelo se está controlando por sexo, de modo que la conclusión expresada aquí vale para ambos sexos, no para uno en particular; 2) es muy probable que lo que esté operando aquí sea un efecto de interacción con la variable sexo, aspecto que sería pertinente explorar en investigaciones futuras.



tienen más probabilidades de hacer trabajo doméstico que aquéllos que trabajan en el sector secundario. Pensamos que esto se debe a la propia heterogeneidad del sector, en el cual conviven empleos que requieren alta calificación y ofrecen ventajosas condiciones laborales (lo cual podría posibilitar en alguna medida un reparto más equitativo de las tareas en el hogar y eventualmente propiciar la incursión de los hombres en el trabajo doméstico), con empleos informales en los que, sobre todo las mujeres, realizan de manera simultánea el trabajo doméstico. En todo caso, la relación apareció tan marcada que merecería mayor investigación.

La otra variable que tomamos como contextual del espacio de trabajo para el mercado, el tamaño del establecimiento, también resultó ser significativa en el modelo: en general, la probabilidad de participar en el trabajo doméstico es mayor entre más grande es el tamaño del establecimiento donde las y los trabajadores laboran. Esto puede ser debido a que las empresas de mayor tamaño suelen no ser informales y ofrecen mejores condiciones laborales (o al menos más estables) sobre todo en jornada, ingresos y prestaciones, lo cual puede facilitar la gestión del trabajo doméstico por parte de la población ocupada. Tal idea se refuerza con el hecho de que no hay mucha diferencia entre trabajar en un establecimiento micro y uno pequeño (los cuales en general suelen tener condiciones laborales similares); pero en establecimientos medianos y aún más en los grandes, la relación es significativa en comparación con los casos de trabajadores que trabajan en establecimientos micro.

Hay otras tres variables laborales que también resultaron significativas en el modelo y que atañen directamente a las condiciones laborales más importantes que hemos tratado en este estudio: jornada de trabajo y prestaciones de salud. En el primer caso, la relación es la esperada: a mayor jornada laboral, la probabilidad de participar en el trabajo doméstico es menor, particularmente entre los sobreocupados (los que laboran más de 45 horas a la semana). Este hallazgo es fundamental cuando pensamos en la elevada proporción de trabajadores que laboran en jornadas superiores a las 45 horas semanales (40 por ciento en el caso de los hombres y 20 por ciento en las mujeres). Tales trabajadores tienen condiciones objetivas adversas para asumir el trabajo doméstico, lo cual, en el caso de los hombres, refuerza los patrones tradicionales de división sexual del trabajo, ya que en esas

condiciones pueden ser más fácilmente proclives a delegar las tareas domésticas en sus cónyuges u otras personas –usualmente mujeres– del hogar.

En cuanto a los ingresos, sorprende que en ninguna de las categorías la relación haya resultado significativa. Éste parece ser un indicio de que el ingreso no es una variable determinante para definir las probabilidades de participación en el trabajo doméstico de hombres y mujeres; aunque sí para definir el número de horas que unos y otras dedican a la semana, como veremos más adelante.

Por otro lado, el modelo también indica que las personas que cuentan con prestaciones de salud tienen más probabilidades de participar en el trabajo doméstico que las que no tienen prestaciones. En este caso también la relación es distinta a la esperada, pues suponíamos que las prestaciones de salud podrían ser un factor que liberara a la población ocupada de ciertas tareas domésticas (sobre todo las que tienen que ver con el cuidado) y, por tanto, el contar con ellas disminuiría la probabilidad de hacer trabajo doméstico. Paradójicamente, el contar con prestaciones de salud podría incentivar la mayor participación de la población en el trabajo doméstico en el sentido de que hacer uso de esas prestaciones implica necesariamente un involucramiento intencional o no en algunas tareas domésticas: llevar a un enfermo o discapacitado a las instituciones de salud, atender las indicaciones médicas para el cuidado de los pacientes, etcétera. Tareas en las que debe estar pendiente el titular de ese derecho: hombre o mujer. De no acceder a esas prestaciones y presentar alguna situación de enfermedad, la sobrecarga de trabajo y estrés automáticamente suele ser mayor o exclusiva en las mujeres, socialmente designadas para atender esos casos. El resultado arrojado apunta en el sentido de que si se quisiera incrementar la participación de los hombres (pues recordemos que las mujeres casi en 100 por ciento participan en el trabajo doméstico), para así encaminarse hacia una más equitativa división sexual del trabajo, habría que ampliar el acceso a las prestaciones de salud.

Otra de las variables laborales que resultó significativa es el tipo de ocupación. Encontramos que la población ocupada que realiza trabajo para el mercado del tipo no manual alta, no manual baja y manual alta tiene mayor probabilidad de participar en el trabajo doméstico frente a la categoría de referencia que fue la ocupación manual baja. Con

ello se halló parcialmente lo que esperábamos: los profesionistas y funcionarios (no manual alta) auxiliares administrativos y demás personal de tareas no manuales bajas, así como los técnicos y demás operarios de cierto nivel de calificación participan más en el trabajo doméstico que los obreros no calificados. Esto podría deberse a que la población ocupada más calificada y de trabajos no manuales se encuentra más vinculada, así como más receptiva a los cambios culturales que admiten el involucramiento de los varones en el trabajo doméstico sin menoscabo de su valía personal o su valía masculina.

Por último, la única variable laboral que de ningún modo resultó ser significativa fue la posición en el trabajo (asalariado y no asalariado), lo cual es consistente con lo que habíamos encontrado en el análisis descriptivo desarrollado más arriba en este capítulo. La única diferencia importante en el porcentaje de participación en el trabajo doméstico en los hombres ocupados se daba entre los empleadores y el resto, y se explicaba fácilmente a partir de considerar que los empleadores comúnmente disponen de recursos y personal que los suple en la realización de ese trabajo.

En suma, nuestros hallazgos apuntan a lo sugerido en la hipótesis del estudio, aunque ciertamente no en la medida de lo que esperábamos. Es verdad que, como lo indica el modelo, hay algunas condiciones laborales que inciden en la probabilidad de participación de mujeres y hombres en el trabajo doméstico, pero el sexo sigue siendo el factor de más peso. Los factores laborales son evidentemente condiciones de posibilidad para la reproducción de los esquemas de género prevalecientes en la división sexual del trabajo, pero dichos factores no pueden ser pensados de forma independiente a estos esquemas.

Hay que resaltar, además, que algunos factores laborales indicativos del grado de formalidad del empleo se encuentran vinculados con la probabilidad de participación en el trabajo doméstico. Tales factores son el tamaño del establecimiento, el tipo de ocupación, el nivel de ingreso por trabajo y las prestaciones de salud. Es decir, en presencia de mejores condiciones laborales, hay más probabilidad de participación en el trabajo doméstico.

***¿Qué variables influyen en la duración de la jornada semanal de trabajo doméstico?:  
Modelo de regresión lineal múltiple***

A lo largo de este trabajo, hemos visto en repetidas ocasiones que la participación en el trabajo doméstico no supone de por sí la dedicación prolongada a este trabajo. El caso reiterado ha sido el de los hombres ocupados, cuya participación en el trabajo doméstico varía notablemente en función de distintas características sociodemográficas y laborales (lo cual se confirmó en gran medida con el modelo de regresión logística expuesto), pero tales características o factores no parecen influir igual en el tiempo que destinan a dicha participación: en todas las categorías analizadas, la mayor parte de los varones ocupados se ubicó en el grupo de los que dedican menos de 15 horas semanales a las tareas del hogar. En cambio, mientras ninguna variable parecía implicar diferencias notables de participación femenina en el trabajo doméstico, algunas de ellas sí parecen incidir en la cantidad de tiempo que las trabajadoras dedican a las labores hogareñas.

Para tener una perspectiva más certera de estos fenómenos observados, decidimos elaborar un modelo de regresión múltiple en el que la variable dependiente es el tiempo promedio semanal de realización de trabajo doméstico en número de horas, mientras que las variables explicativas son las mismas que en el modelo de regresión logística revisado en el apartado anterior. Queremos determinar qué tanto y en qué sentido estas variables afectan el número de horas que unas y otras invierten en las labores domésticas dentro de sus hogares.

En este caso, como en el de la regresión logística, también hicimos algunos ensayos de modelos específicos para cada sexo. Aunque el modelo de regresión múltiple para las mujeres ocupadas funcionó bien,<sup>28</sup> el de los hombres ocupados resultó con una  $R^2$  muy pequeña en todos los intentos (de aproximadamente 0.05), por lo que fue excluido del análisis. Por esa razón decidimos probar con un modelo donde el sexo funcionara como otra de las variables independientes.

Lo que esperábamos encontrar eran efectos similares a los hallados en el caso de la regresión logística en la mayoría de las variables, sobre todo en las sociodemográficas,

---

<sup>28</sup> En ese modelo, por cierto, salió altamente significativo en sentido positivo el número de hijos: las mujeres ocupadas con hijos hacen aproximadamente 1.4 horas semanales adicionales por cada hijo, con respecto a las que no tienen hijos.

aunque con mayor importancia en algunas de ellas. Por supuesto se esperaba una relación altamente significativa entre el sexo y el tiempo de trabajo doméstico, dado que en los análisis anteriores se comprobó de muchas maneras la gran diferencia entre hombres y mujeres en el tiempo invertido en este tipo de trabajo. Otro factor que consideramos importante es el estado conyugal, en vista de que el análisis descriptivo nos mostró una diferencia clara en el tiempo de trabajo doméstico en función de estar unidos o no (sobre todo en las mujeres): los unidos, pero particularmente las unidas dedican más horas semanales a las tareas del hogar. Este elemento está muy relacionado con el parentesco; consideramos que el ser cónyuge o hijo del jefe podría representar mayor probabilidad de dedicar más horas al trabajo doméstico. Por último, otra característica sociodemográfica que anticipábamos tendría un efecto notable en la variable dependiente es el tamaño del hogar. La idea es que ese efecto podría ser en sentido positivo en principio bajo el supuesto de que entre más grande es el tamaño del hogar, mucho del trabajo doméstico se multiplica y requiere mayor tiempo de dedicación. Sin embargo, también consideramos que un hogar más grande igualmente puede implicar mayor número de personas (muy probablemente mujeres) a las cuales delegar ese trabajo, por lo que la o el trabajador podría desentenderse más fácilmente de ese trabajo o participar muy pocas horas a la semana en él. Con estas ideas en mente, dejamos que el modelo “hablara”.

En cuanto a las variables laborales valoramos que las más significativas podrían ser la jornada, el nivel de ingresos y el tipo de ocupación. La primera de ellas debido a que, lógicamente, una mayor o menor jornada de trabajo para el mercado deja menos o más horas disponibles para desempeñar el trabajo doméstico. La segunda, bajo la idea de que entre más ingresos pueda obtener el o la trabajadora, es más posible que sustituya el trabajo doméstico en su hogar por bienes o servicios adquiridos en el mercado, por lo cual estaría en posibilidad de dedicar menos tiempo al trabajo doméstico.

Debido al comportamiento tan diferente por sexo de la variable dependiente, “jornada de trabajo doméstico”, primero hicimos algunos ensayos de regresión múltiple a partir de dos modelos, uno para cada sexo. Sin embargo, aunque el modelo para las mujeres funcionó bien, en el de los hombres la bondad de ajuste no era satisfactoria, por lo cual nos pareció inadecuado comparar dos modelos con alcances explicativos tan dispares. Por tanto, como en el caso de la regresión logística, decidimos optar por un solo modelo en el

cual el sexo fuera una de las variables explicativas, previendo de antemano que tal variable seguramente sería altamente significativa.

En los primeros intentos, las variables que resultaron más significativas fueron: el sexo, la edad, el parentesco, el estado conyugal, el tamaño de hogar, el sector económico, el tamaño del establecimiento, el ingreso y la jornada laboral. Las que no resultaron significativas o lo fueron en menor medida: la escolaridad, la mayoría de las categorías del tipo de ocupación y las prestaciones sociales.

Procedimos, entonces, a eliminar del modelo variables claramente no significativas (escolaridad, sector económico, tamaño del establecimiento). El resultado se muestra en el Cuadro 4.8. Optamos por presentar este modelo pues al tiempo que se elevó la significancia de las variables, mejoró ligeramente la bondad de ajuste (de una  $R^2$  de 0.36, a una de 0.39) o su capacidad predictiva. Así, ganamos un poco en poder explicativo en vez de perderlo al sacar las variables.

Cabe mencionar que el valor de  $R^2$  muestra que existen otras variables explicativas del cambio en el número de horas dedicadas al trabajo doméstico, las cuales no hemos introducido en el modelo. Quizás se trate de fenómenos de naturaleza más cualitativa, como las opiniones de los individuos respecto a los roles de género (aspecto netamente subjetivo), el grado de consciencia acerca de los derechos de las mujeres y su situación de desigualdad social, entre otras posibles determinantes, que no están incluidas en la ENOE.

Cuadro 4.8

Regresión múltiple sobre el tiempo de participación en el trabajo doméstico

| Variable                             | $\beta$ | Coefficiente estandarizado de Beta | Sig.   |
|--------------------------------------|---------|------------------------------------|--------|
| <i>Sexo</i>                          |         |                                    |        |
| Masculino <sup>a</sup>               |         |                                    |        |
| Femenino                             | 14.664  | .455                               | .000   |
| <i>Edad</i>                          |         |                                    |        |
| Jóvenes de 14 a 29 años <sup>a</sup> |         |                                    |        |
| Adultos de 30 a 39 años              | 2.598   | .072                               | .000   |
| Adultos de 40 a 59 años              | -1.315  | -.040                              | .011*  |
| Mayores de 60 y más                  | -4.895  | -.078                              | .000   |
| <i>Parentesco</i>                    |         |                                    |        |
| Jefe <sup>a</sup>                    |         |                                    |        |
| Cónyuge                              | 4.920   | .124                               | .000   |
| Hijo                                 | -3.585  | -.097                              | .000   |
| Otro                                 | -1.342  | -.023                              | .067** |
| <i>Estado conyugal</i>               |         |                                    |        |
| Unidos                               | 3.336   | .102                               | .000   |
| No unidos <sup>a</sup>               |         |                                    |        |
| <i>Tamaño de hogar</i>               | -1.001  | -.067                              | .000   |
| <i>Ingresos por trabajo</i>          |         |                                    |        |
| Hasta 1 salario mínimo <sup>a</sup>  |         |                                    |        |
| Más de 1 a 2 salarios mínimos        | -4.150  | -.115                              | .000   |
| Más de 2 a 3 salarios mínimos        | -6.223  | -.172                              | .000   |
| Más de 3 a 5 salarios mínimos        | -7.440  | -.179                              | .000   |
| Más de 5 salarios mínimos            | -8.636  | -.166                              | .000   |
| No recibe ingresos                   | -4.811  | -.061                              | .000   |
| <i>Jornada laboral</i>               |         |                                    |        |
| Subocupados <sup>a</sup>             |         |                                    |        |
| Jornada completa                     | -2.469  | -.069                              | .000   |
| Sobreocupados                        | -3.473  | -.107                              | .000   |
| <i>Prestaciones de salud</i>         |         |                                    |        |
| Con prestaciones                     | -.467   | -.014                              | .247   |
| Sin prestaciones <sup>a</sup>        |         |                                    |        |

---

Fuente: Cálculos propios a partir de la base de datos de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), segundo trimestre de 2010.

---

<sup>a</sup> Categorías de referencia en el modelo.

\* Significativa al 5%

\* Significativa al 10%

Cabe añadir que en el caso de los modelos de regresión múltiple, el SPSS ofrece la posibilidad de introducir las variables por bloques. Construimos dos bloques: uno de variables sociodemográficas y otro de variables laborales. El modelo que utiliza sólo las variables sociodemográficas arrojó significancia y valores de B muy similares y en el mismo sentido que el modelo que incorporó las variables laborales. Dado que es nuestro interés estriba en relacionar las condiciones del trabajo para el mercado con el tiempo destinado a las tareas domésticas, nos quedamos, finalmente con el modelo que presentamos en el Cuadro 4.8.

De manera mucho más contundente que en el modelo de regresión logística, en este caso podemos apreciar la fuerte relación entre las variables independientes elegidas y el número de horas de trabajo doméstico en la población ocupada de la Ciudad de México. Como era de suponerse, el sexo es la variable que más influye: el hecho de ser trabajadora implica la posibilidad de realizar 14.7 horas semanales de trabajo doméstico más que los trabajadores varones. Este resultado es completamente consistente con lo que hemos encontrado hasta ahora y lo hallado en otros estudios respecto a las diferencias de tiempo de trabajo doméstico por sexo.

El segundo factor en importancia es el parentesco; en particular, al ser cónyuge del jefe, aumenta casi en cinco horas el tiempo semanal dedicado a las tareas del hogar. En cambio, si se es hijo, disminuye 4 horas de carga de trabajo doméstico con respecto al jefe o jefa de hogar. Cualquier otra categoría de parentesco en el hogar, implica 1.5 horas menos de trabajo doméstico a la semana.

El tercer factor relevante que explica el comportamiento de nuestra variable dependiente es el estado conyugal. Las y los trabajadores unidos (casados o en unión libre) realizan poco más de tres horas adicionales de trabajo doméstico a la semana que los no unidos. Esto puede estar vinculado a la asunción de mayores responsabilidades domésticas



al emprender la vida en pareja, incluido el rubro de los hijos que, invariablemente, conlleva la multiplicación de tareas domésticas a realizar.

El cuarto factor relevante es la edad. En efecto, como esperábamos entre los 30 y 39 años aumenta casi 3 horas en promedio el tiempo semanal dedicado al trabajo doméstico, con respecto a los más jóvenes. Como fue planteado más arriba, esto puede deberse a que durante ese rango de edad las personas suelen formar una familia, lo cual acrecienta la carga de trabajo doméstico. En cambio, a partir de los 40 años disminuye el tiempo dedicado, para caer casi 5 horas a partir de los 60 años de edad.

El factor sociodemográfico de menor influencia fue el tamaño del hogar en sentido negativo. Por cada miembro del hogar, disminuye en aproximadamente una hora semanal el tiempo que las personas ocupadas destinan a participar en el trabajo doméstico.

En la dimensión laboral, encontramos el efecto esperado de la jornada laboral: entre más extensa es dicha jornada, menos horas se dedican al trabajo doméstico a la semana (2.5 horas menos entre los que trabajan en jornada completa y 3.5 horas menos entre los sobreocupados, ambos con respecto a los subocupados).

También encontramos una relación marcadamente significativa del número de horas de trabajo doméstico con el nivel de ingresos por trabajo. De hecho, en magnitud, parece ser el segundo factor en importancia después del sexo. Conforme aumenta el nivel de ingresos, disminuye el tiempo dedicado al trabajo doméstico, tal como esperábamos. De hecho, las personas con mayores ingresos (más de 5 salarios mínimos) hacen casi 9 horas menos de trabajo doméstico a la semana que los que reciben hasta un salario mínimo. Es un buen dato a tomar en cuenta si se busca introducir medidas que hagan más equitativa la división sexual del trabajo y disminuyan la carga de trabajo doméstico de los individuos y los hogares; aumentar los salarios sería una de esas medidas. Este hallazgo, además, es consistente con lo encontrado en otros estudios que comparan el tiempo de trabajo doméstico que en diversos países dedican las personas de mayores ingresos con respecto a las de menores ingresos (Cfr. Heisig, 2011). Tanto en esos estudios, como en éste, hay elementos para suponer que las desigualdades de género, y en particular en el ámbito del trabajo, se encuentran fuertemente condicionadas por las desigualdades socioeconómicas.

Por último, la presencia o no de prestaciones sociales no resultó significativa en este caso. Quizá en futuros estudios convendría hacer un análisis más detallado de este aspecto mediante la desagregación de las diversas prestaciones: servicios de salud, guarderías, etc., para así determinar el peso específico de cada una de ellas.

## **Consideraciones finales**

Estos resultados no confirman del todo lo que formulamos en la hipótesis que ha guiado el estudio, en la medida en que prueban que los factores sociodemográficos parecen tener mayor peso que la dimensión laboral para explicar el aumento o disminución del tiempo dedicado al trabajo doméstico. Al parecer, nuestra suposición de que las condiciones laborales tienen que ver en la posibilidad y tiempo de participación de hombres y mujeres en el trabajo doméstico es correcta (las variables laborales más importantes resultaron significativas tanto en el modelo de regresión logística, como en el de regresión múltiple). Sin embargo, ese efecto es estadísticamente menos marcado que lo esperado, cuando menos cuando hacemos un estudio cuya unidad de análisis son sólo los individuos.

No obstante, es importante resaltar que con este análisis confirmamos que cuando ciertas condiciones laborales son mejores y más vinculadas a la formalidad, hay mayor participación en el trabajo doméstico y la carga de ésta es menor. Lo primero es una señal relevante sobre todo si se trata de la participación masculina, pues podría mejorar los términos de la división sexual del trabajo. Lo segundo es más importante para el caso de las mujeres, puesto que ellas son quienes tienen mayor carga de trabajo doméstico y, en general, mayor carga global de trabajo.

Vistos en conjunto los dos modelos presentados arriba, pareciera que en la probabilidad de realizar trabajo doméstico o no son más importantes las condiciones del mercado (incluidas el tamaño del establecimiento, el sector económico y el tipo de ocupación). En cambio, en la definición de la carga de trabajo doméstico medida en horas promedio, parecen tener más peso las características sociodemográficas, si bien se conservan como significativas algunas condiciones laborales importantes: jornada laboral y nivel de ingreso.

## Conclusiones

Luego de este recorrido, se hace patente la necesidad de abordar de manera conjunta y en relación recíproca el trabajo doméstico y el trabajo para el mercado si es que se pretende hacer un tratamiento integral y riguroso de la división sexual del trabajo, sus características, condiciones y contradicciones, dentro y fuera de los hogares. Además, queda claro que aunque los elementos subjetivos, hoy tan señalados, son relevantes en la reproducción de la desigual división sexual del trabajo, es indispensable contemplar también los aspectos materiales, los cuales tienen un papel importante en la forma en que mujeres y hombres participan en ambos tipos de trabajo.

En consecuencia, estos aspectos tienen que ser tomados en cuenta si se quiere propiciar cambios en las relaciones entre mujeres y hombres, como por ejemplo, lograr una mayor participación de los varones en el trabajo doméstico y reducir la carga de trabajo de las mujeres en ese espacio. Ciertamente, en este rubro no podemos pasar por alto la permanente tensión que atravesó a esta investigación respecto al trabajo doméstico: por un lado, lo hemos visto como una parte esencial de la reproducción social y, como tal, tiene que hacerse de algún modo; pero en su mayoría es realizado sólo por mujeres y no es muy valorado ni visible. En ese sentido, se piensa que una mayor paridad entre mujeres y hombres pasaría por la incursión de estos últimos en los quehaceres domésticos, en especial cuando las mujeres llevan décadas integrándose al mercado laboral, sin por ello abandonar las obligaciones que socialmente les son asignadas en el hogar: trabajo de cuidado, limpieza, compra de víveres, etcétera.

Sin embargo, hemos visto que ni siquiera en el trabajo para el mercado, las condiciones de unas y otras son óptimas ni equitativas. Así, por ejemplo, la brecha salarial continúa existiendo en perjuicio de las trabajadoras; al mismo tiempo, una mayor proporción de hombres trabaja en jornadas excesivas.

En suma, con este estudio mostramos que, en efecto, como sugería Teresa Rendón, hay una relación entre condiciones laborales y trabajo doméstico, por lo que cambios en las primeras, podrían contribuir a cambios en las segundas, sobre todo en la transformación hacia la mayor participación y corresponsabilidad masculina en el trabajo doméstico,

largamente deseada por el feminismo. No basta, pues, con el llamado a que los hombres se sensibilicen y sean conscientes de la importancia de su participación en el trabajo doméstico, mientras no se atienda con profundidad las condiciones materiales, laborales y de vida, que incentivan la ausencia masculina en el trabajo doméstico dentro de sus hogares.

Por otro lado, el trabajo doméstico también es visto como carga, la cual es mayor para las personas (en particular mujeres) en situación de pobreza y condiciones laborales precarias o informales. Es decir: una mayor participación masculina en el trabajo doméstico puede ser un indicio de un avance hacia la equidad entre hombres y mujeres, mientras que por otro lado la persistencia de pesadas cargas de trabajo doméstico en las mujeres nos habla de la permanencia de profundas desigualdades entre los sexos, pero también de las desigualdades socioeconómicas estructurales en la sociedad.

Si se busca que las políticas de conciliación y los avances en la legislación en este sentido realmente tengan un efecto en la disminución de las tensiones entre la vida familiar (con su respectiva carga de trabajo doméstico) y el trabajo para el mercado, habría que tomar en cuenta estas consideraciones. Entendemos que, hasta ahora, no se está haciendo con suficiencia. Los esfuerzos en estas políticas parecen estar más orientados hacia aspectos, si bien muy relevantes, parciales, ligados casi únicamente al aspecto del cuidado, el cual no agota las tareas del trabajo doméstico. Así, se crean guarderías y licencias parentales más o menos extensas, pero poco se discute algo tan básico como el nivel salarial de las y los trabajadores, las jornadas laborales (que éstas no sean demasiado extensas o flexibles sólo en beneficio de la empresa), las prestaciones sociales o incluso el problema de la cantidad de horas que las y los trabajadores deben invertir diariamente en el transporte a su trabajo.

Según hemos visto en esta investigación, tales condiciones son importantes en la definición del nivel de participación de unas y otras en el trabajo doméstico y, sobre todo, en la cantidad de horas dedicadas a este tipo de trabajo. Sin embargo, las condiciones laborales no aparecen con la misma fuerza que las guarderías o las licencias parentales en la discusión de las políticas de conciliación. Si bien es una señal alentadora la multiplicación de investigaciones y propuestas acerca de la conciliación a nivel internacional,

consideramos que la perspectiva adoptada en esa línea de investigación no alcanza a abordar con suficiente profundidad el problema, el cual no sólo tiene su origen en un asunto de género, sino que además hunde sus raíces en la aplicación de un modelo económico que se caracteriza por producir desigualdad social.

Por otro lado, conviene destacar respecto a México que en los últimos dos gobiernos no se ha dado importancia a este tema. Hay algunas iniciativas que se encuadran en la perspectiva de la conciliación (certificados a empresas, avances pequeños en la legislación del trabajo, junto con retrocesos grandes en la misma por legalización de la incertidumbre laboral), pero no una política de amplio alcance y expresamente diseñada para atender este problema. Con ello, se deja en situación de vulnerabilidad a amplios sectores de la población, los cuales deben resolver de forma individual un problema que tiene claro origen social.

En cuanto a la Ciudad de México en específico, podemos decir que, además de sus propios cambios con respecto a décadas pasadas en el mercado de trabajo y en la situación social de las mujeres, hay indicios de un aparente adelanto con respecto al país en su conjunto en cuanto a encaminarse a mayor equidad en la división sexual del trabajo: hay una mayor participación de las mujeres en el mercado laboral, un poco más participación de los hombres en el trabajo doméstico y la distancia entre hombres y mujeres en su carga global de trabajo es menor. Sin embargo, no hay que perder de vista que no es simplemente que los hombres ocupados estén haciendo más tiempo de trabajo doméstico; es que una mayor proporción de ellos tienen jornadas laborales superiores al límite máximo sancionado en la ley; es decir, están sobreocupados, lo cual no representa una condición de trabajo deseable para el bienestar de los trabajadores, ni adecuada para disminuir la tensión entre el mundo laboral y el mundo doméstico; al contrario.

Por otra parte, producto de nuestro análisis inferencial, mostramos que en la Ciudad de México existe una clara relación entre las condiciones laborales y la participación en el trabajo doméstico, aunque no en la magnitud que imaginábamos. Además, el sexo sigue siendo, por mucho, el factor decisivo en la participación de la población ocupada en el trabajo doméstico no remunerado dentro de sus hogares. Esto nos habla de la persistencia

de formas desiguales de relación entre mujeres y hombres y desde luego, de una desigual división sexual del trabajo.

Otro hallazgo importante de este trabajo, apunta a la necesidad analizar por separado la participación en el trabajo doméstico y las horas de participación, puesto que no influyen los mismos factores ni de la misma manera en ambos aspectos. En el nivel de participación de unas y otros sí influyen algunas condiciones laborales como el tipo de ocupación, el tamaño del establecimiento o la jornada laboral. En cambio, en el tiempo de participación, aunque también intervienen algunas de las condiciones laborales, los factores que parecen tener peso son los sociodemográficos, con el sexo de los trabajadores en primer lugar.

No obstante, en general encontramos indicios de que aquellas características laborales que remiten a un mayor grado de formalidad en el trabajo para el mercado pueden contribuir a que mujeres y hombres ocupados realicen trabajo doméstico, es decir, a que no sólo sean las mujeres las únicas encargadas de asumir ese trabajo. Asimismo, mejores condiciones laborales, más formales, pueden estar relacionadas con una reducción general de la carga de trabajo que asumen unas y otras, sobre todo las mujeres.

En el terreno de las limitaciones de este trabajo, no podemos dejar de señalar lo que anticipábamos en la introducción: la nuestra ha sido sólo una aproximación a partir de datos cuantitativos previamente disponibles y tomando como unidad de análisis a los individuos, no los hogares. Sin embargo, para un tratamiento integral, más completo, de la división sexual del trabajo, tendrían que mirarse de cerca los aspectos que hemos visto aquí (la relación de las condiciones laborales con la participación en el trabajo doméstico) en la dinámica interna de los hogares, en la relación de mujeres y hombres en la diversidad de arreglos familiares de la Ciudad de México.

Esto incluiría un acercamiento a los mecanismos culturales y subjetivos que operan en la asignación y negociación de tareas, así como el movimiento de las relaciones de poder dentro de los hogares. Para ello se requiere que futuras investigaciones incorporen elementos cualitativos junto con los cuantitativos a fin de lograr una mejor comprensión de las transformaciones en la división sexual del trabajo y, por tanto, en las formas de desigualdad entre mujeres y hombres.

Por último y como dijera Bourdieu, quizá más que preguntarse por los cambios en la condición de la mujer, hay que indagar los factores de deshistoricización de la reproducción de dominación masculina; factores institucionales, estructurales, instalados hondamente en la subjetividad de los sujetos. Él ponía el acento en el Estado, la familia, la escuela, pero también uno de esos factores sin duda son los relacionados con la manera en que de forma global la sociedad organiza el trabajo fuera y dentro de los hogares así como en la coordinación o relación de ambas esferas. Falta profundizar en este enfoque, problematizar aún más. Aquí no hemos hecho más que una aproximación.

## Bibliografía

- ASTELARRA, Judith (2005), “Políticas conciliatorias: conceptualización y tendencias” en UNFPA, *Cohesión social, políticas conciliatorias y presupuesto público. Una mirada desde el género*, México, UNFPA, pp. 30-40.
- BENERÍA, Lourdes (1999) “El debate inconcluso sobre el trabajo no remunerado”, en *Revista Internacional del Trabajo*, Vol. 118, Núm. 3, pp. 321-346.
- BENERÍA, Lourdes y Martha Roldán (1992 [1987]), *Las encrucijadas de clase y género. Trabajo a domicilio, subcontratación y dinámica de la unidad doméstica en la Ciudad de México*, México, El Colegio de México/Fondo de Cultura Económica.
- BLANCO GARCÍA, Ana Isabel (2007), “¿Con qué sueña una feminista? Sobre conciliación de vida laboral y familiar”, en *Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades*, Vol. XVII, Núm. 1, pp. 47-65.
- BLANCO, Mercedes (1986), *Condiciones del trabajo doméstico y asalariado en dos grupos de mujeres pertenecientes a sectores medios de la Ciudad de México*, tesis de maestría, México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- BLANCO, Mercedes y Edith Pacheco (1998), “Tres ejes de análisis en la incorporación de la perspectiva de género en los estudios sociodemográficos sobre trabajo urbano en México” en *Papeles de Población*, No. 15, enero-marzo, pp. 73-94.
- \_\_\_\_\_ (2006), “Vinculación familia-trabajo en los años ochenta y noventa en México”, Ponencia presentada en la Mesa Temática de Género y Trabajo en el V Congreso Nacional de la AMET, Oaxtepec, Morelos, 17-19 de mayo.
- BOLTON, Graff M. y G. Marín Castro (1986), *El trabajo doméstico*, tesis de licenciatura, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- BOURDIEU, Pierre (2007 [1998]), *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.
- BOUZAS ORTIZ, Alfonso (2010), “De la flexibilidad laboral a la flexiseguridad laboral”, en Bouzas Ortiz, Alfonso (coord.), *Perspectivas del trabajo en México*, México, UNAM, pp. 99-109.



- BRACHET, Sara (2007), “Les résistances des hommes à la double émancipation. Pratiques autour du congé parental en Suède”, en *Sociétés Contemporaines*, Núm. 65, pp. 175-197.
- BRAVERMAN, Harry (1983), *Trabajo y capital monopolista. La degradación del trabajo en el siglo XX*, sexta edición, México, Editorial Nuestro Tiempo.
- BRUNET ICART, Ignasi y Amado Alarcón (2005), “Mercado de trabajo y familia”, en *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, vol. 4, núm. 2, pp. 115-129.
- BUSTOS TORRES, Beatriz Adriana (2011), *Familia y trabajo en la zona metropolitana de Guadalajara. División sexual del trabajo a finales del siglo XX*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- CALDERÓN Hinojosa, Felipe de Jesús (2012), *Proyecto de decreto que reforma, adiciona y deroga diversas disposiciones de la Ley Federal del Trabajo*, México, Presidencia de la República. Disponible en: [http://www.stps.gob.mx/bp/secciones/sala\\_prensa/Ini\\_Ref\\_Laboral\\_2012.pdf](http://www.stps.gob.mx/bp/secciones/sala_prensa/Ini_Ref_Laboral_2012.pdf) [Consultado el 9 de octubre de 2014].
- CARRASCO, Cristina (ed.) (1999), *Mujeres y economía. Nuevas perspectivas para viejos y nuevos problemas*, Barcelona, Icaria.
- CEPAL (2007), *Economía productiva y reproductiva en México: un llamado a la conciliación*, México, CEPAL.
- CHANT, Sylvia (1984), “Household labour and self-help housing in Queretario, Mexico” en *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, núm. 37, diciembre, pp. 25-54.
- CHÁVEZ CARAPIA, Julia del Carmen (2005), *Trabajo doméstico*, México, UNAM, Cuadernos de Investigación del Centro de Estudios de la Mujer, no. 2.
- CHÁVEZ HOYOS, Marina (2010), *Trabajo femenino: las nuevas desigualdades*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Económicas.
- COLINAS, Lourdes (2010), “Un llamado a la conciliación en México” en Cooper, Jennifer Ann (coord.), *Tiempos de mujeres en el estudio de la economía*, México, UNAM, pp. 43-76.

- CONEVAL (2014) *Líneas de bienestar y canasta básica*. Documento disponible en línea: <<http://www.coneval.gob.mx/Medicion/Paginas/Lineas-de-bienestar-y-canasta-basica.aspx?>> [Consultado el 18 de julio de 2014].
- DE BARBIERI, Teresita (1984), *Mujeres y vida cotidiana*, México, Sep80 / Fondo de Cultura Económica.
- DE LA O, María Eugenia (2004), “Las mujeres en la sociología del trabajo en México: entre la indiferencia y el sobredimensionamiento” en Pérez-Gil Romo, Sara Elena y Patricia Ravelo Blancas (coords.), *Voces disidentes. Debates contemporáneos en los estudios de género en México*, México, CIESAS/Miguel Ángel Porrúa, pp. 323-354.
- DÍAZ, Ariane (2011), “Promueven licencia laboral para padres” en *La Jornada*, domingo 19 de junio. Disponible en: <<http://www.jornada.unam.mx/2011/06/19/sociedad/037n3soc>> [Consultado el 9 de octubre de 2014].
- DURÁN, María de los Ángeles (2004), “Un desafío colosal. Debate ¿Cómo conciliar trabajo y vida familiar?” *Diario El País*, España. Disponible en: <[http://elpais.com/diario/2004/09/05/opinion/1094335211\\_850215.html](http://elpais.com/diario/2004/09/05/opinion/1094335211_850215.html)> [Consultado el 12 de junio de 2012].
- ESPINOSA, Patricia (s/f), “Información estadística para las políticas de conciliación del trabajo: prestaciones laborales”, ponencia presentada en el Panel 5: Estadísticas de Género para las políticas de trabajo del VIII Encuentro Internacional de Estadísticas de Género para las Políticas Públicas. Disponible en: <[http://www.inegi.gob.mx/inegi/contenidos/espanol/eventos/VIgen07/doctos/7%20de%20sep/panel%205/p\\_espinosa\\_documento.pdf](http://www.inegi.gob.mx/inegi/contenidos/espanol/eventos/VIgen07/doctos/7%20de%20sep/panel%205/p_espinosa_documento.pdf)> [Consultado el 16 de octubre de 2011].
- FAUR, Eleonor (2006), “Género, masculinidades y políticas de conciliación familia-trabajo” en revista *Nómadas*, No. 24, Bogotá Universidad Central, pp. 130-141.
- FERNÁNDEZ-HUERGA, Eduardo (2010), “La teoría de la segmentación del mercado de trabajo: enfoques, situación actual y perspectivas de futuro”, en *Investigación Económica*, vol. 69, núm. 273, julio-septiembre, pp. 115-150.

- FIGUEROA PEREA, Juan Guillermo (2000), "Identidad de género y derechos reproductivos. Algunas propuestas analíticas", en *La ventana*, núm. 12, pp. 43-72.
- GACETA OFICIAL DEL DISTRITO FEDERAL (2005), *Declaratoria de la Zona Metropolitana del Valle de México*, México, 23 de enero.
- GALHARDI, Regina M. A., (2007) "Conciliación entre la vida familiar y la vida laboral", en *Revista Latinoamericana de Derecho Social*, Núm. 4, enero-junio, pp. 77-93.
- GALLARDO VELÁZQUEZ, Anahí; Ángeles Castro, Gerardo y Omar Neme Castillo (2011), "Desregulación económica y flexibilización laboral. Una forma de reducir el costo laboral en México (2000-2008)", en *Economía y Sociedad*, vol. XVII, núm. 27, enero-junio, 65-83.
- GARAVITO ELÍAS, Rosa Albina (2004). "Salarios y empleo en el pacto social del siglo XXI", en *La reforma laboral que necesitamos. Cómo transitar a una auténtica modernización laboral*. UNAM-STUNAM-UNT y otros, 83-109.
- GARCÍA, Brígida, Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira (1988), *Hogares y trabajadores en la Ciudad de México*, México, UNAM/El Colegio de México.
- GARCÍA, Brígida y Orlandina de Oliveira (1994), *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México, El Colegio de México.
- 
- (2006), *Las familias en el México metropolitano: visiones femeninas y masculinas*, México, El Colegio de México.
- GOLDSMITH, Mary (2005), "Análisis histórico y contemporáneo del trabajo doméstico" en Cooper, Jennifer y Dinah Rodríguez (comps.), *El debate sobre el trabajo doméstico*, antología, México, UNAM, pp. 121-174.
- GONZÁLEZ GONZÁLEZ, María Luisa (1997), "Mujer, fecundidad y trabajo" en González Marín María Luisa (coord.), *Mitos y realidades del mundo laboral y familiar de las mujeres mexicanas*, México, Siglo XXI, pp. 19-45.
- GONZÁLEZ ZETINA, Graciela (2008), *Análisis de las políticas conciliatorias entre la vida familiar y laboral en México. Acciones del gobierno federal 2000-2007*, México, Centro de Estudios para el Adelanto de las Mujeres y la Equidad de Género, Cámara

- de diputados, LX legislatura, pp. 42. Disponible en: <[http://archivos.diputados.gob.mx/Centros\\_Estudio/ceameg/Inv\\_Finales\\_08/DP2/2\\_16.pdf](http://archivos.diputados.gob.mx/Centros_Estudio/ceameg/Inv_Finales_08/DP2/2_16.pdf)> [Consultado el 30 de marzo de 2012].
- HEIN, Catherine (2005), *Reconciling Work and Family Responsibilities. Practical Ideas from Global Experience*, Ginebra, OIT.
- HEISIG, Jan Paul (2011), "Who Does More Housework: Rich or Poor?: A Comparison of 33 Countries" en *American Sociological Review*, vol. 76, núm. 1, pp. 74-99.
- HIDALGO, Teres (1986), *Vida cotidiana y trabajo asalariado de la mujer*, tesis de maestría, México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- IPN-STIPN (s/f), *Acuerdos que suscriben las representaciones del Instituto Politécnico Nacional y de la Sección 11 del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación, integrantes de la Comisión Central Mixta Paritaria de revisión salarial 2011-2013 y de Prestaciones Económicas y Sociales 2011-2013 del personal de apoyo y asistencia a la educación*. Disponible en: <<http://www.stipn.org.mx/p1113paae.pdf>> [Consultado el 18 de octubre de 2014].
- ISSSTE (2006), *Reglamento del Servicio de Estancias para el Bienestar y Desarrollo Infantil del ISSSTE*, México, Dirección de Prestaciones Económicas, Sociales y Culturales-issste. Disponible en: <<http://normateca.issste.gob.mx/webdocs/X12/200611300843256766.pdf?id=320>> [Consultada el 14 de octubre de 2014].
- JIMÉNEZ GODÍNEZ, Miguel Ángel (2008), *Globalización, reestructuración industrial y descentralización en México. Un análisis del desarrollo regional 1980-2000*, México, Miguel Ángel Porrúa.
- INEGI-CONAPO-SEDESOL (2004), *Delimitación de las zonas metropolitanas de México*, México, INEGI/CONAPO/Secretaría de Desarrollo Social.
- INEGI (2005), *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo 2005. Una nueva encuesta para México*, Aguascalientes, INEGI.

- \_\_\_\_\_ (2007a), *Marco Nacional de Viviendas 2002. Conformación de las ciudades autorrepresentadas y áreas urbanas*, Aguascalientes, INEGI.
- \_\_\_\_\_ (2007b), *Cómo se hace la ENOE. Métodos y procedimientos*, Aguascalientes, INEGI.
- \_\_\_\_\_ (2009), *Clasificación Mexicana de Ocupaciones (CMO) 2009*, Vol. 1, Aguascalientes, INEGI.
- \_\_\_\_\_ (2009), *Encuesta Nacional de Uso de Tiempo ENUT. Síntesis metodológica*, Aguascalientes, INEGI.
- \_\_\_\_\_ (2011), *Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo. ENOE 2010*, Aguascalientes, INEGI.
- \_\_\_\_\_ (2012), *Encuesta Nacional de Uso de Tiempo ENUT. Metodología y tabulados básicos*, Aguascalientes, INEGI.
- JIMÉNEZ GODÍNEZ, Miguel Ángel (2008), *Globalización, reestructuración industrial y descentralización en México. Un análisis del desarrollo regional 1980-2000*, México, Miguel Ángel Porrúa.
- LARGAESPADA FREDERSDORFF, Carmen (2006), *Igualdad de género, pobreza, políticas de conciliación entre los ámbitos productivo y reproductivo. Un estudio de caso sobre Nicaragua*, Fondo de Población de las Naciones Unidas/GTZ.
- Ley Federal del Trabajo* (2013), (Actualizada, comentada y adicionada por Lorenia Trueba Almada), México, Editorial Porrúa.
- Ley del Seguro Social* (2014), México, Cámara de Diputados. Disponible en línea en: <<http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/92.pdf>> [Consultada el 15 de octubre de 2014].
- LEZAMA, José Luis y José B. Morelos (coords.) (2006), *Población, ciudad y medio ambiente en el México contemporáneo*, México, El Colegio de México.
- LÓPEZ AMADOR, María de Jesús (2009), “Rutinas domésticas: una evaluación económica y social” en Rodríguez, Dinah (coord.), *Trabajo doméstico: una valoración económica y social*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Económicas.

- LÓYZAGA DE LA CUEVA, Octavio (1997), *La flexibilización de los derechos laborales en la recomposición del capitalismo*, México, UAM-Azcapotzalco.
- LUPICA, Carina (2010), *Trabajo decente y corresponsabilidad de los cuidados en Argentina*, Buenos Aires, OIT.
- MALDONADO LAGUNAS, Bethsaida (2010), “Un vínculo necesario: el género y los mercados de trabajo” en Cooper, Jennifer (coord.), *Tiempos de mujeres en el estudio de la economía*, México, UNAM, pp. 77-102.
- MARTÍNEZ FRANZONI, Juliana y Guillermo Monge Guevara (2007), *Políticas conciliatorias en América Latina: Una región, distintos escenarios*, Universidad de Barcelona, pp. 16.
- MARTÍNEZ, Gabriel (2006), *El Estado mexicano de bienestar*, México, Miguel Ángel Porrúa.
- MARX, Karl (1976), *Trabajo productivo y trabajo improductivo*, México, Roca.
- MOLYNEUX, Maxine (2005), “Más allá del debate sobre el trabajo doméstico” en Cooper, Jennifer y Dinah Rodríguez (comps.), *El debate sobre el trabajo doméstico*, antología, México, UNAM, pp. 13-52.
- MONGE, Guillermo y Gladys González con la colaboración de Wendy Chacón (2005), *Igualdad de género, pobreza, políticas de conciliación entre los ámbitos productivo y reproductivo y presupuestos públicos. Un estudio de caso sobre Costa Rica*, UNFPA-GTZ.
- MORENO RUIZ, María José (2008), “Políticas conciliatorias entre los ámbitos productivo y reproductivo en América Latina: una cuestión estratégica para abordar la desigualdad” en Zaremberg, Gisela (coord.), *Políticas sociales y género*, tomo II, México, Flacso.
- MORTERA, Fernando (2003), *El papel del trabajo doméstico en la reproducción social de la fuerza de trabajo en sectores urbano-populares de México*, México, Ediciones Taller Abierto.

- MUÑOZ Ríos, Patricia (2013), “En 2013, STPS certificó a 748 centros de trabajo con norma para igualdad laboral: Navarrete” en *La Jornada*, miércoles 4 de diciembre. Disponible en: <<http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2013/12/04/en-2013-stps-certifico-a-748-centros-de-trabajo-con-norma-para-igualdad-laboral-navarrete-5391.html>> [Consultado el 9 de octubre de 2014].
- NOTIMEX (2010), “IPN otorga licencia por paternidad a trabajadores” en *El Universal*, viernes 25 de junio. Disponible en: <<http://www.eluniversal.com.mx/notas/690304.html>> [Consultado el 9 de octubre de 2014].
- OCDE (2002), *Babies and Bosses. Reconciling Work and Family Life*, Vol. 1 Australia, Denmark and the Netherlands, Paris, OECD.
- \_\_\_\_\_ (2003), *Babies and Bosses. Reconciling Work and Family Life*, Vol. 2: Austria, Ireland and Japan, Paris, OECD.
- \_\_\_\_\_ (2004), *Babies and Bosses. Reconciling Work and Family Life*, Vol. 3: New Zealand, Portugal and Switzerland, Paris, OECD.
- \_\_\_\_\_ (2005), *Babies and Bosses. Reconciling Work and Family Life*, Vol. 4: Canada, Finland, Sweden and the United Kingdom, Paris, oecd.
- \_\_\_\_\_ (2008), “Babies and Bosses: Balancing Work and Family Life”, OECD, Policy Brief.
- OIT (2000), *Convenio sobre la protección de la maternidad, 2000 (núm. 183)*, OIT. Disponible en : <[http://www.ilo.org/dyn/normlex/es/f?p=NORMLEXPUB:12100:0::NO::P12100\\_INSTRUMENT\\_ID:312328](http://www.ilo.org/dyn/normlex/es/f?p=NORMLEXPUB:12100:0::NO::P12100_INSTRUMENT_ID:312328)> [Consultado el 15 de octubre de 2014].
- OIT-PNUD (2009), *Trabajo y familia: hacia nuevas formas de conciliación con corresponsabilidad social*, Santiago de Chile, OIT-PNUD.
- \_\_\_\_\_ (2013), *Trabajo decente y cuidado compartido: hacia una propuesta de parentalidad*, Organización Internacional del Trabajo y Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.

OLIVEIRA, Orlandina de (1989), *Trabajo, poder y sexualidad*, México, El Colegio de México.

PACHECO GÓMEZ MUÑOZ, María Edith (2004) *Ciudad de México, heterogénea y desigual. Un estudio sobre el mercado de trabajo*, México, El Colegio de México.

PAPÍ GÁLVEZ, Natalia y Ma. José Frau Linares (2005), “La conciliación del empleo y el hogar: respuesta y reflejo de una organización del trabajo construida desde la institución del género” en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 110, pp. 149- 171.

PAUTASSI, Laura et al. (2004), *Legislación laboral en seis países latinoamericanos. Avances y omisiones para una mayor equidad*, Santiago de Chile, CEPAL.

PEDRERO NIETO, Mercedes (1977), *La participación femenina en la actividad económica y su presupuesto de tiempo: notas sobre problemas relativos a conceptos y captación*, México, Secretaría del Trabajo y Previsión social / Centro nacional de información y estadísticas del trabajo.

\_\_\_\_\_ (2005), *Trabajo doméstico no remunerado en México. Una estimación de su valor económico a través de la Encuesta Nacional sobre uso del Tiempo 2002*, México, Instituto Nacional de las Mujeres.

PILLONI MARTÍNEZ, Lorena (2011), “Los hombres en la interacción entre la esfera laboral y familiar en México: una primera aproximación”, ponencia presentada en el V Congreso Nacional de la AMEGH “Movimientos, huellas y nuevos pasos de las masculinidades” Revisiones y reflexiones críticas desde la multidisciplina, en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla del 28 al 30 de septiembre. Disponible en: <[https://www.academia.edu/7780984/Los\\_hombres\\_en\\_la\\_interaccion\\_entre\\_la\\_esfera\\_laboral\\_y\\_familiar\\_en\\_Mexico\\_una\\_primera\\_aproximacion](https://www.academia.edu/7780984/Los_hombres_en_la_interaccion_entre_la_esfera_laboral_y_familiar_en_Mexico_una_primera_aproximacion)> [Consultado el 29 de agosto de 2014].

\_\_\_\_\_ (2012), “Políticas de conciliación frente a la tensión entre el mercado laboral y el ámbito doméstico en México y América Latina: ¿hacia la equidad de género?”, ponencia presentada en el *II Coloquio de Estudios de Género*



- sobre América Latina – Proyecto Estudiantil (CEGAL-PE) en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, 6 de noviembre. Disponible en: <[http://www.academia.edu/7780962/Políticas\\_de\\_conciliacion\\_frente\\_a\\_la\\_tension\\_entre\\_el\\_mercado\\_laboral\\_y\\_el\\_ambito\\_domestico\\_en\\_Mexico\\_y\\_America\\_Latina\\_hacia\\_la\\_equidad\\_de\\_genero](http://www.academia.edu/7780962/Políticas_de_conciliacion_frente_a_la_tension_entre_el_mercado_laboral_y_el_ambito_domestico_en_Mexico_y_America_Latina_hacia_la_equidad_de_genero)> [Consultado el 29 de agosto de 2014].
- Programa de Reordenamiento de la Zona Metropolitana del Valle de México. Síntesis ejecutiva* (2012), México, Sedesol/Gobierno del Distrito Federal/Gobierno del Estado de México/Gobierno del estado de Hidalgo.
- RENDÓN GAN, Teresa (2003), *Trabajo de hombres y trabajo de mujeres en el México del siglo XX*, México, UNAM/CRIM.
- RICHTER, Jacqueline (2011), “El concepto ampliado de trabajo: los diversos trabajos”, en *Gaceta Laboral*, Vol. 17, Núm. 2, mayo-agosto, pp. 169-189.
- RIVAS, Ana María (2006), “El empleo o la vida: perder el empleo para conservar la vida o renunciar a la vida para conservar el empleo, ¿de qué conciliación hablamos?” en *Revista de antropología iberoamericana*, vol. 1, no. 3, agosto-diciembre, pp. 361-368.
- RODRÍGUEZ ENRÍQUEZ, Corina M. (2001), *Todo por dos pesos (o menos): empleo femenino remunerado y trabajo doméstico en tiempos de precarización laboral*, Buenos Aires, Centro Interdisciplinario para el Estudio de Políticas Públicas.
- RODRÍGUEZ, Dinah (2009), “El trabajo doméstico no pagado: análisis y valoración actuales”, en Rodríguez, Dinah (coord.), *Trabajo doméstico: una valoración económica y social*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones económicas.
- ROJAS, Olga Lorena (2008), *Paternidad y vida familiar en la Ciudad de México. Un estudio del desempeño masculino en los procesos reproductivos y en la vida doméstica*, México, El Colegio de México.
- ROSSEL, Cecilia (2013), *Políticas para las familias en América Latina: Panorama de políticas de reducción de pobreza y conciliación entre trabajo-familia*, CEPAL. Disponible en:

<<http://www.un.org/esa/socdev/family/docs/FAMILYPOLICIESINLATINAMERICA.pdf>> [Consultado el 9 de octubre de 2014].

SÁNCHEZ GÓMEZ, Martha Judith y María de Fátima Martini Escolar (1987), *Trabajo doméstico y reproducción social. Un estudio de caso en la colonia Santa Úrsula Xitla*, tesis de maestría, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia.

SÁNCHEZ GÓMEZ, Martha Judith (1989), “Consideraciones teórico-metodológicas en el estudio del trabajo doméstico en México” en Oliveira, Orlandina de (ed.), *Trabajo, poder y sexualidad*, México, El Colegio de México, pp. 59-79.

SAVAGE RODRÍGUEZ, Danelia (2010), “El género y la economía. ¿Cómo explica la economía la desigualdad salarial entre hombres y mujeres?”, en BROWN GROSSMAN, Flor y Lilia Domínguez Villalobos (coords.) (2010), *México: desigualdad económica y de género*, México, UNAM.

SAVRAN, Sungur y E. Ahmet Tonak (1999), “Productive and Unproductive Labour: An Attempt at Clarification and Classification” en *Capital & Class*, vol. 23, núm. 2, pp. 113- 152.

SECRETARÍA DE ECONOMÍA (2012), *Norma mexicana NMX-R-025-SCFI-2012, para la igualdad laboral entre mujeres y hombres*, México, Secretaría de Economía.  
Disponible en: <  
[http://www.profeco.gob.mx/juridico/Documentos/CGA/Norma\\_Igualdad\\_Laboral%202012.pdf](http://www.profeco.gob.mx/juridico/Documentos/CGA/Norma_Igualdad_Laboral%202012.pdf)> [Consultado el 9 de octubre de 2014].

SELVA, Beatriz (1985), *Modalidades del trabajo femenino en San Felipe del Agua, Oaxaca*, tesis de maestría, México, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

SETRAVI (D.F.) y Gobierno del Estado de México (2007) *Encuesta Origen-Destino 2007*, México. Resultados principales disponibles en: <  
<http://igecem.edomex.gob.mx/descargas/estadistica/ENCUESTADEORIGEN/EOD2007.pdf>> [Consultado el 24 de febrero de 2012].

- SOBRINO, Jaime (2007), “Desempeño industrial en las principales ciudades de México, 1980-2003”, en *Estudios Demográficos y urbanos*, vol. 22, núm. 2, mayo-agosto, El Colegio de México, pp. 243-290.
- SORIA, Víctor (2007), “Estrategia de largo plazo para un desarrollo incluyente de la seguridad social” en Calva, José Luis (coord.), *Derechos y políticas sociales*, México, Miguel Ángel Porrúa/UNAM, Agenda para el desarrollo, vol. 12, pp. 159-179.
- SORJ, Bila (2004), *Reconciling work and family: Issues and policies in Brazil*, Ginebra, International Labour Office.
- STPS (2009), *Norma mexicana NMX-R-025-SCFI-2009 que establece los requisitos para la certificación de las prácticas para la igualdad laboral entre mujeres y hombres*, México, STPS.
- STPS (2013), *Ley Federal del Trabajo*, México, STPS. Disponible en: <[http://www.stps.gob.mx/bp/micrositios/reforma\\_laboral/archivos/Noviembre.%20Ley%20Federal%20del%20Trabajo%20Actualizada.pdf](http://www.stps.gob.mx/bp/micrositios/reforma_laboral/archivos/Noviembre.%20Ley%20Federal%20del%20Trabajo%20Actualizada.pdf)> [Consultada el 9 de octubre de 2014].
- TODARO, Rosalba y Sonia Yáñez (eds.) (2004), *El trabajo se transforma. Relaciones de producción y relaciones de género*, Santiago de Chile, Centro de Estudios de la mujer.
- TORNS, Teresa (2011), “Del porqué la conciliación de la vida laboral y familiar no acaba de ser una buena solución”, en *Observatorio. Mujer, Trabajo y Sociedad*, Centro de Estudios, Investigación e Historia de Mujeres “8 de marzo”, núm. 5, marzo, pp. 26-40.
- TORNS, Teresa, Vicent Borràs, Carolina Recio y Sara Moreno (2011), “El temps de treball i el benestar quotidià”, en *Arxius de Ciències Socials*, núm. 24, junio, pp. 35-46.
- UNFPA- GTZ (2005), *Cohesión social, políticas conciliatorias y presupuesto público. Una mirada desde el género*, México, UNFPA-GTZ.

- WAINERMAN, Catalina H. y Zulma Recchini de Lattes (1981), *El trabajo femenino en el banquillo de los acusados. La medición censal en América Latina*, México, Ed. Terra Nova.
- WELTI CHANES, Carlos (2012), “Análisis de la fecundidad en México con los datos del Censo de Población y Vivienda 2010”, en *Papeles de Población*, vol. 18, núm. 73, julio-septiembre, pp. 1-31.